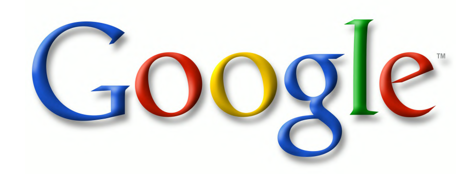
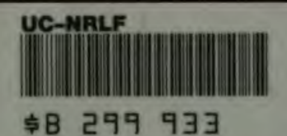



UC-NRLF
$B 299 933

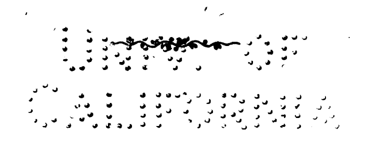
PROVERBIOS CÓMICOS

(NUEVOS PROVERBIOS EJEMPLARES),

POR

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

De fuera vendrá, quien de casa nos echará.
No entra á misa la campana, y á todos llama.
Picóme una araña, y atéme una sábana.
Mi marido es tamborilero; Dios me lo dió, y así me lo quiero.
Cual es la campana, tal la badajada.
Cada cuba huele al vino que tiene.
Dijo la sarten al cazo...
¿De dónde le vino al garbanzo el pico?
La mujer del ciego ¿para quién se afeita?
En arca abierta el justo peca.

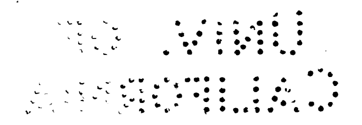


MADRID.

LIBRERÍAS PRINCIPALES.

1870





Madrid. — Imp. de F. Martínez García, Segovia, 26.

DE FUERA VENDRÁ,

QUIEN DE CASA NOS ECHARÁ.

PROVERBIOS CÓMICOS.

DE FUERA VENDRÁ,

QUIEN DE CASA NOS ECHARÁ.

I.

«Francia viene á ser para el rincon de Europa que los españoles habitamos, el Blas proverbial; por eso, cuando Francia pronuncia una palabra cualquiera, hay millares de españoles que exclaman para sí, y aun para otros, bajando la cabeza con profundo acatamiento: «¿Lo dijo Blas?... punto redondo.»

»Y como Blas, ó Francia, no cesa de repetir á són de trompeta, como punto averiguado y corriente, que él es, en todo y por todo, lo primero y lo más perfecto y acabado que ha podido verse ni imaginarse desde que el mundo es mundo, seria una falta imperdonable de educacion, y hasta una ingratitud, el desmentir al bueno de Blas. Amante soy de mi patria; pero en Dios y en mi ánima juro, que no llegará mi patriotismo á negarle todo lo que España le debe.

»Diré algo de esta deuda.

»Debiéronle nuestros padres, entre otros mil beneficios de mayor cuantía, la chupa, el calzon corto, la peluca empolvada, el sombrero apuntado y los abates; nosotros le debemos el cilindro que cubre nuestras cabezas, el frac, prodigio de gusto, y las fundas en que envainamos las piernas. Nuestro actual idioma (llamémoslo así), nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestra literatura, fuera de tal cual excepcion, regalos son de Blas; nuestra caridad, es una caridad á la francesa: testigos los premios públicos á la virtud; porque Blas, ó Francia, como buen trompetero, está reñido con todo lo que no es público; así se comprende, que allí apénas haya zarramplin que no escriba sus *Memorias*, refiriendo con minuciosa prolijidad su vida y milagros, desde que le apuntó el primer diente de leche, hasta que lo recibe el sepulturero para darle tierra. ¡Qué seria sin tan preciosos datos la historia de la humanidad, ó la de Francia, que es lo mismo, pues Francia asegura que ella es la voz, el cerebro, el corazon y aun no recuerdo si los piés (por serlo todo) del mundo?

»El dios de Blas, es un dios fabricado para su uso particular; su cielo, como ninguno; sin rival la belleza, la gracia y la discrecion de sus hijas; inmejorables sus vinos, y más si se comparan con otros peores; su tierra, no digamos; sus sabios, los más sabios; sus brutos, los más... ¡Dios me perdone! Iba á decir un disparate; aquí falla la

regla, porque en el país de Blas, los niños nacen hechos ya unos Sénecas.

»No sé en qué obra española he leido que Francia es la patria del arte y del buen gusto. ¡Sólo á un español le ocurriria decir esto! Entendámonos: ¿de qué arte? ¿de qué gusto? ¿Del arte y del gusto que revelan sus figurines de modas, sus muñecas de carton y sus arlequinadas teatrales? ¿Puede competir en música profana con Italia y con Alemania, y en música religiosa con España, que archiva en sus catedrales tesoros inmensos? ¿Qué pintores suyos pueden ponerse al lado de Rafael, de Correggio, de Ticiano, de Murillo, de Velazquez y de Goya? ¿Qué escultores miden la talla de un Tordwalsen y de un Canova? El teatro ampuloso, altisonante, soporífero, hueco y falso de su gran siglo (grande quizá por sus pretensiones y su podredumbre), teatro mueca, teatro sorbete, teatro parodia del latino y del griego, cuyos personajes todos hablan y se mueven como autómatas sujetos á un ceremonial ridículamente grave, ¿es ni sombra siquiera de aquel otro teatro vivo, humano, espléndido, bravo, original, que ilustraron los Calderon, Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Rojas, Alarcon y otros muchos que acaso, y aun sin acaso, no haya ni siquiera oido nombrar el bueno de Blas? Porque es de advertir, que Blas tiene la maldita maña de hablar de nosotros con tanto conocimiento, como hablaría de lo que pasa en el otro mundo.»

II.

Don Lúcas Rancio, autor de los apuntes contenidos en las anteriores comillas, y correspondientes á un opúsculo que escribe en desagravio de lo mucho que nuestros vecinos suelen inventar, con demasiada ligereza por cierto, de nuestro país, es un poderoso hacendado y ganadero extremeño, de ojos vivos, nariz aguileña, color sano, sencillo en su trato, sobrio y arreglado en sus costumbres, y además, persona de vastísima erudicion y criterio no comun, que pasa la vida en el estudio y la lectura, únicas ocupaciones que, en medio de la monotonía de la aldea de su residencia, le distraen constantemente.

Conserva don Lúcas contra los franceses, antipatías imposibles de olvidar, á sus años y en sus circunstancias. Los franceses mataron á su padre en la guerra de la Independencia, y para él estamos todavía en el año ocho. Que existe un fondo de verdad en muchas de las apreciaciones que el lector ha visto, es indudable; pero negar al país que forma la eterna pesadilla de don Lúcas Rancio hasta las cualidades que lo enaltecen, es una injusticia que no necesita demostrarse, por más que á nosotros nos nieguen nuestros vecinos hasta el sentido comun, del cual se creen exclusivos poseedores y dispensadores.

El verdadero patriotismo no consiste, á mi ver,

en amar estúpidamente así lo malo como lo bueno del país en que uno ha tenido la estrella de nacer; menospreciando todo lo que á los demás pertenece: un hombre puede muy bien reconocer y aceptar cosas dignas de aprecio, vengan de donde vinieren, sin que por esto deje de ser patriota; y aun pudiera decirse que, al hacerlo así, da pruebas inequívocas de que lo es, y excelente, puesto que, reconociéndolas y aceptándolas, aumenta con ellas el progreso y la grandeza de su patria.

Leyendo, por centésima vez quizá, don Lúcas Rancio los apuntes que sobre la mesa tiene esparcidos, entra un criado y le da una carta de Madrid.

La carta es de su hermana doña Teresa, viuda con tres hijos, dos de ellos hembras y uno varon, mantenidos por él desde el fallecimiento del marido de la primera.

Toda la familia de don Lúcas está reducida á su hermana, más jóven que él; y como la quiere entrañablemente, y es millonario y célibe, le ha señalado una pension anual de tres mil duros para que viva con desahogo y proporcione á sus hijos una educacion esmerada.

El anciano recuerda con tiernísima emocion el cariñoso afan con que la familia de su hermana le cuidó la última vez que estuvo en Madrid, desviviéndose desde la viuda hasta los hijos por complacerle, en términos que tal vez no hubieran hecho tanto por un padre.

Veamos las palabras de la carta que más se relacionan con nuestro asunto.

«Mi querido Lúcas: Tengo que comunicarte una buena noticia: el jóven Adolfo, de quien te he hablado en algunas de mis anteriores, me envió ayer una persona de respeto á pedirme la mano de Lucía; y yo, persuadida de lo conveniente y honroso de este enlace, no he vacilado en dar mi consentimiento. Seis años há que no nos vemos, á pesar de tus promesas de emprender el viaje á ésta; cúmpleme, pues, ahora tu palabra; sacude la pereza, ponte en camino, y ven á esta casa, en la que todos te esperamos con los brazos abiertos.

Lee la postdata de la chiquirritina.

Tuya de corazon, — TERESA.»

P. S.

Mon cher oncle: Venez, venez de suite, et nous aurons tous le plaisir de vous exprimer personellement notre invariable amour et notre reconnaissance, et en particulier votre tres-affectionée et petite nièce — AGATHE [1].

Don Lúcas Rancio sabe francés; pero nunca lo habla, ya por su incorregible tema contra nues-

[1] Mi querido tio: Venga usted pronto, y tendremos todos el placer de manifestarle personalmente nuestro invariable cariño y gratitud, y en particular su afectísima sobrinita — ÁGATA.

tros vecinos de allende los Pirineos, ya por haber observado que cuando un español va á Francia necesita expresarse en francés para que le entiendan, y cuando un francés viene á España quiere que le hablen en su lengua para entendernos; de lo cual deduce que nuestros vecinos se han propuesto generalizar su idioma á costa de los demás, y no quiere ser cómplice de semejante monopolio.

La posdata de Ágata le pone de mal humor.

—¡Apostaria, —refunfuña, —á que el raton aquel no sabe el Padre Nuestro en castellano! ¡Estoy por contestar cuatro frescas á Teresa!... Pero no adelantemos el discurso; veamos ántes la educacion que ha dado á sus hijos, ya que tanto la pondera en sus cartas.

Disimulando, pues, el enojo que la lectura de la que acaba de recibir le causa, toma la pluma y contesta lo siguiente:

«Mi querida Teresa: Dentro de cuatro ó seis dias saldré para Madrid, Dios mediante, matando así dos pájaros de un tiro, pues cumplo mi palabra de veros, y apadrino en persona el casamiento de Lucía.

»En cuanto á la pequeña, mucho celebro que á su edad conozca un idioma extranjero, y mi satisfaccion será cumplida si á este conocimiento corresponde, como es de esperar, el del propio.

»Tu buen hermano, —Lúcas.»

III.

Estamos en Agosto: ántes de que pique el sol, como sabe hacerlo en Extremadura, súbese don Lúcas al poyo de piedra que hay en la puerta de su casa, acomódase como un canónigo sobre el robusto lomo de un macho firme y andariego, y provisto de paraguas contra los rayos caniculares, de una bota de vino contra la sed, y de jamon, tortillas, frutas y otros comestibles para matar el hambre cuando le acometa, sale pausadamente de la aldea. A cosa de cien varas, el mozo que le acompaña pincha tres ó cuatro veces á la bestia con una estaca puntiaguda, y emprende el camino de Badajoz, donde tomará asiento para la diligencia que ha de conducirle á la córte.

Por nadie en el mundo más que por su hermana abandonaria don Lúcas las comodidades de su casa, en semejante estacion y á su edad; pero, prescindiendo de la boda de la sobrina, desea darle un abrazo y al mismo tiempo conversar detenidamente con ella sobre disposiciones testamentarias que ha hecho á favor suyo, impulsado por la idea de que somos mortales, y de que de un momento á otro él ó su hermana pueden faltar á la familia.

Este deseo no es, sin embargo, bastante para hacerle insensible, entrado el dia, al fastidioso y contínuo chirrido de las cigarras, á las picaduras

de los cínifes, al calor horrible que á plomo cae sobre su persona, y á los tropiezos de la cabalgadura en el quebrado terreno que atraviesan.

Abandonemos, pues, la relacion circunstanciada de su viaje, ya que tan pocos atractivos promete, y demos por llegado á la córte á nuestro amigo don Lúcas Rancio.

Al preguntar por doña Teresa en la portería de la casa donde ésta vive y decir su nombre, una niña que juega con otras en el portal, separándose repentinamente de las compañeras, corre hácia él gritando:

—*¡Ah! ¡C'est mon oncle! ¡C'est mon oncle! ¡Bon jour, mon cher oncle! ¡Bon jour, mon cher oncle!* (¡Ah! ¡Es mi tio! ¡Es mi tio! ¡Buenos dias, mi querido tio! ¡Buenos dias, mi querido tio!)

—¿Quién eres tú, niña? ¿Cómo te llamas?

—*¡Je suis ta nièce! ¡Je suis Agathe!* (¡Soy tu sobrina! ¡Soy Ágata!)

—No comprendo,—responde don Lúcas, aparentando ignorancia del francés.

—*¡Ah! ¡Il ne comprend pas!* (¡Ah! ¡No entiende!)—exclama Ágata, dirigiendo con asombro infantil una mirada á sus compañeras.

—No, hija, no compro pan; no lo necesito aun. Pero dime cómo te llamas, amor mio.

—Me llamo Ágata; soy tu sobrina.

—¡Acabáramos!—dice don Lúcas, besando cariñosamente á la niña.—Ahora sí que te en-

tiendo; háblame siempre en cristiano, si quieres que te responda, y no me llames de *tú*.

Sepárase Ágata del viajero, y sube precipitadamente la escalera, para anunciar su llegada.

La viuda es la primera que lo estrecha contra su corazon, vertiendo dulces y copiosas lágrimas; Lucía y Sisenando, su sobrino, le manifiestan igual cariño.

Despues de un descanso de media hora, en que principalmente doña Teresa y don Lúcas hablan por los codos para desquitarse de los seis años de ausencia, dice la viuda:

—¡Ea, Lúcas, ahora al comedor á almorzar! Supongo que traerás apetito de estudiante.

—No desairaré el almuerzo.

Ningun criado aparece: el forastero no los necesita, porque aun conserva encima de sí la ropa de viaje, que su hermana le cepilla; pero extraña un poco la referida circunstancia.

—Mi hermana, —discurre, —ha sido siempre económica; y como el *ramo* de criadas dicen que en Madrid cada vez está más perdido y más caro, quizá no tenga ni una triste asistente, pues á no ser así ya se hubieran presentado Engracia y Ruperto, que tan bien me sirvieron la otra vez. No me disgustan el órden y el arreglo domésticos; pero tampoco estoy por las cosas llevadas al extremo. ¿Quién guisa y friega en esta casa? ¿Quién barre y asea las habitaciones? ¿Quién hace las camas?... ¡Pobre Teresa! Prefiere sufrir, y

encargarse hasta de los oficios más groseros, á confesarme todas sus necesidades. El colegio de Ágata y la carrera de Sisenando le costarán un sentido, y temiendo abusar de mí, ahorra para suplir ciertos gastos. ¡Pobre Teresa! ¡Pobre Teresa!

Entregado aun á estas reflexiones, ve don Lúcas entrar un mozo tieso, colorado y lampiño, especie de maniquí de escaparate, con frac y pantalon negros, corbata y guante blancos: este mozo, doblando la espina dorsal como quien saluda, es contestado cortesmente por don Lúcas, el cual medio se levanta de la silla al mismo tiempo, y le brinda con un gesto obsequioso á sentarse.

—¿Quién es ese caballero? —pregunta por lo bajo á Sisenando.

—No te incomodes, tio, no te incomodes, —responde el niño; —es el *garçon*, el criado.

—¡Angela María! —murmura entre dientes el anciano.—¿Qué diantre de mogigangas son estas?

—*¡Madame est servie!* (Señora, la comida está en la mesa.) —Dice el mozo, dirigiéndose á su ama.

—*¡Allons, donc, allons, donc!* (¡Vamos, pues, vamos, pues!) —exclama doña Teresa, poniéndose á la cabeza de la familia, para pasar al comedor.

—¡Oye! —pregunta por el camino el forastero á su hermana; —¿ese muchacho es francés?

—¡Sí, es una alhaja! Ha servido en París, y se

sabe al dedillo el ceremonial que se acostumbra en las casas y comidas *comme il faut*. La cocinera tambien es francesa. Ruperto y Engracia eran fieles y trabajadores, pero tuve que despedirlos, aunque con sentimiento (pues al fin me habian servido algunos años), porque no acababan de entrar en ciertos trotes. Ágata y Sisenando están de internos en un colegio donde todo se habla y se hace á la francesa que, como sabes, es lo que hoy priva en la sociedad de buen tono; y yo, respetando el consejo de los preceptores, y con el fin de que no se pierda el fruto de mis desvelos, he buscado para mi servicio personas con quienes los niños puedan practicar á todas horas las lecciones recibidas.

—¡De manera que hablarán perfectamente el francés!

—¿Que si lo hablan?... ¡Mil veces mejor que su lengua! ¡Poquito he trabajado yo para que olviden el castellano, y secunden mis esfuerzos! Son la delicia de cuantos los oyen.

—¡Valientes avestruces serán ellos! —piensa don Lúcas; añadiendo en alta voz: —ya los examinaré yo, y no seré quien ménos los elogie si, en efecto, poseen el francés, como aseguras. ¡Es tan difícil, aun á personas de edad, conocer á fondo un idioma cualquiera!

Don Lúcas ha manifestado que no desairará el almuerzo, y su hermana le pone un plato de sopa, lleno hasta el borde.

—Mujer,—exclama el primero,—¿á dónde voy á parar con esta racion?

—Pruébala, y luégo me dirás si te he puesto mucho ó poco. ¡Está,—prosigue la obsequiosa viuda, llevando la cuchara á la boca,—que se la pueden comer los ángeles!

No es de esta opinion su hermano. Desde el momento mismo de probarla, principia á poner un gesto y hace tales muecas de repugnancia, que doña Teresa no puede ménos de preguntarle:

—¡Qué! ¿No te gusta?

—¡Ni verla! Si tomo un bocado más, reviento. ¿Qué diablos han echado en esta sopa?

—*¡Antoine* (Antonio),—exclama la viuda,—á *madame* Celina que venga!

Entra Celina (mujer de macizas formas, provista de gran pecho, gran espalda, gran miriñaque y gran mata de pelo recogido por una redecilla azul), llamada por el *garçon*, é interrogándola doña Teresa, responde en francés lo que la traduccion siguiente expresa:

—Señora, la sopa tiene lo que todos los dias, lo que dice el *Arte de cocina*, y lo que mi propia experiencia me ha enseñado. El *Arte de cocina* dice: «Se frien cortezas de pan en manteca de vacas, hasta que estén bien doradas; se hace un puré de guisantes ó de lentejas, que se moja con caldo del puchero hasta que aclare; se derrite en la sopa otro pedacito de manteca de vacas; al tiempo de servirla, se añade un poco de azúcar,

y se echa sobre las cortezas de pan fritas; el puré debe estar en sazon.» Esto es lo que dispone la receta.

— ¡Qué descansados te habrán quedado los sesos! — murmura don Lúcas.

La cocinera se vuelve á su oficina, meneando la cola, y el extremeño añade:

— ¡Esta sopa tiene lo ménos una libra de manteca de vacas! Mira, Teresa, que me pongan mañana unas sopas de ajo, hechas á lo tio Diego, como se usa en la tierra de garbanzos, y dejémonos de guisotes que no son para nuestros estómagos.

El resto de la familia despacha, en tanto, su racion, y los niños particularmente se relamen de gusto.

El segundo plato es de chuletas de ternera, con varias yerbas y guisantes fritos.

Don Lúcas palidece: el tufillo de la manteca de vacas vuelve á trastornarle: su hermana sufre lo que no es decible, al verle retirar á un lado el plato.

— ¿Te sientes indispuesto, Lúcas? — interroga doña Teresa. — ¿No te gusta la manteca de...

— Me gusta; pero este abuso es horrible. ¡Manteca de vacas por acá, manteca de vacas por allá, y dale con la manteca de vacas! ¡Ver quisiera yo los *pedacitos* con que la tal Celina adereza la sopa!

Y observando que tanto su hermana como sus

sobrinos se sirven únicamente del cuchillo para tomar los guisantes y la ternera, exclama:

— ¡Bien dicen: nunca se acuesta uno sin haber aprendido algo de nuevo! ¿Se estila ahora tomar la comida con cuchillo?

— ¿Quién lo duda? — responde su hermana. — Se estila hace tanto tiempo, que ya es viejo.

— Yo estaba en que el cuchillo servia para cortar, el tenedor para tomar los manjares sólidos, y la cuchara para las salsas ó los manjares blandos.

— ¡Eso ya no se ve en el mundo, Lúcas!

— ¿Y el caldo?... ¿Se toma con tenedor?

— ¡Ave María Purísima! ¡Qué ocurrencia!

— ¡Pues francamente, no veo que haya más razon para tomar los guisantes con cuchillo! En fin, Teresa, perdona á un rústico aldeano estas salidas de pié de banco.

El vino tambien le arranca esta pregunta, despues de probarlo apénas:

— ¿Qué vino es éste?

— Bordeaux. Ya debias habértelo figurado, pues no hay otro que compita con él para la comida. ¡Como que cuesta un ojo de la cara!

— ¡Vea usted lo que son las cosas! Yo creia que era agua, no muy pura, con campeche.

— ¿No lo quieres?

— Ni de balde, ni con dinero encima; que me traigan desde mañana Valdepeñas, que, sobre ser infinitamente más barato, es trescientas veces

mejor, salva la opinion de los franceses, muy respetable para ellos, para su bolsillo y para los tontos de mi país.

El pobre hombre se queda casi en ayunas, y adopta el partido de callar, vea lo que vea. ¡Vano propósito! Al fin del almuerzo le ponen un enjuague de cristal azul. No ignora don Lúcas el uso de esta parte de la vajilla; pero considerando que sus observaciones son justas y convenientes, é impulsado por su habitual franqueza, pregunta en ademan de sorpresa:

—¿Para qué me traen esto?

—Para que te enjuagues. El vaso está lleno de agua.

—¿Y dónde la echo despues de enjuagarme?

—En el platillo.

—Corriente; voy, pues, allá afuera, y despues que concluya volveré.

—No, hombre; aquí mismo puedes hacerlo, como nosotros.

—¿Quieres que te manifieste lo que me ocurre sobre el particular?

—Sí.

—La tal operacion, sea moda ó deje de serlo, hecha en el sitio donde uno acaba de comer y á vista de los demás, me parece una porquería; pues en resumidas cuentas, lo que de la boca sale no son perlas, ni ménos pensarlo.

—Hombre, no digas eso donde haya personas finas, porque se reirán de tí. Y en cuanto á la co-

mida, si te place, iremos de fonda todos los dias, que es lo que solemos hacer á menudo.

—¡Cómo! ¿Acostumbrais á comer fuera de casa?

—¡Jesus, Lúcas! ¡Todo te asombra! No parece sino que somos los únicos que lo hacen. En París y en otras grandes poblaciones de Francia...

—¡Sí, ya sé! —interrumpe don Lúcas, formalizándose.—Pero esto no es aquello. La vida francesa no puede, es más, no debe servirnos de modelo en muchos de sus accidentes. En París, sobre todo, los vínculos santos de la familia se hallan tan relajados, que hay quien duda de que las pequeñas agrupaciones que en otros países llevan tal nombre, existan allí. Desde el momento en que nace un niño se le manda al campo y se le abandona al biberon ó al interesado y frio celo de una nodriza, que si proporciona alimento físico (no siempre bueno) á la criatura, no puede proporcionarle ese otro alimento espiritual, irreemplazable, divino, que se llama *amor de madre;* primer abandono. Apénas concluye el niño su lactancia, se le envia al colegio ó á la pension, donde permanece años enteros, sin ver á sus padres más que de tarde en tarde; segundo abandono. El hijo, apénas adolescente, contrae con mujeres *entretenidas* amistades crapulosas, íntimas, que el estado social de otros países condena, ó no sanciona con su aprobacion, y que en aquél, por

su misma frecuencia, á nadie sorprenden; tercer abandono. El marido cita á su mujer y á sus hijos para la fonda ó *restaurant*, y allí comen, cual si no comprendiesen la poesía del hogar, como si la vivienda, iman de la familia, hubiera perdido completamente allí su atraccion amorosa. En nuestro pobre, en nuestro atrasado país, todavía cuando un matrimonio se establece, se conserva, á Dios gracias, la tierna costumbre de ir poco á poco proporcionando comodidades al hogar doméstico, por humilde y sencillo que sea: hoy aumentamos nuestro haber con una mesa, mañana con un cuadro; hacemos como los pájaros, que para formar el nido que ha de servir de albergue á la familia futura, hoy llevan una pluma al punto que eligen, mañana una yerbecilla, otro dia una vedija de lana; y como esto se efectúa á costa de penalidades, trabajos y desvelos, llega á amarse con la pasion de todo lo que por largo tiempo se anheló profundamente. En el país vecino, rara es la poblacion de regular importancia, en la cual deje de haber empresas que cuidan del alquiler del menaje, por el tanto periódico previamente estipulado. Pero quédese este asunto para otra ocasion, y respóndeme á una pregunta suelta: ¿cuántas veces se pone aquí la mesa al dia?

—Dos: entre doce y una de la mañana, almorzamos fuerte, y á las seis ó las siete de la tarde, ó más temprano, segun las estaciones, comemos.

—Pues hija, estoy por el método español que,

sobre ser más higiénico, me parece más racional. Eso de engullir en dos comidas lo que debe distribuirse en cuatro, exponiéndose á un atracon, á un cólico cerrado, quédese para los pavos que, segun dicen, digieren hasta el hierro.

—¡Vaya, vaya, Lúcas, tú quieres ponerte en ridículo!

Lucía, Sisenando y hasta el raton de Ágata comienzan á mirar á su tio como una especie de bicho raro.

IV.

Pasando del comedor al gabinete que á don Lúcas destina su hermana, ve el primero sobre la mesa un libro con la mitad de los pliegos sin abrir; señal bastante significativa de que acaba de comprarse. Pregunta el título de la obra, y le responde su futura ahijada pronunciando el de una novela de Paul de Kock.

—Teresa,—exclama, no sin violentarse para ocultar su desagrado,—¿quién ha traido aquí este libro?

—Adolfo. ¡Qué! ¿Quieres leerlo? ¡Oh, promete ser delicioso! Paul de Kock es el rey del chiste. ¡Pinta las cosas tan al vivo, y con tal gracejo!...

—¡El rey del chiste! ¿Qué entenderán ciertas gentes por chiste?... Mira, cuando venga Adolfo haz el favor de decirle que se lleve este libro.

—¡Se conoce que eres poco aficionado á novelas!

—Es un error: creo que la novela, como las demás obras de las llamadas de amena literatura, presta servicios inmensos al país, más servicios que los que muchos se figuran; creo que ejerce sobre las costumbres una influencia incalculable, popularizando con su forma y su lenguaje inteligibles á todo el mundo hasta las ideas más abstractas; creo más: creo que los que la consideran y la desdeñan como cosa trivial é indigna de fijar la atencion de las personas graves, ó lo hacen por rutina, ó son unos solemnes majaderos que caminan de reata á la cola de las preocupaciones.

—¡Entónces!...

—Pero Paul de Kock, y los que á él y á otros muchos de distintos géneros se parecen, no pueden servir de modelo de cultura, de gusto y de decoro. Sus groseras chocarrerías, sus caractéres cínicos y sus cuadros de repugnante sensualismo y de impúdica realidad, sólo asco inspiran á toda alma que conserve aunque no sea más que un resto de pudor. Eso no es literatura; eso es lo que expresa una palabra de caballeriza y de cloaca que, sin embargo, Víctor Hugo dice al terminar la descripcion de la batalla de Waterloo, en *Los Miserables*, que es la más sublime que jamás hayan pronunciado labios franceses. No la pronunciaré yo; me costaria trabajo, sin

duda por no estar acostumbrados mis labios á semejantes sublimidades; además, acabamos de almorzar y podria insubordinársenos el estómago. El campo del arte y el campo de la moral no deben abonarse con estiércol.

—¿Qué han de leer, pues, los niños?—pregunta escandalizada la viuda.—¡Se escribe aquí tan poco y tan malo!

—¿Quién te lo ha contado?

—Adolfo; ¡y cuando un jóven de tanto mérito lo afirma!...

—Mucho malo se escribe, en efecto; pero en lo bueno, aunque poco, si hay el patriotismo de examinarlo, se verá que nada tenemos que envidiar á los franceses (los cuales nos dan mucho *doublé*, mucho oropel, que aquí se recibe sin exámen, como oro puro), y aun estoy por añadir que algo podrian aprender de nosotros. El tiempo nos hará justicia. Deseo con impaciencia conocer al novio de Lucía, que, por lo visto, ha convertido esta casa en colonia extranjera.

En la pequeña librería de la casa, no se ve una obra española para un remedio.

V.

A las dos recibe doña Teresa la visita de una familia que se despide para la capital de Francia, en donde se fastidiará de seguro trotando calles

y exprimiendo el bolsillo; pero que cuando vuelva, negará lo del aburrimiento y el gasto, y afirmará que se ha divertido en grande. ¡Sea todo por Dios!

—¡Qué personas tan amables y tan distinguidas! ¡qué *esprit!* — exclama la viuda, volviendo á la sala, despues de acompañar hasta la puerta de la escalera á las expedicionarias.

—¡Valor es necesario para elogiarlas!

—¿Tampoco te petan doña Leonor y sus niñas Pamela y Everarda?

—¡Ni esto! — responde don Lúcas, mordiéndose la uña del dedo pulgar de la mano derecha. — Ni me gustan ellas, ni los nombres de las muchachas.

— Tienes un gusto estragado.

—¡De paleto, al fin! La misma gracia me hacen esos nombres que los de Ágata y Sisenando, á los cuales hubiera preferido yo los que tenian ántes de la confirmacion.

—¡Calla, calla, Lúcas! ¡Josefa!... ¡Pedro!... ¡Qué preciosidad!... Pedro y Josefa son lo más vulgar y ordinario del mundo. ¿Quién hay que no se llame Pepa ó Perico?... Y por lo que hace al trato de la familia que acaba de salir...

—¡Son unas tontas!

—¿En qué fundas tu opinion?

— En lo que he visto y oido; para muestra, un boton basta.

—¿Han dicho alguna inconveniencia?

— Han hecho mil dengues que me estomagan, y han dicho tanta divina peste de Madrid, y aun de España en general, que, si como son mujeres, llegan á ser hombres, no les quedan ganas de volver á hablar delante de mí. ¿Qué francés hablaria así de su patria?... Y en suma, ¿de qué han hablado?... De figurines, de lazos, de moños; de que Fulana se pinta; de que Mengana es elegante; de que... y todo esto en un galimatías, que las hubiera dado de cachetes. ¡Ni una palabra formal! ¡Ni una idea juiciosa! ¡Si hay en aquellas cabezas de chorlito dos adarmes de seso, me dejo cortar la mia, á fe de Lúcas!

En esto anuncia el *garçon* al maestro de baile de Sisenando y Ágata.

Los niños salen con Lucía para un gabinete, donde se adiestran en el arte de Terpsícore, y quedan solos doña Teresa y su hermano.

El maestro es francés.

— Quiero, — dice la viuda, como ufanándose de su prevision, — que los niños se desarrollen y aprendan al mismo tiempo una habilidad que es ya indispensable para no hacer una figura desairada en las reuniones *d'elite* (de buen tono).

— ¡Buen desarrollo te dé Dios, en un gabinete donde apénas podrán revolverse!... ¿Qué gana al mes el danzante ese?

— Una friolera: doscientos reales.

— ¡Lástima de dinero! Yo te aseguro que, á pesar de los trenzados y cabriolas que enseñe á

tus hijos el bailarin, como ellos no se desarrollen por otros medios, siempre serán unos entes raquíticos. ¿Quieres que su físico se robustezca? Procura que salgan de casa á menudo, que jueguen, y brinquen, y corran como desesperados al aire libre, hasta que el cansancio los aplane. ¡Mucho sol, mucho frio, mucho campo, mucho zoquete de pan, pocos mimos y algun torniscon... maternal, por supuesto! Este es mi sistema; esto les dará salud, alegría, agilidad... y carrillos, pues parece que los han chupado las brujas.

—¡Si los criase yo para gañanes!

—¡Harto sé que no! Los crias para polichinelas.

—¡Qué extremado eres!... Ven conmigo, y apreciarás en su verdadero valor la conveniencia de ese ramo de educacion.

—La tengo bien apreciada. Además, me repugna ver un mastuerzo con zapatillas, repicando las castañuelas, echando los bofes y haciendo contorsiones afeminadas. Ese bolero no es hombre, es un ingerto de mono y de marica, propio, á lo sumo, para simbolizar la última degradacion de la especie humana.

—¡Pero hombre!...

—¡Pero mujer!

—Exageras demasiado.

—No afirmaré que no; pero al ménos expongo francamente mi sentir.

VI.

A la caida de la tarde siguiente se dirige la familia al Prado, y despues de dar unas cuantas vueltas, se sientan doña Teresa, don Lúcas y Lucía cerca de la fuente de las Cuatro Estaciones, punto donde criaturas de pocos años en general, pues las hay talluditas, comienzan á jugar y á cantar apénas se encienden los reverberos.

Quiere la viuda que su hermano admire la precocidad de Ágata en el conocimiento del francés, y hace que ésta forme parte del corro más próximo á las sillas que ocupan. Los padres y las madres (aunque no todos, pues en honor de la verdad manifestaré que muchos confian sus hijas á la *vigilancia* constante, como es sabido, de criadas y niñeras, miéntras ellos pasean tranquilamente por el salon ó por *París*), los padres y las madres, digo, observan enternecidos la naturalidad asombrosa, la imponderable maestría con que aquellos ángeles destrozan el francés, persuadidos de que lo hablan con perfeccion. Porque es de advertir que cuando los niños, como las personas mayores, dan pié á la vanidad, ella les toma la mano, y aun llega á dominarlos por completo. En ciertas familias, esta amable señora sonrie ya á los niños en la cuna.

Admitida en el corro Ágata, vuelve á andar la

rueda, y varias voces infantiles entonan una cancion en francés.

Los ojos de doña Teresa y de Lucía resplandecen de gusto. Don Lúcas está que trina; pero lo disimula, y corresponde á las miradas satisfechas que le dirigen su hermana y la sobrina mayor, con otras que expresan igual sentimiento; cuando héte aquí que, acercándose una hermosa niña al corro, extiende sus manecitas para aumentarlo con su persona, y le pregunta otra, en ademan de rechazarla con desden:

— ¿Sabe *usted* francés?

— No, señora.

— Entónces... no puede *usted* jugar aquí. ¡Ande la rueda!

Y sigue la rueda.

Quédase un momento inmóvil y triste la niña expulsada; quizá se figure que ha cometido un crímen pretendiendo alternar con las otras, las cuales, en su inocente opinion, deben ser de distinta naturaleza que ella, y no de carne y hueso. En seguida rompe á llorar, y vuelve donde está su madre.

— ¿Qué tienes, cielo mio? — le pregunta ésta.

Cuéntale la niña lo que le ha pasado, y la madre dice en voz alta, para que la oigan bien:

— Deja á esas monas, y vete á otro corro. ¡Más valiera que ántes de aprender ese ridículo chapurrado, aprendiesen educacion, que buena falta les hace!

Lo mismo es oir estas palabras don Lúcas, dice á su hermana:

—¡Tiene razon: esto indigna, esto subleva, esto no tiene nombre! Llama á la niña, y prohíbele que juegue en aquel corro.

Hácelo así, aunque de mala gana, doña Teresa; y el forastero, desahogado de la bílis que le atormentaba, respira libremente.

VII.

Adolfo se halla en San Ildefonso, residencia de la córte á la sazon. Pretende ingresar en el cuerpo diplomático, y al objeto se corre la ceca y la meca, lo mismo por Madrid que por la Granja, en busca de patronos. Nadie ignora sus aspiraciones. Para realizarlas, él mismo se ha fijado tres *etapas*: primera, una secretaría; segunda, una legacion; tercera, una plenipotencia. Ni él desea más, ni puede contentarse con ménos, por la presente. El tiempo y las circunstancias le aconsejarán su conducta venidera.

Ignoro si Adolfo ha tenido tambien de niño, ó de adolescente, maestro de baile; pero la expresion de las piruetas y genuflexiones que hace por antesalas y oficinas, acaso dé á las personas respetadas (no sé si respetables) cuyo favor solicita, una idea excelente de su aptitud para representar al país en el extranjero, con la dignidad, el

tino, la sabiduría y la firmeza que, por causa de varios entes parecidos á Adolfo, tan acreditado tienen en toda la redondez de la tierra á nuestro cuerpo diplomático. Si es así, la perspicacia de muchos de nuestros grandes hombres de Estado quedará plenamente confirmada, caso de que ya no lo esté de sobra; pues, en realidad, haya ó no tenido Adolfo maestro de baile, *posee* ese caudal, no negativo, de exquisita ignorancia, ese barniz de salon, ese charol cortesano que, en todo encargado de fomentar, estrechar y consolidar nuestras relaciones internacionales, así parece convenir al calzado como al buen éxito de cualquier asunto, por grave que sea.

Deseémosle, pues, cuantas prosperidades apetezca, y vengamos á lo que importa.

Lo primero es verlo en Madrid, y oirlo en casa de su novia, á quien saluda besándola en la frente á estilo de Francia, despues de ejecutar idéntica operacion con doña Teresa, prévio un apretoncito de manos á madre é hija.

Años há, nuestras compatriotas cultivaban la amistad del sexo masculino, pues no todas se criaban para monjas; pero no con la eficacia que hoy, al ménos en la forma: la más heróica (y para eso habia de ser en baile, por ejemplo) apénas se atrevia á tocar las yemas de los dedos del caballero, cuando éste presentaba su mano: en el dia sucede todo lo contrario á ciertas damas; el cultivo se va perfeccionando de tal suerte que, aña-

diendo á los apretones de manos, los besos del saludo y la *adhesion* de las personas en las *habaneras*, en los *lanceros* y en la *polka íntima*, seria preciso estar ciegos para no adivinar las consecuencias probables, ó sea el fruto, por aquello de que el que siembra coge.

Doña Teresa anuncia á su presunto yerno la llegada de don Lúcas, á quien avisa en el acto por medio de la chiquitina, para que vaya á la sala. En seguida pregunta al diplomático en ciernes, viendo en su mano dos libros:

— ¿Qué nos trae usted de bueno?

— Dos obras maestras: *Los Miserables* y *La Leyenda de los siglos*.

— De Víctor Hugo, ¿eh?

— Exacto.

— ¡No, pues lo que es ese autor no lo rechazará Lúcas!

— ¿Ha rechazado algun otro?

— A Paul de Kock, — observa Lucía; — se empeña en que es inmoral y...

— ¡Preocupaciones!

— Lo mismo le he respondido yo, — exclama doña Teresa; añadiendo:

— ¿Ha trabajado usted mucho en la Granja?

— No, señora: los asuntos que me condujeron allá han absorbido todo el tiempo de que podia disponer. No he hecho más que dar algunos toques á mi novela, corregir... en fin, nada, nada en suma.

—¿De manera, que todavía estará usted en aquello de... ¡calla! ¿Querrá usted creer que no me acuerdo?

—Estaba, —observa Lucía, —en la descripcion de la figura de la jóven italiana, cuando la sorprende Renato acabadita de salir del baño.

—¡Ah! ¡sí! —exclama doña Teresa; —en la descripcion de aquella rubia con un lunar en medio de la pantorrilla... Él es pintor, me parece, y anda buscando modelos para un...

—Precisamente, —concluye Adolfo; —anda buscando modelos para pintar *desnudos*. Su amor al arte, que ya raya en frenesí, le ha expuesto á varios lances comprometidos; pues para él no existen obstáculos, y si no, testigo el conde Malatesta (Malatesta viene á significar mala cabeza), que al volver de una cacería, cuando ménos pensaba nadie, me lo encuentra agazapadito detrás de las cortinas de la alcoba conyugal.

—Y diga usted, Adolfo, ¿suceden realmente esas cosas?

—¡Y tanto como suceden! ¡Ya ve usted... el hervor de las pasiones!

—¡Jesus!

—Por supuesto, que, despues de otras aventuras escandalosas y aun de crímenes que espeluznan, viene el castigo del culpable.

—¡Ya lo creo! ¡Pues no faltaba más! ¡Y ojalá viniese ántes, y no que está una con el alma en un hilo hasta ver en qué pára todo!

—¿No conoce usted, señora, que si viniera ántes el castigo, la obra careceria de interés?

—Es verdad, no me habia ocurrido esa reflexion... Pero aquí tiene usted á mi hermano. ¡Lúcas! este caballero es Adolfo.

—Muy señor mio,—responde el forastero, entrando en la sala, y procurando ser amable, para mejor ocultar la antipatía que aquél le inspira, sin más que verlo.

La amabilidad aparente de don Lúcas es de buen agüero para su hermana; sólo falta, á su juicio, que Adolfo patentice la maravillosa instruccion y los variados talentos que le adornan, para desterrar del ánimo de don Lúcas las preocupaciones que en él se aniden contra el jóven, si es que todavía conserva algunas. ¿Qué pretexto, qué motivo más natural que las letras?

—Lúcas,—dice, despues de hablar diez minutos de cosas indiferentes,—¿has leido alguna produccion de Adolfo?

—No he tenido, que yo recuerde, ese placer, —responde el extremeño.

—¡Oh, no sabes lo que es bueno!

—¡Favor de usted!—observa modestamente el diplomático en agraz.

—¿Qué escribe usted ahora?—le pregunta don Lúcas.

—Una novela; además, tomo apuntes para unos estudios históricos; he principiado un drama... ¡Tiene uno que servir para todo; porque

como aquí todo está por hacer! Y esto no es de hoy, es de siempre.

— Seguramente: con razon dice Montesquieu, por el *Quijote*, que España no ha producido más que un buen libro, y es el que se burla de todos los demás; aunque hay quien presume (¡vea usted qué desatino!) que Montesquieu sabia tanto de nuestra literatura como todos sus compatriotas.

La viuda se regocija al ver tan de acuerdo á su hermano y al novio de su hija, desde el principio de la conversacion.

— Yo tengo, sin embargo, mi opinion particular sobre el mérito de ese libro, — exclama Adolfo intrépidamente: no hay nada más intrépido que la ignorancia.

— Celebraria que la manifestase usted con franqueza, — observa don Lúcas.

— Pues francamente, la mayor parte de las aventuras de *Don Quijote*, como la de los cueros de vino, el manteamiento de *Sancho Panza*, la batalla con los carneros y ovejas, los molinos de viento, lo del caballo Clavileño, etc., me parecen invenciones pueriles. ¡Y luégo, aquellos personajes tan ordinariotes, que hablan y hacen lo que todo el mundo! ¡Aquella Maritornes, aquella Dulcinea del Toboso, aquellos mozos de mulas, que encuentra uno al volver cualquiera esquina!

— ¡No eres tú flojo mulo! (piensa el extremeño). ¡Cada coz que me plantas, me hace ver las

estrellas! — Veo, amigo don Adolfo (continúa, levantando la voz), que nos entendemos. Ensálcenlo cuanto quieran todos los críticos de Europa y del mundo, el *Quijote* no pasa de ser una vulgaridad. No caiga usted en la tentacion de seguir las huellas de Cervántes.

— ¿Qué he de caer?... Mis maestros son los autores franceses, y para pagarles el tributo de admiracion que se merecen, no hay capítulo en mi novela que no esté rebosando citas de ellos, y que no vaya precedido de su epígrafe correspondiente, que es la síntesis del texto. Por ejemplo: un capítulo, cuyo principal episodio pasa en el teatro del Circo, lleva este epígrafe de La Bruyere: «*Il semble que le roman et la comedie pourroient être aussi utiles qu'ils son nuisibles*». «Parece (sigue Adolfo, traduciendo macarrónicamente el epígrafe) que la novela y la comedia podrian ser tan útiles *que ellas son dañosas*.» ¡Qué verdad! ¡Qué descubrimiento! ¿Eh? Pues otro capítulo, en el que los dos personajes de más importancia tienen una entrevista en la Pradera del Canal, lo encabezo con este verso de Víctor Hugo: *Nous errions, elle et moi, dans les monts de Sicile;* el cual significa: «Nosotros errábamos ella y yo en los montes de Sicilia».

— ¡No lo jures, — discurre don Lúcas, — herrado y bien herrado andas tú! — Aplaudo esos epígrafes (añade, levantando la voz, lo mismo que anteriormente); creo, no obstante (y lo que

voy á decir no reza con usted, cuyos talentos desde luégo se conocen), que para expresar lo que ellos expresan no habia gran necesidad de pedir á los vecinos lo que tenemos en casa, ni aun tampoco de las tales citas. Eso de que nuestros autores no se atrevan ni á sonarse la nariz, sin que un autor extranjero les preste pañuelo, me huele un poco á servilismo, cuando no á necia ostentacion de conocimientos lingüísticos que á veces no poseen, ó á celos ó desden de los escritores nacionales. ¿Dejarán el sol y la luna de salir, porque un novelista español pinte esta salida, sin autorizarla con frases de fuera?

— Claro es que no — balbucea Adolfo, viéndose cogido; — pero entónces el tributo de admiracion de que ántes hice mérito...

— ¡Ah! ¡sí! ¡no me acordaba! — interrumpe don Lúcas, abrumado bajo el peso de la observacion de su interlocutor.

— ¡Además, —prosigue Adolfo,—hay en todo lo que escriben los franceses una originalidad, una novedad, una profundidad!... ¡Qué personajes! ¡Qué caractéres! ¡Qué todo! ¡Verdaderamente, inventan diabluras para interesar al lector!... Acabo de devorar *La Leyenda de los siglos*, poema capaz de hacer la desesperacion del más pintado.

— Conozco esa leyenda.

— ¡Mire usted que el episodio del cerdo, tiene tres pares de bemoles!

—¡Oh!

—Aquel *tête-à-tête*, con Dios nada ménos, y aquellas palabras que le dirige, ¿á qué poeta español le hubieran ocurrido?

—A ninguno, y á ocurrírsele, le hubieran apedreado los chicos de la calle ó las críticas de los periódicos.

—¡Como que aquí nadie posee ese envidiable *savoir-faire* (habilidad para componer) de nuestros vecinos!

—Que son,—observa don Lúcas, reprimiéndose,—los mejores sastres y zurcidores literarios que se conocen. Voy á contaros en resúmen,—prosigue, dirigiéndose á su hermana y á su sobrina,—el célebre episodio del cerdo, para que podais apreciarlo en todo su valor.

Érase, pues, el sultan Murad, el hombre de más malas pulgas que de madre ha nacido, tanto que Neron y Atilá, comparados con él, parecian unos angelitos. Su vida fué una série interminable é inaudita de asesinatos, robos, saqueos, incendios, profanaciones, sacrilegios, livianas torpezas y otras barbaridades que los tigres mismos no serian capaces de soñar siquiera. Con decir que mandó ahorcar á sus ocho hermanos, y que para entretenerse mató, disparándole una flecha, á su propio hijo, á quien habia elegido por blanco, está dicho todo. Víctor Hugo lo pinta, con una frase feliz:

Murad era el ségador, y la tierra el prado.

Ya veis que la alhaja no tenia precio. Ahora bien: pasando á pié cierto dia por una calle, vió en el suelo un cerdo, recien degollado, sobre cuya herida caian los rayos del sol, chupando sus bordes una infinidad de moscas. El cerdo no podia moverse, ni por consiguiente, librarse de la molestia que unos y otras le causaban, y los transeuntes huian de tan asqueroso espectáculo, hasta que, por último, quedaron solos el sultan y él. Entónces, el primero empuja con el pié al segundo, logrando así colocarlo en la sombra, y con su gesto, naturalmente feroz, espanta á las moscas. El animal dirige una mirada de gratitud al hombre, y espira. ¿No fué así, Adolfo?

— Sí, señor.

— Apúnteme usted, si me equivo. En el mismo dia se oyó desde el cielo el clamor de todas las víctimas de Murad, pidiendo justicia á Dios; pero de repente sale de la sombra un cerdo, demandando perdon para el sultan por haberse compadecido de él. No parece que las víctimas debian mostrarse tan sañudas, y ménos gozando ya de la gloria, y mucho ménos enseñándoles el cerdo, por si lo tenian olvidado, el camino de la compasion; pero, en fin, estas son menudencias. Las pretensiones del cerdo eran un poco fuertes, en verdad; sin embargo, héte aquí que aparece una enorme balanza, con el mundo en uno de sus platillos y en otro el susodicho animal, y que, contra lo que era de esperar, se inclinó la balanza del

lado del último, cosa extraordinaria aun cuando éste hubiese tenido el volúmen de los que se rifan en la Puerta del Sol y en la Plazuela de la Cebada. En la noche de aquel dia murió el sultan: ¿creeis, por ventura, que cayó en las garras del famoso Pedro Botero?... Todo lo contrario: se fué derechito al cielo (que bien ganado se lo tenia), oyendo allí, entre otras muchas cosas, que para salvarse un hombre, aunque sea el más atroz, basta el beneficio más leve hecho al sér más ínfimo; que un solo instante de amor abre nuevamente el Eden, y que un cerdo amparado pesa tanto como un mundo oprimido.

Al terminar su relato, pregunta el extremeño á las señoras:

— ¿Qué tal? ¿Qué os parece el episodio?

La madre y la hija, ántes de responderle, consultan con una mirada la opinion de Adolfo; la cual, siendo favorable, les obliga á decir sucesivamente, primero á doña Teresa y despues á Lucía:

— ¡Admirable!

— ¡Soberbio!

— ¡Altamente cristiano! — concluye Adolfo.

— Pues yo opino, — prorumpe don Lúcas, formalizándose otra vez, — que no hay poesía, que no hay génio capaz de embellecer á un cerdo, y no por lo humilde, no por lo abyecto, sino por lo repugnante. Las palabras que dirige á Dios en *La Leyenda de los siglos* recuerdan involuntaria-

mente los berridos, que son los gorjeos del *ruiseñor de las pocilgas:* y en cuanto á la consecuencia que del episodio resulta, no es otra, mírese por arriba ó por abajo, que la impunidad del crímen, sancionada por la misericordia del Criador; consecuencia que, con pretensiones de cristiana, es, salva la noble intencion del poeta, sacrílega é impía hasta no más. ¿Qué justicia es la de ese Dios, que premia con igual recompensa el crímen del malvado, que la virtud del justo? ¿Con qué derecho se quejaria usted, amigo don Adolfo, si mañana viniese un ratero y le despojase del frac, ó un asesino le degollara á su madre?... Lo que es ellos, los malhechores, no se quejarian, á buen seguro, sino que dirian: «Aquí nos las den todas; robemos y matemos sin piedad; malo ha de ser que no haya por ahí un cerdo, á quien espantar las moscas que le incomoden, en cambio del perdon de nuestras culpas». Grande, inmensa es en efecto, la bondad del Criador; grande, inmenso el mérito de un acto caritativo, ejercido aun con la criatura más despreciable; pero de esto á lo que de la leyenda se deduce, hay abismos de distancia. Por Dios, Adolfo, no tanto, ni tan calvo que se le vean los sesos; no llevemos nuestro entusiasmo por los extranjeros hasta el absurdo de divinizar monstruosidades.

— ¡Vaya, don Lúcas se chancea! — prorumpe Adolfo, el cual no se atreve á creer en la formalidad de su interlocutor. — ¿Qué reserva usted con

semejantes ideas de la poesía, para la admirable palabra puesta por Víctor Hugo tambien, en boca de Cambronne, al concluir de narrar la batalla de Waterloo?

—¿Qué palabra es esa?—pregunta la viuda. —¡A ver, Adolfo, á ver, ya que Lúcas no ha querido ántes decírnosla!

El buen Adolfo, cuyo olfato estético no es tan fino, por lo visto, como el de don Lúcas, ó, mejor dicho, cuyo olfato estético cree percibir un agradable perfume exhalado de la palabra que origina la controversia, exclama:

—Señora, cuando la guardia de Napoleon se vió en la batalla de Waterloo reducida á un puñado de hombres, un general inglés gritó: «Rendíos, valientes franceses!» A lo cual contestó Cambronne: «*¡Merde!*»

—Palabra, por cierto,—añade don Lúcas, sacando un pañuelo y aplicándoselo á la nariz,—que luégo se complace Víctor Hugo en desleir, con la pluma, para que huela más, pues el capítulo que á ella sigue no es otra cosa que un ditirambo, una oda inspirada por el mismo asunto que inspiró los famosos *Perfumes de Barcelona*. Demostracion al canto: dicho capítulo principia observando que el respeto que exige el lector no debiera llegar hasta el punto de que no pueda la historia repetir la palabra quizá más sublime que ha pronunciado un francés, lo cual equivaldria á prohibir á la historia consignar los rasgos subli-

mes. Y aun más adelante añade, que el hombre que ganó la batalla de Waterloo no fué Napoleon derrotado, ni Wellington replegándose á las cuatro, desesperado á las cinco, ni Blucher, que no combatió, sino Cambronne con su aromática palabra!... Francamente, yo creo que con pocas victorias de este género (la de Bailen y la de los Arapiles, por ejemplo), ¡adios Francia para siempre! ¡Pues flojo fué, en gracia de Dios, el vapuleo que se mamó!

— ¡Si fuéramos á examinar con tanto rigor las cosas!... La palabra *merde*... — principia á responder Adolfo.

— En fin, querido, — interrumpe don Lúcas, — de gustos no hay nada escrito: ¿á usted le gusta el *merde?*... Pues hijo, con su pan se lo coma; no será usted el primero, que lo haya aplaudido y saboreado.

— Veo que Víctor Hugo no es santo de la devocion de usted, — replica Adolfo, herido por los acerados epígramas de su contrincante.

— Se halla usted en un error, Adolfo. Respeto y admiro sinceramente á Víctor Hugo, uno de los poetas más simpáticos para mí, tanto por su génio, cuanto por las sanas y generosas tendencias de todas sus obras, aun de las mismas que acabo de citar; si lo censuro en esta ocasion, es á sabiendas; es precisamente porque si en él, cuya gloria es grande y legítima, se hallan tan desatinadas aberraciones, ¿qué no ha de encontrarse en

la turba multa de escribidores franceses, fabricantes de frases de piston y de raquíticos engendros, con singular complacencia imitados, traducidos y enaltecidos por los papanatas de acá?... Con razon dice Michiels que es absurdo creer que un pueblo haya recibido en don todo el talento y todo el génio; y que si sus compatriotas, los franceses se distinguen por ciertas cualidades, el resto del globo no es maldito, ni salvaje; añadiendo, que en la literatura, como en el universo físico, pueden los franceses cambiar útilmente sus productos por los de los demás países del mundo.

— Señor don Lúcas, — se atreve á observar Adolfo, — respetando la opinion de usted, lo que á mí me parece es que cuando las obras de un país ó de sus escritores se traducen á todos los idiomas, condiciones de superioridad habrá en ellas sobre las de otros países.

A doña Teresa y á Lucía se les figura contundente y magullante la observacion del diplomático.

— ¿Sí?... — contesta con sonrisa de piedad don Lúcas; — ¿conoce usted á Juan Pablo?

— No tengo el honor de conocer á ese caballero, — responde inocentemente el diplomático.

— Juan Pablo es un escritor aleman, con cuyo apellido quizá se halle usted un poco más familiarizado que con su nombre; su apellido es Richter.

— ¡ Ah, sí! — exclama Adolfo, recordando; in-

dicio sospechoso de que no ha tenido trato, ni roce con el autor aleman.

—Pues Richter, á quien profeso alta estima, como á otros muchos escritores de su nacion, por su buen criterio y su juicio imparcial, pregunta en una de sus obras, de fama europea, á propósito de traducciones de obras alemanas á otros idiomas, en qué consiste que solamente los escritos de autores pulidos, hasta la insipidez, por ejemplo los de Adelung, Gessner y ciertos novelistas, hayan sido fiel y repetidas veces traducidos, al paso que las mejores obras alemanas, ó no lo son ó lo son abominablemente. «Mala señal es,—dice, si bien recuerdo,—que un autor pueda ser enteramente traducido; lo cual podria ser explicado así por un francés:—Una obra de arte susceptible de ser traducida, no es digna de serlo... Los autores nacionales producen frescos que es imposible trasladar á otros países, si no es con la pared misma[1].» Podrá haber alguna exageracion en esto; pero ¿quién negaria la verdad del fondo de las palabras que he citado? ¿Quién traducirá, conservando el donaire, la frescura, el relieve, la bella realidad original, que tiene el *Rinconete y Cortadillo* de Cervántes? ¿Quién las buenas obras satíricas, en prosa y verso, de Que-

[1] En la traduccion francesa de Richter que tengo á la vista, faltan en este pasaje algunas letras; despues de las palabras *si no es con*, dice: *le m*, que supongo debe decir *mur* (muro, pared).—(*N. del A.*)

vedo, cada una de las cuales es una *borrachera* de gracia? ¿Quién los sainetes escogidos de don Ramon de la Cruz, que tenia quizá más génio, sinó la correccion, que Moliere? Ya que en tantas cosas malas imitamos á los franceses, imitémoslos, por ejemplo, en patriotismo, pero sin caer en sus exageraciones, que á veces lo convierten en fanfarrona y petulante patriotería; así como ellos aman su idioma, su literatura, sus artes, todo aquello, en fin, que constituye su patria (porque la patria no es únicamente el suelo en que uno ha nacido), amemos los españoles la nuestra. Hubo un tiempo en que saber francés era cosa del otro juéves, como el tocar por música la guitarra y cantar aquello de

Bartolillo me escribe una carta
desde el valle de la Madroñera,

ó bien *La Atala* y *La triste Corina.* Vulgarizóse la música de la guitarra, y vino en seguida el piano, y fué subiendo, subiendo, subiendo, desde el cuarto principal á las buhardillas: lo mismo ha sucedido con el francés; hoy lo hablan desde el amo que manda, al lacayo que sirve, en términos de ser ya un adorno, una habilidad *cursi*, una cosa que (y al tiempo doy por testigo) llegará á hacerse de mal tono. Existe, ha existido y existirá siempre en ciertas clases una tendencia á singularizarse, y esas clases, que nos lo trajeron, serán las primeras que sacudan el yugo. Hoy principian

á cultivarse el aleman y el inglés. El diamante se estima por su escasez; si las arenas del mar se convirtiesen en diamantes, facilitando á todo el mundo su adquisicion, no buscarian esa piedra preciosa las damas elegantes, para sus aderezos. Mil veces lo he dicho, y ahora lo repito: si nuestros vecinos dieran en ponerse albarda, hay españoles que se echarian á pacer por esos prados de Dios.

A manera que don Lúcas aprieta en su filípica, va creciendo el color de las orejas de Adolfo, una de ellas adornada con un arete; diríase que le han dado furiosos tirones: creyó, al principio, habérselas con un Juan Lanas, y se encuentra con un enemigo temible. Conoce que no le conviene acobardarse, y rebuscando en su memoria beneficios debidos á los franceses y trasconejados en ella, da con uno que se le figura propio para anonadar á su adversario.

—No veo yo,—exclama,—que se nos desdeñe en nada de aquello que merezca llamar la atencion. ¿No se ha traducido al francés alguna cosilla de autores nuestros?

—¿De quiénes?... ¿de cuántos?...

—Lo ménos de tres ó cuatro. ¿Qué más se puede pedir?

—En efecto, Júpiter ha descendido del Olimpo, donde majestuosamente se pavonea, para hacer de mala gana á tres ó cuatro autores la limosna de tal cual elogio mezquino. ¡Qué magna-

nimidad! Cuando Zorrilla estuvo en París, algunos periódicos, y eso por excepcion, le dieron casi ménos importancia que á cualquier pelele literario de los que por allá y por acá abundan. ¡A Zorrilla! ¡Al primer lírico legendario del siglo! ¡A nuestro gran Zorrilla, que en cada una de sus leyendas ha dejado (con sus defectos y todo) una creacion inmortal, que no cede en belleza á las obras más celebradas de la antigüedad! Pero ¿saben nuestros vecinos quién es Zorrilla? Será cariño exagerado que yo le profese; pero juro á usted que no conozco poeta francés, antiguo ni moderno, que, con sus pretensiones descomunales, llegue en el género que he indicado á los zancajos del vate de Castilla. ¿Conocen bien á Villergas, poeta epigramático de primera fuerza, hijo tambien de Castilla? A muchos de nuestros escritores, lo único que les perjudica para el caso, es el ser españoles. Bien sé que es muy general aun la preocupacion de que ninguno de nuestros ingenios puede pertenecer á la comunion (digámoslo así) de los inmortales, si ántes no es bautizado con agua del Sena; y que cuando lo es, hay aquí repique de campanas, cohetes, colgaduras é iluminacion; esto es, alegría, asombro y casi baile de San Vito generales; como si el Manzanares, aunque pobre, no tuviese un sorbo de agua para administrar este primer sacramento, ó como si el Lozoya no surtiese ya con su caudal copioso, y aun sobrado, á la córte de España.

Pero yo me rio de quien tal piensa, aunque me rio por lo bajo, pues me avergüenza, y me indigna, y me revuelve lo que aquí está pasando. En España quisiera yo ver al más guapo de todos los de allá, para saber los prodigios que hacia con su pluma; verle quisiera yo aquí, á no ser inclusero del Estado, sin medios de subsistencia, sin pan, sin camisa, sin estímulo, sin editores, sin empresas, sin público, hilvanándose los sesos, derrochando la vida estérilmente, mendigando quizá una gacetilla por una sola vez; miéntras cada bostezo literario de cualquier extranjero, cada voltereta de un saltimbanqui de fuera, cada bestial acometida de un abominable actor de dentro contra el sentido comun, la llegada de un elefante ó la bravura de un toro, son mil y mil veces glosados, cacareados, incensados y divinizados.

Los oyentes de don Lúcas bajan la cabeza, como los árboles inclinan hácia el suelo sus copas cuando el huracan pasa rugiendo sobre ellos. Adolfo consulta mentalmente su interés, y en lugar de responder cara á cara á su enemigo, pues como tal lo mira ya, determina decir por detrás de él todo aquello que contribuya á pintarlo como un hombre falto de criterio y lleno de ideas apolilladas respecto de costumbres, literatura y otra porcion de cosas.

Pensando en estos diplomáticos ardides, levántase y alarga un poco los labios, otro diria *el hocico*, para dar á doña Teresa el beso de despedi-

da; pero don Lúcas se coloca entre los dos con no vista rapidez, y exclama:

—¿Qué hace usted, criatura?

—¿Qué he de hacer, señor don Lúcas?... Lo que siempre: voy á despedirme de doña Teresa y de Lucía.

—Pero ¿qué tiene que ver la despedida con eso de besuquearlas?

—¡Ah, si usted cree que traspaso los límites del...

—¡Vaya si lo creo! ¿No he de creerlo?

—Francia es un país civilizado, y léjos de ofenderse allí nadie de estas y otras expansiones aun más expresivas de afecto, son tan de ene que...

—¡Ya! ¡Pero como esto no es Francia! Y sino, pruebe usted á hacer en España semejantes demostraciones, no digo yo con señoras, sino con mujeres vulgares, y milagro será que le dejen muela en su sitio; porque aquí la gente es muy salvaje. ¡Como que el África empieza en los Pirineos!

Adolfo balbucea mil excusas, partiendo mohino y rojo de cólera y de vergüenza.

VII.

Desde este dia, no vió el pobre don Lúcas mas que gestos desabridos.

Estaba toda la familia de doña Teresa tan *adolfada*, habia echado el incipiente diplomático tantas y tan profundas raices en el corazon de

los hijos y de la madre, que ni los vínculos de la sangre, ni los del agradecimiento y el interés que al anciano los ligaban, fueron parte á debilitar el cariño que Adolfo siguió mereciéndoles, y principalmente desde que les demostró con suavidad y maña que don Lúcas era un ignoranton, un zamarro, incapaz de comprender lo que formaba las delicias de todos ellos.

Doña Teresa tuvo frecuentes dimes y diretes con su hermano por defender el ídolo, á quien sin piedad calificó varias veces don Lúcas de títere y de cernícalo. Estas calificaciones pusieron en cierta ocasion á la fanática señora casi epiléptica. Pero el disgusto de los dos hermanos llegó á su colmo, cuando una mañana, ponderando la viuda las prendas morales de Adolfo, modelo, segun ella, de vida arreglada, le contestó don Lúcas:

— ¡Muy arreglada, Teresa, muy arreglada! La prueba es, que hace tiempo ha puesto cuarto y vive con cierta individua que no creo sea esposa ni hermana suya.

Don Lúcas habia dicho para sí, ántes de revelar este descubrimiento:

— ¡Cuéntate con los difuntos, Adolfo!

Con todo, oyólo doña Teresa sin muestras de desagrado, ni extrañeza, como quien oye una cosa ya sabida; principiando luégo una respuesta, que el anciano interrumpió desde las primeras palabras.

—En Francia,—murmuró aquélla,—es ya tan corriente lo de...

—¡Mira, mira, Teresa, hazme el favor de no venirme con simplezas! Si en Francia son corrientes y hasta galopantes costumbres de ese género, lo que es por acá nos falta mucho aun para admitirlas.

—¡Pero hombre, una amistad así de un jóven con...

—No pretendas justificar el hecho: la madre que consiente que su hija tenga relaciones con un hombre como Adolfo, es una loca de atar.

—¡Lúcas!

—¡Teresa!

—¡Pues mi Lucía se casará con Adolfo, pese á quien pese!

—Enhorabuena; que se tire del balcon á la calle; por mi parte, he cumplido con un deber de conciencia, aconsejándote lo más conveniente y lo más decoroso: mañana mismo emprendo el camino de Extremadura, para no apadrinar disparates.

—Puedes hacer lo que gustes. Si porque nos socorres generosamente (pues yo no lo niego) te has propuesto esclavizar nuestro albedrío y sofocar los impulsos de nuestro corazon...

—Mi caridad, Teresa, no cobra réditos, ni el cielo permita que la que los cobra se establezca en España. En España,—añadió con ironía don Lúcas,—la peseta (que equivale al *franco* de

nuestros vecinos) todavía no ocupa el puesto de un Dios: en otros países, el apego al vil interés, es tal, que á creer lo que se cuenta, hasta los niños de teta especulan ya con su amor, vendiendo á *franco*, ó por céntimos, segun las fortunas, cada beso que dan á sus madres. Casa, pues, á tu Lucía con Adolfo, y Dios los haga unos benditos.

—¡Sí señor, los casaré, los casaré! La pobre chica se moriria de pena, si la obligáramos á romper con Adolfo, ó á la desesperada, seria capaz de huir con él, ó de envenenarse con fósforos.

—¡Vaya un amor fulminante!

VIII.

Ocho dias continuó luchando don Lúcas para disuadir á su hermana y á su sobrina del proyectado enlace; pero convencido hasta la evidencia de que machacaba en hierro frio, abandonó la córte, advirtiendo que en la vida volvieran á contar con él para nada.

Comparaba el generoso extremeño la alegría, el cariño y el respeto que en otras ocasiones le habian demostrado su hermana y sus sobrinos, con la actitud séria, indiferente, casi hostil de toda la familia, desde que les dijo algunas verdades, y entre ellas la de que el ídolo que adoraban era un solemne mostrenco. Este recuerdo llenóle de tristeza, y la tristeza fué su compañera

de viaje, pues tomó toda la berlina de la diligencia para ir solo, y apénas cambió de Madrid á Badajoz cuatro palabras con las demás personas que ocuparon los asientos restantes.

Su aversion á los franceses, desde que le mataron á su padre, aumentó de tal manera con lo que sucedido le habia en Madrid, que tuvo momentos durante los primeros dias de su llegada á Extremadura, en que los que le rodeaban temieron por su razon. Hízose luégo más público y más general el temor este. En la aldea, principiaron á circular rumores de que don Lúcas estaba loco. Sin embargo, ántes de aventurar opiniones en tan delicado asunto, hubieran debido andarse con pulso; pues muchas veces no es tan fácil como se cree, demostrar quién está más loco, si el que lo dice ó el que lo parece. Yo he formulado la mia sobre el particular en los siguientes versos:

A la casa de locos
fuí á comprar juicio,
porque en la de los cuerdos
se ha concluido.

Lo cierto es, que en sus ratos de mal humor, figurábase don Lúcas ver simbolizados el suelo patrio y la familia española en el domicilio y en la familia de doña Teresa: el primero, invadido por extraños usos y costumbres; la segunda, sin ninguno de los caractéres de nuestra raza; murmurando frecuentemente á todo esto sus labios

trémulos: *De fuera vendrá quien de casa nos echará.*

En sueños, su cerebro fué teatro de espectáculos horriblemente grotescos, en los que figuraban monstruos que sólo pueden ser abortados por imaginaciones calenturientas: cerdos rascando liras y gruñendo himnos; mujeres en paños menores, preguntando por Paul de Kock, con el objeto de servirle, mediante unos francos, para modelos de sus cuadros *morales;* rollos vivientes de manteca de vacas bailando la polka con Celina, con el bolero y con el *garçon;* aquí, un niño comiendo garbanzos con el rabo de la cuchara; allá, otro tomando caldo con tenedor; á la derecha, un perro hablando francés, como si ya hablasen aquí francés hasta los perros; y á la izquierda, un español hablando en perro, es decir, en francés, como aquí suele hablarse esta lengua. Pero lo que más le mortificaba, era la aparicion fantástica de un orangutan, de frente obtusa *tamquam tabula rasa,* parecido al novio de Lucía como un huevo á otro; cuyo orangutan, ocupando en casa de doña Teresa el sitio de preferencia, el sitio reservado en otros tiempos á don Lúcas Rancio, hacíale ahora mil visajes burlones, y aun chapurraba sin cesar el refran arriba citado: *De fuera vendrá quien de casa nos echará.*

El cielo no quiso, empero, que español tan hidalgo fuese á vivir á la casa de locos de Lega-

nés, ni otro establecimiento de su clase; una carta habia sido el orígen de la exaltacion morbosa de su cerebro; otra le restituyó la antigua calma.

A los tres meses de casada Lucía, escribióle su hermana lo que á continuacion verán mis lectores:

«Madrid, Noviembre 24.

»Hermano mio: Ahora conozco yo y conoce tu infeliz sobrina la prudencia de tus consejos, que por desgracia desatendimos una y otra. Adolfo es hombre inútil para todo, ménos para lo malo: aquella bribona, aquella *individua*, como tú la llamabas, con quien mi yerno vivia ántes de casarse, continúa en relaciones con él. Harta ya de callar, ayer se lo reprendió ágriamente mi Lucía, que le ama de véras, y tiene el trabajo de ser celosa; pero como él la contestase que haria de su capa un sayo, y que en Francia nadie se fija en semejantes pequeñeces, mi niña le arrojó una silla á la cabeza, que por poco lo deja en el sitio. Agrega á esto la falta de recursos para vivir, porque, además de haber suprimido tú la pension que nos mandabas, ni á él lo emplean en el cuerpo diplomático, ni sus traducciones y escritos valen cosa, á lo que aseguran, á pesar de empeñarse él en que son lo que hay que ver; ¡calcula por lo que llevo dicho, si estaré disgustada!

»Mucho debe haberte incomodado nuestro mal comportamiento contigo: confieso que hemos sido

unos ingratos, indignos de tus bondades; pero como tu generosidad es superior á nuestra culpa, segura estoy de que no nos privarás por más tiempo de tu cariño, que, con el perdon, esperamos todos, y la primera tu hermana que entrañablemente te quiere, — TERESA.

»Noviembre 25.

»P. D. Ayer se me olvidó decirte que sólo ondea ya en esta casa el pabellon nacional; hoy añado al cerrar la carta, que Adolfo, á consecuencia de la *insinuacion* de Lucía, promete ser otro en lo sucesivo, y que el dia en que nos acompañes á comer unas sopas de ajo, *hechas á lo tio Diego*, será uno de los más felices de mi vida.»

El extremeño contestó á la viuda, incluyendo en su carta una letra de 15,000 reales, importe del trimestre de la suprimida pension, acompañada de estas palabras:

«Mi querida Teresa: Perdonados... sin ejemplar.

»Repito á tu yerno, que si alguna vez imita y elogia á nuestros vecinos, los imite y elogie únicamente en lo bueno; lo cual no es patrimonio exclusivo de ellos, de nosotros, ni de nadie, y crea que no hay nada más hermoso, ni más digno de ser amado, que la patria. — Tuyo siempre, — LÚCAS.»

FIN.

NO ENTRA Á MISA LA CAMPANA,

Y Á TODOS LLAMA.

NO ENTRA Á MISA LA CAMPANA,

Y Á TODOS LLAMA.

I.

El padre Severo, cura párroco de N***, pintoresca aldea de una de las provincias andaluzas, habia predicado en las últimas cuatro festividades otros tantos sermones, que los sencillos feligreses oyeron con gran recogimiento, quedando íntimamente persuadidos de que la observancia de la doctrina explicada en ellos, les abriria de par en par las puertas del cielo. No era hombre de alcances el orador, pero tenia estatura gigantesca (habia sido coracero), puños de atleta, pulmones á prueba de gritos, ojos negros que se inflamaban como brasas en el calor del discurso, y gestos y actitudes expresivas, hasta el punto de convertirlo en energúmeno; cualidades que si en realidad no suplian en él la falta de entendimiento, suplíanlo á los ojos de los fieles. Todo lo sacrificaba el cura al efecto; producir efecto en el auditorio constituia sus aspiraciones supremas: en cuanto á los medios de conseguirlo, aunque le eran indiferentes, como no sabia más que uno, á

él apelaba. Consistia dicho medio en pintar, con subidos colores, cuadros de esta y de la otra vida, que hacian ponerse de punta los cabellos de los oyentes.

Para reforzar sus argumentos, solia, á veces, apoyarse en ejemplos vivos, dando así márgen á escenas poco divertidas, pero de *interés bestial*, como ahora se dice, para encarecer una cosa ó un hecho.

Cierto dia, que predicaba contra la murmuracion, exclamó en un arranque de tempestuosa íra, apuntando con el dedo á una de las molineras del lugar:

—¡Sí, hermanos mios! La murmuracion es vicio esencialmente mujeril, y sino á Sinforosa la molinera me agarro, que siempre está sacando á la colada los trapos del prógimo, sin considerar que la espía el enemigo malo para cargar con ella cuando le llegue la hora, y echarla en las calderas del inexorable Pedro Botero. ¡Sí, cristianos! Anoche, sin ir más léjos, me consta que vomitó sapos y culebras contra la viuda del tio Perniles, á quien aborrece desde que se ha metido tambien á molinera. ¿Quién es tu enemigo? *¿Quis inimicus tuus?* ¿Quién ha de ser? El de tu oficio, que diria el profano.

¡Aquí de Sinforosa y de la viuda del tio Perniles! ¡Aquí del auditorio! A Sinforosa le dió un soponcio, que por un tris no acaba con ella de escopetazo; á la viuda del tio Perniles le cogió una

de llorar, que nunca se vió en otra semejante; de sus ojos caia un chaparron de lágrimas; por último, los fieles, hondamente conmovidos con la pintura de los tormentos que esperan á los murmuradores, y con el espectáculo que tenian á la vista, acabaron de convencerse, si ya no lo estaban, de que su cura era la flor y la nata de los predicadores. Lo que es Fray Gerundio de Campazas, se hubiera quedado bizco de admiracion, oyéndole.

Debo repetir, sin embargo, que sólo en ocasiones reforzaba sus argumentos apoyándose en ejemplos vivos, y que sus discursos iban encaminados á inculcar en el espíritu de sus feligreses la necesidad de la observancia de los preceptos religiosos, para conseguir la eterna bienaventuranza.

No ménos fervor teórico, digámoslo así, que en la predicacion, mostraba en los demás deberes comprendidos en la esfera de su ministerio sagrado.

En años de miseria, nunca vaciló en prestar á los labriegos necesitados trigo para la sementera y para comer (pues comerciaba en granos): si les reclamaba una porcion de garantías, acaso fuese por aquello de que en tales negocios lo que sobra no daña; figurándosele una friolera el cuarenta por ciento de ganancia que el préstamo le producia, comparado con el sesenta que llevaba de rédito un bribon de usurero avecindado en el

mismo pueblo, y á quien él calificaba de pecador incorregible.

No me atreveré yo á afirmar que fuese el Padre Severo causa de disensiones en algun matrimonio, segun rumores de malas lenguas; cabalmente, una de las cosas en cuya pintura se deleitaba él con preferencia, desde la cátedra del Espíritu Santo, era la paz doméstica, la dicha que á una familia resulta de la concordia de los esposos.

II.

En los cuatro sermones á que aludí al comenzar la presente historia, habia combatido el Padre Severo la gula y el juego, y recomendado la pureza de costumbres y la caridad.

Poco despues del último, hubo una romería á la aldea más próxima á la suya, con motivo de la fiesta que todos los años en igual dia dedicaba el pueblecito aquel á su patrona, y nuestro cura quiso concurrir á ella, como de costumbre. Sigámosle, y veremos su manera de practicar la doctrina, cuyo apostolado á tanta altura llegó á elevar su fama entre los campesinos.

III.

Montado en un soberbio macho de grande alzáda, ojo vivo y claro, firme de remos y ancho de lomo, que más que cabalgadura de clérigo, parece, por sus vistosos arreos y caireles, cabalgadura de contrabandista, camina el Padre Severo, llevando á la grupa á su ama, fresca muchacha, tentacion en forma humana, como de veinticinco años, cuya belleza á la del mismo sol eclipsa y afrenta.

Suprimo, en gracia de la brevedad, y porque á mi objeto no conduce, la descripcion del traje del ama, y paso á dar una sucinta idea del que luce el cura. Consiste en sombrero calañés, de ala recogida, derribado sobre la ceja izquierda, chaquetilla corta, llena de alamares, pañuelo al cuello con sortija, chaleco y faja de seda, calzon de terciopelo azul con botonadura de plata, y botas de color de ante que á la pierna se le ajustan, marcando sus formas varoniles; todo lo cual le da el aspecto de uno de esos majos que en la feria de Sevilla se llevan tras de sí las miradas de los curiosos.

Es una deliciosa mañana de Julio; la hora, las cinco: el Padre Severo ha dicho misa á las cuatro; es jóven, y como de su aldea al término de la jornada hay tres leguas cumplidas y no haya tomado más que una jícara de chocolate con un

plato de brevas, juzga muy puesto en razon pegar de vez en cuando un afectuoso tiento á la bota de vino henchida, que en sus excursiones siempre le acompaña, ya para animarle si sus fuerzas decaen, ya para ahuyentar las penas que acometerle pudieran. Ni una cosa ni otra le sucede hoy, por fortuna; pero cuando se va de viaje, ya se sabe que el hambre se aguza y la sed se enciende, y no es el cura persona que deje de satisfacer apetitos que absolutamente á nadie perjudican. Por otra parte, el fresco vientecillo de la mañana, el arrullo de las tórtolas y de las palomas torcaces que en el monte resuena, el olor de las plantas y flores silvestres, y hasta el ejemplo de los vecinos de N*** que con él van de romería, son otros tantos incentivos de aquellos inocentes apetitos. La bota sufre, en consecuencia, entusiastas arremetidas, así del cura como del ama, cuyas respectivas mejillas al punto se esmaltan de rosas.

Llegada al término del viaje, apéase la jóven pareja debajo de un frondoso emparrado que, entretejido de enredaderas, sirve como de vestíbulo á la casa de un rico labrador, en donde reciben tierna y generosa acogida.

Despues de los saludos consiguientes, ó quizás ántes (que de ello nada refiere la crónica), observa con gusto el padre Severo una gran mesa, cubierta de manteles y vajilla, en medio del zaguan, punto el más fresco de la casa; y del júbi-

lo retratado en sus ojos, efecto de tan sabrosa observacion, deduce el labrador que ha procedido cuerdamente presentando en primer término la perspectiva y aparato de un próximo almuerzo.

Cualquiera calificaria de gloton al Padre Severo, viéndole engullir, al cabo de media hora, los suculentos manjares que le sirven, de los que no le parece bien desairar ninguno: sin embargo, ofenderíale quien tal hiciera, pues él, lo mismo cuando recibe que cuando ofrece hospitalidad, lleva siempre por norma el principio de no mostrar tibieza en la expresion de los dulces afectos que tan simpática virtud engendra. Efectivamente, si hoy se recrea sometiendo á su aparato masticatorio media docena de rojas magras de jamon con tomate, un pollo con arroz, un plato de pescado frito y media tortilla de escabeche, que copiosamente rocía, y no con agua, en esto no hace más que obedecer á su añeja costumbre. El benéfico rocío, de que, si bien no en cantidad idéntica, participa igualmente su ama, contribuye á que sigan brotando rosas en las fértiles mejillas de entrambos.

La dueña de la casa, en extremo fina y obsequiosa, aunque apénas prueba bocado, está en sus glorias contemplando la actividad con que el Padre Severo desocupa los platos, y que revelaria las más felices disposiciones para inmortalizarlo como un gloton de primer órden, si él aspirara, que no aspira, á semejante gloria. Lo que no

comprende muy bien es, que el cura logre la fortuna de librarse de un cólico y de permanecer en aptitud de honrar la comida de las doce, con puntualísima asistencia y apetito indubitable.

Pese á los temores de la dueña de la casa, el Padre Severo se porta heróicamente al medio dia, demostrando una capacidad de estómago asombrosa, y una competencia superior en materia de vinos, de los que cata diez clases. Llama él, con suma gracia, *catar vinos*, al acto de echarse al coleto un vaso en cada probatura.

Como es tan gracioso, tiene durante la comida ocurrencias sin cuento, que en personas de carácter ménos respetable, parecerian algo libres, y en él pasan por expansiones propias de las circunstancias y aun de su mismo carácter. Cierto es que no todos los convidados son de igual parecer, si bien no lo manifiestan á las claras; pero esto, si algo prueba, es que existen espíritus descontentadizos, y que no hay regla sin excepcion.

Por ejemplo, el Padre Jesús, teniente cura de N***, hombre de edad avanzada, sóbrio, comedido, pobre, frugal, en una palabra, de costumbres evangélicas, cuyo traje (que consiste en levita y pantalon de cúbica raidos) forma extraño contraste con el del Padre Severo, no le quita ojo desde su asiento. Cada mirada suya, bien comprendida, parece decirle:

—Por Dios, hermano, repórtese y dé buen ejemplo; mire lo que habla esa lengua pecadora;

eche noramala á la gula, pasion de irracionales, que tan dominado le tiene; reflexione que el abuso del vino turba el entendimiento más claro y destruye la salud más cabal; considere, por último, que sus voces, sus gestos y sus modales mejor cuadran á gente ignorante y sin freno que á un ministro del altar.

Nuestro alegre párroco no se da por entendido, ó si acaso, atribuye la seriedad y compostura de su compañero, más á los años, que de canas cubren su cabeza, que á otro motivo.

IV.

Armase *timba* por la tarde en una especie de casino situado en un extremo de la aldea. El Padre Severo, poco amigo de siesta, decídese, miéntras la duermen otros, á ir allí con ánimo de jugar el café al *truquiflor;* pero es el caso que no encuentra pié; todos los concurrentes se agrupan en torno de una mesa, *donde se tira de la oreja á Jorge*, y todos los ojos se hallan ocupados *en verlas venir*.

Lo mismo es entrar, hácenle sitio *los puntos;* y para probarles que estima la fineza, se arrellana en una silla, con ánimo, segun dice, de mostrarse espectador y no parte en el juego.

Pero el diablo las carga. El diablo es hoy un hidalguillo, que le dice:

—Padre cura, ¿quiere usted que hagamos una *vaca?* ¡Ea! Anímese usted, siquiera por matar el tiempo.

—¡Hombre, —responde el cura, —la verdad, no venia con intencion de... pero, en fin, si es sólo por matar el tiempo!...

—Se entiende; sólo por eso; nada de vicio.

El hidalgo que así se expresa, es capaz de poner á una sota hasta la madre que lo parió.

—¿De cuánto ha de ser la *vaca?* —pregunta el Padre Severo.

—De ocho reales; usted pone una peseta y yo otra.

—Vaya, pues, la mia, —exclama el cura aprontando sus cuatro reales.

Pierden la primera *vaca*, pierden la segunda, pierden la tercera, pierden hasta la octava, y al mismo paso pierde la paciencia el cura, y á veces descarga sobre la mesa puñetazos que honrarian á un Hércules, con acompañamiento de palabras de contrabando, que no le honran mucho á él.

No hay motivo para tanto, bien mirado, pues, en suma, la cantidad á que ascienden las *vacas* malogradas, redúcese á ocho pesetas por barba; pero el cura no sabe fingir ni reprimirse, y como naturalmente le atraeria peligros el descargar su cólera contra los jugadores afortunados, desahógala contra la mesa, que sufre indecibles quebrantos en su integridad, si no mienten los cru-

jidos de la madera, que á la explosion de sus iras suceden.

El hidalgo, persona de genio apacible, procura aplacar á su compañero, y le pide la última *vaca:* trabajo en balde. El cura prefiere soltar un novillo, esto es, hacer por sí solo una apuesta, para ver si cambia la suerte. Apodérase de él el demonio del desquite, fantástico personaje que se presenta á la imaginacion del jugador en desgracia, provisto de una llave de oro, con la cual abre maravillosos palacios llenos de riquezas.

Hay en la banca, á la sazon, doscientos reales: baraja el que la lleva, echa el *albur*, compuesto de una sota y un as, y el cura exclama:

— ¡*Copo!*

— ¿A cuál? — pregunta el banquero.

— A la sota, — responde el *punto.*

Hace su apuesta, y el banquero dice:

— ¡Juego!

Vuelve la baraja, y á las tres cartas sale el as de copas.

Una copa de arsénico no causaria más estragos en el Padre Severo.

Las rosas de sus mejillas se tornan casi verdes en un instante, fenómeno que hasta ahora no ha observado, que yo sepa, ningun botánico, ni es probable que se observe jamás, porque la naturaleza sigue siempre un movimiento progresivo y no retrospectivo, tiene leyes invariables, y cada una de las diversas fases de la vida en los séres

vegetales, se distingue por caractéres propios y diferentes de las otras. Sin embargo, en la criatura humana las pasiones suelen obrar milagros, y la que avasalla á nuestro héroe ha mojado en la vejiga de la bílis su pincel y le tiñe con su color el rostro.

Mucho le quema la sangre la tenacidad con que la suerte le persigue; pero lo que sobre todo le exaspera, son las palabras que el hidalgo-mosca le zumba al oido, repitiendo sin cesar que se calme, que se retire, que perderá hasta la camisa.

—Hombre, ¿quiere usted dejarme en paz? ¡Qué cataplasma! —prorumpe al fin el Padre Severo, para quitárselo de encima. —¿A usted qué le importa que pierda yo ó que gane?

—Perdone usted, señor cura, —observa el hidalgo, cuya cara de liebre asustada hace una mueca de temor servil; —perdone usted, no creia ofenderle... todo lo contrario, mi deseo de que usted no se altere...

Durante las palabras que anteceden, echa el banquero un *elijan* á la sota. El Padre Severo repite el *copo*, eligiendo la de oros. El as que falta es el de espadas. El banquero aprieta con la mano izquierda la baraja por sus bordes, y con la derecha va mostrando con la lentitud y la solemnidad que el caso requiere, la *pinta* de los naipes que sucesivamente se presentan. Cada vez que aparece la que indica espadas, el *punto* hace un gesto semejante al que pone el que chupa un

limon ágrio; y al contrario, siempre que la pinta es de oros, la esperanza le hace bailar de gusto los ojos.

Bailándole están, por cierto, cuando asoma la espada funesta, como para asegurar los resultados del envenenamiento producido por la copa; pues, sin hipérbole, su punta le atraviesa de parte á parte el corazon.

La íra, que ya no le cabe en el pecho, estalla de repente, derramándose con ímpetu como la cerveza de una botella en el momento de quitarle el tapon. Sus ojos lanzan chispas, murmuran imprecaciones sus labios, agítase todo su cuerpo, cruje y rechina la mesa al golpe de las puñadas que nuevamente le asienta, y grita, por último, en el colmo del despecho, encarándose con el banquero:

—¡Vaya usted á hacer trampas á un garito, y no entre personas decentes!

—¡Señor cura!

—Lo dicho. ¡Vaya usted á hacer trampas á un garito!

—¡Si no mirara á Dios!... —grita el banquero, en són de amenaza.

Levántanse todos los jugadores, colocándose en medio de los que disputan para apaciguar sus ánimos, porque temen que vengan á las manos.

—Esos naipes están marcados, sí señor, marcados, —repite el Padre Severo, —y á mí nadie me roba impunemente.

— O me da usted en el acto, — repone el banquero, — satisfaccion de las palabras que acaba de pronunciar, ó sin miramiento á su carácter de sacerdote, que usted rebaja, le...

— Vamos, señor cura, — interrumpe el hidalgo, endulzando todo lo posible su voz, naturalmente acaramelada, — no se acalore usted: la fortuna es caprichosa, y si hoy le ha vuelto la espalda, otro dia le será propicia.

Este consejo irrita más al cura, el cual cree que el oficioso hidalgo apoya con él á su enemigo.

— ¿Quién ha dado á usted vela para este entierro? — es la sola respuesta que da á su compañero de *vaca*, que retrocede un paso, observando su actitud belicosa.

El disgusto ocasiona al banquero un ataque nervioso, que viene á cortar la disputa, sin ulteriores resultados desagradables, merced á la intervencion eficaz de personas amigas de los adalides.

V.

¿Quién sospecharia lo ocurrido por la tarde, viendo al Padre Severo más alegre que unas castañuelas, en el baile que por la noche hay en la casa de un ricacho? Él no baila, porque siente cierto mareo que le expondria á dar consigo en tierra; pero toca la guitarra y canta coplas car-

gadas de sal y pimienta, sin cuyo condimento ni él conservaria la fama de gracioso, ni la concurrencia presentaria tal vez la animacion que en ella se advierte. Para todo tiene coplas á mano: ya celebra los ojos de una muchacha; ya si una vuelta levanta algo más de lo regular el guardapiés de otra, pondera la perfeccion de la parte que se descubre, ó bien lanza epígramas contra los danzantes. Su laringe es de hierro; pero ¿hay laringe que resista dos horas seguidas de ejercicio, hecho con la fe y el entusiasmo del Padre Severo, sin resecarse á menudo? Para obviar percances análogos, es para lo que precisamente hay una habitacion próxima, que el cura visita con frecuencia, y en la que humedece la boca, tornando luégo al local del sarao con nuevos y mayores brios.

Despues de una de estas excursiones, advierte, no obstante, la concurrencia, que al músico le acometen grandes bascas, que se le muda el color, que pone los ojos en blanco, que balbucea frases incoherentes, y en fin, que pierde el equilibrio, viniendo á caer sobre el regazo de una labradora obesa y rechoncha, á quien por poco no convierte en tortilla, bajo el peso de su gigantesca mole.

Agólpase la gente hácia el sitio de la catástrofe, gritando en confusion:

—¡Jesús! ¡Jesús!

—¡Pobre señor!

—¡Abanicarlo! ¡Abanicarlo!

—¡Agua y vinagre! ¡Agua y vinagre!

—¡Sacarlo á donde le dé el aire!

Y aun hay criatura aprensiva que, á consecuencia de haberse observado ya cólicos sospechosos en algunos pueblos cercanos, asegura que este es un caso de cólera-morbo fulminante.

El Padre Jesús, que toma el fresco á la puerta de la casa con varios vecinos, entra en la sala corriendo, alarmado por las voces que á sus oidos llegan.

Es imposible describir el dolor que se retrata en sus ojos, no bien se hace cargo de lo que ocurre.

—¡Era de esperar!—murmura para sí.—¡Qué ejemplo, Dios mio! ¿Cómo extrañar que la injusticia y la pasion atribuyan despues á todo el clero vicios que existen sólo en algunos de sus indignos miembros?

El buen señor recurre á una inocente disculpa que deje á salvo la reputacion del Padre Severo: dice, pues, que ántes de salir de N*** ya se sentia indispuesto, y que á oir su consejo, no hubiera venido á la fiesta.

En seguida hace que retiren de la sala al desgraciado, temiendo que lo repugnante de la escena se aumente, y él mismo se constituye en enfermero, pasando á la cabecera de la cama la mayor parte de la noche.

VI.

Por desgracia, el cólera verificó su entrada en el pueblo de N***, pero no triunfalmente y con banderas desplegadas, sino á la chita callando. Que venia con hambre el viajero del Gánges, harto lo demostró en lo sucesivo; pero al principio supo disimularlo con tal perfidia, que todo el mundo convino en que era mucho más sóbrio y tratable que en el año 34. Tres muertos en cuatro dias en una poblacion de dos mil almas, no era cosa para aterrar á nadie. Nuestro cura mostró en las primeras veinticuatro horas prodigiosa actividad y célo sin segundo, ya animando con su valor al vecindario, ya excitando el de los concejales, para que adoptasen las medidas y precauciones oportunas, con el fin de aminorar los estragos de la epidemia, ya con el de proveer á las necesidades que surgieran, principalmente en la clase menesterosa.

— Es preciso, — dijo al alcalde, — no aturdirse ni amilanarse; mucha higiene, mucha vigilancia, escrupulosa inspeccion de los alimentos y de las bebidas, que cada cual permanezca firme en su puesto y cumpla con su deber, y nos habrémos salvado como en una tabla. El cólera sólo es valiente y cruel con los pusilánimes, propiedad de todo cobarde; pero resístasele cara á

cara, y se verá que no es tan fiero el leon como lo pintan.

Al médico le dijo:

—Hé aquí una bonita ocasion para lucirse y conquistar laureles; hé aquí los casos en que resplandece la ciencia y en que se prueban las virtudes que deben adornar al facultativo. ¿Qué satisfaccion hay comparable con la del médico que arranca á la muerte una víctima? ¿Qué título más dulce que el de ángel de salvacion de una familia? ¿Qué recompensa más grande que la gratitud de los enfermos y de los desvalidos?

No paró aquí el Padre Severo; corrió de extremo á extremo la aldea, duplicándose, centuplicándose, dirigiendo á todos palabras consoladoras, y hasta inició una suscricion á beneficio de los pobres, figurando él al frente por la suma de ¡treinta reales, nada ménos!

El primer *caso*, fué un labrador que habia comprado un cortijo, perteneciente á bienes nacionales; y aunque avisaron al párroco para que le administrase el Viático y la Extrema Uncion, como el párroco era hombre de manga estrecha y muy consecuente en su conducta *religiosa*, creyó sin duda que no debia cargar su conciencia con la absolucion (criminal, en su concepto) del infeliz, que en la agonía reclamaba los auxilios espirituales; fundándose en que ya, tiempos atrás, se los habia negado por la misma causa á otro vecino, cuyo cadáver no permitió que se enter-

rase en lugar sagrado. Sustituyóle, pues, el teniente, y él siguió explicando las obras de misericordia.

El segundo dia hubo otro *caso;* el enfermo no era comprador de bienes nacionales; pero habiendo dicho el ama del párroco que el Padre Severo habia salido de N*** á diligencias precisas, tampoco pudo administrar á aquél los últimos Sacramentos. Qué diligencias fuesen éstas, se ignora; pero mucho tiempo debia tardar el párroco en evacuarlas, porque su ama, en compañía de dos niños de tierna edad (sobrinos del Padre Severo, si no me engaño, que bajo el mismo techo que él moraban desde pequeñuelos), ausentóse tàmbien de N***. Lo que resulta claro como la luz del sol, es que la familia del Padre Severo hacia ardientes votos porque la epidemia desapareciese de su aldea, asegurando el párroco, que estaba inquieto por la suerte de las ovejas que á su cuidado tenia, y que sólo motivos poderosísimos retardaban el momento de volar á consolarlas y asistirlas con su proverbial abnegacion. Las rosas de sus mejillas y de las del ama conservaban su envidiable lozanía y frescura; singularidad que apénas se comprende en tan tristes circunstancias, y que debe atribuirse á la privilegiada naturaleza de entrambos.

Pero todo tiene fin en el mundo. Llegó el momento anhelado por el cura para regresar á N***, y sin perder minuto voló en alas del macho que

á la fiesta le habia conducido semanas ántes, logrando el placer de llegar á su feligresía (¡oh feliz coincidencia!) á poco de terminar la epidemia.

¡Con qué gusto cantó el *Te Deum* para celebrar el fausto suceso! ¡Qué escalas, qué primores de vocalizacion no hizo para expresar la gratitud que inundaba su pecho por el beneficio que el Señor dispensaba á su pobre rebaño!

En su primer sermon tuvo un recuerdo y una lágrima para el Padre Jesús, que, mártir de la caridad, como algunos otros sacerdotes dignísimos, habia sucumbido ejecutando al pié de la letra las instrucciones que, segun el predicador, le habia dado él ántes de su forzosa partida, y lamentó los secretos motivos de su ausencia en tan críticos momentos.

—Mas no por lo dicho,—añadió,—os pase por la cabeza, amados oyentes mios, la idea de que haya sido yo insensible á vuestros dolores; al contrario, he suffrido lo mismo, si no más que vosotros; he estado en medio de vosotros, sí, en medio de vosotros... con el pensamiento; y si no fuera pecado, me alegraria de que mañana volviese el cólera, para que se viera quién es vuestro párroco. ¡Que venga!—repitió, levantando la voz.—¡Yo lo desafío, y estoy seguro de que vosotros lo desafiais, ahora que la experiencia y la fe en la misericordia del Altísimo os han enseñado á despreciarlo!

Alguno que otro oyente reveló en su fisonomía poquísimos deseos de recibir de nuevo al terrible huésped, por el solo placer de mostrar heroismo; pero, en general, el sermon gustó mucho.

Al participar el alcalde al gobierno de la provincia los nombres de los vecinos que más servicios habian prestado con motivo del cólera, no hubiera querido incluir el del párroco; pero le debia unos cuartos, necesitaba de su dinero en aquel entónces, y no solamente lo incluyó, sino que lo puso á la cabeza de la lista que al oficio acompañaba.

En suma: dos meses despues, el Padre Severo recibió copia de una real órden, en la que se le anunciaba haber sido agraciado con la cruz de Beneficencia, en recompensa de su admirable comportamiento durante la epidemia, cuando así en ésta como en otras circunstancias no habia hecho más que excitar el celo y la caridad del prógimo, dando él ejemplo de lo contrario en la práctica, ó haciendo lo que indica el refran que dice: *No entra á misa la campana, y á todos llama;* ó en fin, lo que el capitan Araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra.

FIN.

PICÓME UNA ARAÑA,

Y ATÉME UNA SÁBANA.

PICÓME UNA ARAÑA, Y ATÉME UNA SÁBANA.

I.

Es la vida para algunos hombres una balsa de aceite; ejemplo don Nicasio. Desde el dia en que se embarcó don Nicasio, ó hablando sin metáfora, desde el de su nacimiento hasta el de la fecha, la salud, la fortuna y el placer en forma de brisas, han impelido blandamente su ligero esquife, conduciéndolo entre amenísimas riberas y deleitosos paisajes. Para que nada altere su bienaventuranza perpétua, hále dotado, además, el cielo, de una imperturbabilidad tan privilegiada ante el peligro y el dolor, que si el dolor ó el peligro amenazan ó afligen al prógimo, los desafía como un héroe. Hagámosle justicia: resiste la desgracia ajena, con firmeza indomable. La ruina, ¿qué es la ruina? la muerte de un buen amigo no lograria acelerar el ritmo lento, igual y compasado de su pulso, ni la tranquila beatitud de su sueño. Así es que cuando por rara casualidad un motivo cualquiera contraría sus proyectos ó sus ideas, el caballero don Nicasio siente una extrañeza que no es para dicha.

Supongamos que piensa ir de paseo al Prado,

que se viste, que sale á la calle, y que cuando llega á la de Alcalá principia á lloviznar. ¡Qué escándalo de tiempo! ¡Qué atmósfera tan descortés! ¡Qué insubordinacion de naturaleza! «¡Parece, — dice, — que el agua estaba esperando á que saliese yo!» Sin ver, aunque su ojo es de lince, que infinidad de transeuntes se hallan en el mismo caso. Crean ustedes que, á dejarse llevar de su genio, apostrofaria á las nubes, gritando: «¡Eh, señoras nubes, cuidado con llover hasta que á mí se me antoje y me convenga! ¿Quiénes son ustedes para tomarse licencias de tal género, sin pasarme siquiera un recadito de atencion?»

¿Le muerde á un vecino un perro de presa?... Nadie se asuste, puesto que á don Nicasio no le duele la mordedura. ¿Le pica á él un mosquito?... ¡Horror!... ¡Picarle un mosquito!... Sólo á él le suceden tamañas desventuras.

Fuera de estos percances, no muy terribles en verdad, repito que don Nicasio es el hombre de la dicha. Sus mejillas florecen como rosas de Mayo; su abdómen se redondea, se esponja y prospera en todos sentidos, proclamando, ó poco ménos, el progreso indefinido: en una palabra, ronca, bebe, come y digiere concienzudamente; porque eso sí, á conciencia para roncar, beber, comer y digerir nadie le gana, y es bastante decir; que en este punto hay personas tan concienzudas, que se pierden de vista.

No es don Nicasio funcionario público, pero se

desvive por hacer que respete en su casa todo el mundo el principio de autoridad, que él representa y administra con blandura... y á veces á pescozones. Jamás ha pertenecido tampoco al ejército, pero es amante de la disciplina, y cuando lanza la voz de mando, le gusta que las personas que lo rodean le obedezcan sin chistar y corriendo, para que no sufra menoscabo ni deterioro la bienaventuranza perpétua, en él vinculada, de que ántes hice mérito.

Figúrase de buena fe, que la luz ha sido creada exclusivamente para sus ojos, el aire para sus pulmones, el agua para su boca, los olores (los agradables, se entiende) para su nariz, los alimentos para su estómago, la música para su oido, el descanso y el regalo para su cuerpo, el contento para su alma; y seguramente se asombraria, si alguien se asombrase de éstas y otras sencillas figuraciones suyas y creencias análogas.

Aunque no ama á ninguna mujer y se conserva célibe, merece disculpa; pues, en verdad, se halla siempre ocupadísimo en amarse á sí propio, y materialmente le falta tiempo para cumplir con los demás.

Digamos tambien que vive de renta, que se ocupa asíduamente en el ócio, y es modelo de hijos, pues mantiene á su madre, viejecilla simpática y afectuosa, la cual, atendiendo á lo exíguo y diáfano de su persona, le costará sobre dos ó tres reales diarios. Ella, por su parte, cor-

responde á la esplendidez filial, siendo una esclava de su Nicasio querido, y aun del muchachuelo que á sus inmediatas órdenes sirve; pues para enmendar las torpezas de éste, y aun librarlo de los papirotazos y puntapiés que el amo le da con más gusto que el salario, tiene ella muchas veces que dedicarse á los quehaceres domésticos que la medida de sus fuerzas consiente. Es, asimismo, su caridad tan ingeniosa, que siempre halla medio de socorrer á tres pobres, quienes indefectiblemente reciben un ochavo por barba cada juéves. Todo esto á escondidas de don Nicasio, el cual asegura que hay mucho vago y mucho tunante en este Madrid, y que el hombre ha nacido para trabajar; verdades entrambas que realmente no pueden negarse: los tunantes y los vagos abundan que es una maravilla.

II.

En la misma casa que don Nicasio, cuarto principal de la derecha (nuestro héroe habita el de la izquierda), vive, si vida puede llamarse, uno de los séres más infelices que he conocido, un teniente de infantería, retirado, viejo, gotoso, falto de una pierna, viudo, padre de tres niños y tio de otro que le dejó encomendado su difunta hermana; que, á consecuencia de cada ataque de

la enfermedad que padece, se pasa dias y dias sin poder echarse fuera de la cama, y á quien horribles dolores harian gritar hasta desgañitarse, si no se contuviese á fuerza de voluntad, con el objeto de incomodar lo ménos posible á sus vecinos. No hay entre todos éstos uno que no le compadezca, y le proporcione la compañía y los consuelos que por su situacion merece, formulando su sentir y sus juicios con exclamaciones parecidas á las siguientes:

—¡Es un mártir!

—¡Es un santo!

—¡Pobrecillo!

—¡Da pena verlo!

Y el dolor y la piedad de los vecinos crecen, contemplando la valerosa resignacion del militar, á cuyos ojos asoma en ocasiones una lágrima, para empañar la sonrisa que suele animarlos aun en momentos atroces; y crecen todavía más, al ver el interesante y gozoso grupo de los cuatro niños huérfanos, que no se hallan aun en edad de comprender su triste desamparo.

Don Anselmo, que así se llama el anciano, sirvió en el ejército liberal, siendo perfecto dechado de virtudes militares. A ellas debió una infinidad de cruces, que lo llenan de gloria y de satisfaccion; pero á ellas debió tambien la cruz y aun el calvario de su miseria, desde que una bala traidora le llevó por delante la pierna que le falta, obligándolo á abandonar el servicio, lo cual

(salva la gloria, que siempre es la misma), tengo para mí que ha de parecerle bastante ménos satisfactorio; particularmente si considera que los enemigos de ayer se comen hoy las uvas de la viña, que él y otros camaradas suyos plantaron y regaron con sangre de sus venas.

Como la mesada que corresponde al retiro de teniente apénas alcanza á cubrir las primeras necesidades de su familia, el pobre enfermo se ocupa, cuando su quebrantada salud se lo permite, en labores de pasamanería. Hay cuatro pajaritos que le piden pan, y aunque la Providencia derrama con mano pródiga los beneficios de su amor sobre todos los séres, todavía es preciso que el hombre se haga digno de ella, implorándola con la voz del trabajo y de la resignacion, que es la que ántes llega á sus oidos. El viejo veterano lo comprende así, y por eso emplea tan provechosamente los escasos momentos útiles de su vida.

III.

Para que el lector se forme una idea del modo que don Nicasio tiene de animar á su vecino en las pocas veces que por interés de su propia comodidad, generalmente, y no por otro alguno, lo visita, oiga una de las conversaciones que no há mucho han mediado entre los dos.

La tarde ántes de esta conversacion habia dormido el bueno de don Nicasio una siesta de tres horas largas, roncando como un ternero: don Anselmo tuvo en la noche que la siguió, un terrible ataque de gota, ahogando, como siempre, sus dolores, hasta el punto de exhalar apénas algun débil quejido.

—Anoche, dijo el primero al segundo,—no pude pegar los ojos, y hoy siento una desazon extraordinaria; así es, que estoy por llamar al médico; ya lo hubiera llamado, pero como soy tan sufrido, casi prefiero morirme á molestar á nadie.

—¡Quién pudiera decir otro tanto, don Nicasio! Tampoco yo quisiera tener que llamar al médico; ¡pero esta pícara gota!...

—¡Eh! No haga usted caso; usted está bueno, usted no tiene más que aprension. ¡Si fuera yo!

—¡Diantre con la aprension! Los dolores arreciaron tanto anoche, que no parecia sino que me prensaban todos los huesos. Además, ¡esto de no poder uno manejarse, por la falta de un remo y por los años! Porque, al fin, no soy un mozalvete. ¿Y á qué atribuye usted la mala noche? ¿Al calor acaso?

—¡Quiá! No, señor. Usted sabe que mi cuarto es fresco; amen de esto, el muchacho cuida de regarlo, y abre por la mañana los balcones, ántes de que el sol caliente, para que se ventile bien todo, entornándolos despues hasta la caida de la tarde, en cuya hora vuelve á abrirlos.

—¿Le sentó á usted mal la comida?... ¿Durmió usted la siesta?

—¡Nada de eso!

—Entónces...

—¡Como le oia á usted quejarse, y soy tan nervioso, tan impresionable! Sepa usted que estuve si me levanto, si no me levanto, á tranquilizar á usted, á pesar de mi grave indisposicion.

—Me confundiria usted con algun otro vecino.

—¡Vamos, vamos, don Anselmo! ¿A qué negar que somos aprensivos y que nos quejamos de vicio? Jamás hubiera yo declarado la causa de mi insomnio, si no deseara satisfacer la curiosidad de usted; porque soy considerado, y conozco que debemos dispensarnos algo unos á otros.

—¡Pero si yo no me quejé anoche, don Nicasio! Y eso, repito, que los dolores me hacian ver las estrellas. ¡Más veces mordí la sábana para reprimirme!...

—¡Pues amigo, soñaria usted á gritos!

Resultado de esta conferencia: el infeliz teniente queda casi convencido de que, en efecto, durante la noche anterior tuvo una pesadilla; de que su vecino es un modelo de paciencia y de educacion; de la necesidad de ponerse una mordaza cuando le ataque la gota, y del deber en que se halla de reventar primero que dolerse de sus males, para que su bienaventurado vecino pueda pasar las noches en un sueño, aunque se pase las tardes roncando como un cachorro.

IV.

Sucedió, pues, que un dia de Agosto *amaneció*, como á cosa de las diez de la mañana, nuestro don Nicasio, y no pudo ménos de alarmarse profundamente, sintiendo en la punta de la nariz (que era de padre y muy señor mio) una especie de picazon ó cosquilleo, á que no estaba acostumbrado. Habíalo atribuido primeramente á una pulga, y luégo á uno de esos otros bichos de olor fétido, que durante el calor abundan en Madrid, y que muestran singular predileccion por la sustancia del cuerpo humano. ¡Cuán grande no sería su pena al observar, despues de rascarse con las precauciones oportunas, que el cosquilleo continuaba y que, para destruir la uniformidad de sensacion tan molesta, una punzada aguda y penetrante asaeteaba tambien de cuando en cuando aquella saliente porcion del órgano del olfato! ¿Qué hacer? ¿Qué determinacion tomar en semejante conflicto? Echarse fuera de la cama parecióle arriesgado en demasía; permanecer en ella, sin cerciorarse por sus propios ojos del aspecto y extension del mal, que en su espíritu ya se le presentaba con proporciones formidables, tampoco era prudente: en fin, despues de mucho cavilar, adoptó un término medio, reducido á pedir un espejo y mirarse en él, ántes de apelar á medidas extraordinarias.

Su madre le llevó el espejo.

¿Qué vió don Nicasio en aquel pedazo de cristal, donde tantas veces habia contemplado su rozagante nariz, libre de toda aspereza y notable tropiezo?... ¡Tremendo espectáculo! Una mancha rubicunda, del tamaño y relieve de una lenteja. Verla y dejarse caer tembloroso y pálido sobre la cama, todo fué uno. ¿Le habia asustado la mancha siniestra?... No, lo que le habia asustado era su imaginacion, en la cual la mancha no era mancha, sino un tumor cuyo volúmen creció instantánea y gradualmente desde el de un garbanzo hasta el de una patata de media libra.

Hallándose en esta deplorable situacion de espíritu, entró un primo suyo, corredor de Bolsa, que venia á hablarle de picardías, digo, de *negocios*, el cual, conociéndole el flaco, acostumbraba á burlarse de sus aprensiones. Luégo que se hubo enterado de la que á la sazon le afligia, en vez de reirse como siempre, dióle por ponderarla con cierta formalidad cómica, anunciándole el inminente peligro en que la nariz se hallaba, segun todas las señales, de ser corroida y devorada por multitud de pólipos y de cánceres.

— ¡Cuídate, Nicasio, cuídate! — le dijo al despedirse. — Encarga una funda para resguardar la trompa, y ¡ojo, mucho ojo! que la cosa trae malicia, y no poca.

No fué menester más para que se diese ya por muerto don Nicasio, y oyera los responsos que le

cantaban, y aun sintiese caer sobre su rostro una porcion de paletadas de tierra; siendo en esto más afortunado que todos los séres de su especie, los cuales no parece que conservan tan viva la sensibilidad cuando el enterrador se apodera de ellos.

—El primo,—pensaba,—ha conocido que está gravemente amenazada mi existencia, y ha intentado engañarme viniendo con bromas. ¡Qué necio! ¡Creerá que me la pega! ¡Como si la misma exageracion de sus burlas no le descubriese!

A ser la salida del grano el único anuncio de que la desgracia lo habia elegido por víctima, hubiera podido exclamar, aunque á regañadientes: «Bien vengas, mal, si vienes solo».

El grano le atacaba la nariz, parte delicada de su organismo viviente; un desastre inesperado iba á producir dolorosa perturbacion en su bolsillo.

El cartero fué el portador de la infausta nueva. Escribíanle de fuera, que un aguacero le habia estropeado un huerto de árboles frutales, causándole una pérdida de treinta duros, real arriba, real abajo. ¡Treinta duros! ¡Calamidad sin ejemplo en la vida del afortunadísimo don Nicasio!

Cuando acabó de leer la carta, no pudo articular otras palabras que las siguientes:

—¡Madre (su madre le oia), estoy arruinado, completamente arruinado!

—¡Válgame Dios! —repuso la anciana.—No ganamos para sustos. ¿Qué ha sucedido?

—¡Nada! ¡nada!—repitió don Nicasio con voz y ademan trágicos, reveladores de las desdichas más grandes que pudieran imaginarse.

¡Cómo no habia de trasparentarse cada vez más, á fuerza de disgustos, el cuerpo de la mísera viejecilla, para quien las palabras de su hijo eran sagradas é indiscutibles!

—Luégo nos vendrá el vecino,—añadió terriblemente enojado,—haciendo comparaciones entre su situacion y la mia. Yo no niego que le falta una pierna; pero una cosa es bucarse el hombre su propia desgracia, y otra sufrirla sin buscarla. ¿Qué culpa tiene nadie de que él haya seguido la carrera militar? ¿No sabia que en la guerra no se reparten confites? Lo mismo sucede respecto de la familia que sustenta con su escaso retiro. ¡Al diablo se le ocurre contraer matrimonio siendo un pobre teniente! Y por si no bastase esta locura y fuese débil carga la de sus tres hijos, se écha encima la del que le ha dejado su hermana. ¿No es una verdad, clara como el sol que nos alumbra, lo que digo, madre?

La verdad era que en el momento de hacer don Nicasio la pregunta que antecede, el sol estaba nublado; pero la madre, ó no reparó en ello, ó quizá por ser miope y tener cansada la vista debió figurarse que el astro del dia brillaba en todo su esplendor, y contestó á su hijo corroborando

con un signo de aprobacion la irresistible lógica y la fuerza de sus observaciones.

V.

El grano crecia.

El valor de don Nicasio menguaba, si es posible que mengüe lo que no existe.

Durante los dos primeros dias, obligado por asuntos urgentes, salió varias veces de casa, admirándose mucho de que nadie fijara los ojos en su tumor, y de que las personas á quienes él mismo lo hizo notar (que fueron todas las que encontró al paso) le oyeran como si les hablase de los sufrimientos de la patria, ó de los callos del emperador de la China.

A los seis dias, el grano era famoso, como que el paciente habia embestido con él á todo el mundo. Sus amigos recordaban hablando de esto, á cierto personaje que las aleluyas han popularizado entre los niños, con el nombre de don Pirlimplin (que ya principiaban á darle), cuyo padre dicen que tuvo un grano, tambien famoso, en la nariz.

Por último, como el tumor no desapareciese con prontitud, don Nicasio pidió junta de médicos, no obstante las palabras tranquilizadoras del de cabecera.

La junta, compuesta de cuatro facultativos, aprobó por unanimidad el tratamiento seguido por su compañero, y confirmó su diagnóstico, calificando de divieso benigno el grano, y haciendo un pronóstico tan favorable, como era de esperar; pues realmente, léjos de tratarse de una verdadera dolencia, si algo indicaba el grano, era sobra de salud.

Don Nicasio esperó con inexplicable desasiego el fallo de la junta, de que su madre, en ella presente, le dió minuciosa cuenta luégo que hubo terminado.

Natural parecia que el *enfermo* celebrase con demostraciones de gozo el resultado; mas no fué así; principió por dudar de la competencia de los cuatro facultativos, y concluyó por negarla rotundamente, exclamando:

—¡Buenos brutos serán ellos! ¡Atreverse á decir que es un divieso benigno lo que tengo!

Enroscóse luégo en la cama, metió la cabeza entre sábanas, y hay quien presume que estuvo algunas horas pensando si hacer testamento. Quedábale, empero, una remota esperanza de salvacion en un viaje á París, cuya idea no cesó de rondarlo desde que hubo conocido el dictámen de la junta. El viaje á París quedó, por último, resuelto, y encargada la viejecilla de arreglar la maleta.

Oyéronse en esto lamentables gritos en el cuarto del teniente. Don Anselmo, en particular,

ponia los suyos en las estrellas, y el coro desgarrador de los cuatro niños, que á ellos respondian, era capaz de taladrar corazones de piedra.

Don Nicasio creyó que no debia tolerarlos; que su prudencia traspasaba ya los límites regulares; en una palabra, que las moscas se lo comian por hacerse de miel; y si en su situacion ordinaria pasó frecuentemente recado al vecino para que impusiera silencio á los niños (que, entre paréntesis, eran juiciosos y dóciles), en su estado actual, que á toda prisa lo precipitaba al sepulcro, no se contentó con ménos que manifestar enérgicamente al veterano (por conducto del fámulo de los pescozones) lo mucho que aquella batahola infernal le molestaba.

— Si están jugando, como creo, — añadió, — dile que elijan otra diversion, ó me veré precisado á mudarme de casa.

El juego era el siguiente: al bajar don Anselmo á la calle, se le habia resbalado la pierna de palo y habia caido por la escalera, rompiéndose un brazo. El juego, segun se ve, tenia poco chiste.

Cuando supo don Nicasio lo ocurrido, y cuando se convenció de que por voluntad ó por fuerza tendria que oir los lamentos de la familia del teniente, su refinado egoismo le dictó esta exclamacion:

— ¿Conque se ha roto un brazo, eh?... ¡Bah! ¡Algo ménos será! ¡Hay gentes que lo mismo

hablan de brazos rotos, que cosa de risa! Si más de cuatro se pusieran en mi situacion, no sé dónde irian á parar con sus quejidos.

VI.

El grano principiaba á resolverse, y hubiera desaparecido, por sí solo, á no urgarlo sin cesar don Nicasio, quien, con más miedo que vergüenza, se plantó en París, llevando cartas de recomendacion para el insigne doctor Tontin-Tontaine.

Durante el viaje, repitió el atribulado *enfermo* unas cien veces á sus *adláteres* la historia del grano celebérrimo, adornándola con reflexiones aterradoras y lúgubres anuncios, que lograron conmover á más de un corazon sensible, y fastidiar á otros que, por lo visto, no lo eran tanto. Porque sensible en extremo era necesario ser para enternecerse, oyéndole repetir que sufria espantosamente, que estaba muy desmejorado, que iba quedándose en los huesos, que presentia un fin próximo y funesto, al par que comia en las estaciones del ferro-carril y aun en el coche lo mismo que un desesperado, sin sufrir desperfecto alguno el envidiable color de su cara, ni el volúmen de su majestuoso abdómen.

El doctor Tontin-Tontaine que, dicho sea en

honor de la verdad, no tenia pelo de tonto, examinó detenidamente á don Nicasio; en quien lo único grande que encontró (no obstante la pintura que aquél le habia hecho de sus *grandes padecimientos*) fué la nariz y la aprension.

Pero si el doctor Tontin-Tontaine no era tonto científicamente, todavía lo era ménos para su bolsillo: así, pues, en vez de tranquilizar desde luégo á don Nicasio, juzgó que le convenia más entretenerlo un par de semanas, al fin de las cuales desapareció el grano, desapareciendo con él seis mil reales del capital de nuestro compatriota, á que ascendieron los honorarios que en excelente papel vitela y bonita letra le recetó la pluma del doctor Tontin-Tontaine. De todas las recetas, la última fué la que ménos gracia hizo al individuo del grano.

VII.

La primera noticia que dieron á don Nicasio, á poco de entrar en su casa de Madrid, fué que el pobre teniente estaba ya en el otro mundo. Extrañólo don Nicasio; pero léjos de atribuir esta catástrofe á la fractura del brazo, ilusoria en su concepto (por lo cual habia él dicho: «¡Algo ménos será!»), la atribuyó á torpeza de los facultativos que le habrian errado la cura, practicando una amputacion acaso innecesaria.

— Un poco más serio fué lo de mi nariz, — decia, — y sin embargo, la conservo en toda su integridad, á Dios gracias. ¡Naricita de mi alma! ¿Qué seria de tí á estas horas, si te hubiera entregado á los cuatro cafres de la junta?

Repitiendo otro dia las anteriores frases, poco más ó ménos, delante de varios conocidos, entre quienes habia un médico, preguntóle éste:

— ¿Qué es lo que ha padecido usted, en resumidas cuentas? Sepamos.

— Segun mi médico de cabecera y los que asistieron á la junta, un divieso. ¡Figúrese usted qué barbaridad! ¡Lástima que no les hubiera salido á ellos una docena en la punta de la lengua!

— ¿Y qué nombre le dió el doctor Tontin-Tontaine?

— Le dió el nombre de *furoncle*.

— ¡Hola, hola! ¡Conque un furúnculo! ¡Oh!

— ¡Qué! ¿Se rie usted?

— Todavía no.

— ¿Cómo que todavía no?

— ¿Le llevó á usted mucho dinero el doctor Tontin-Tontaine?

— Seis mil reales.

El médico soltó una sonora carcajada, exclamando luégo:

— Amigo, puede usted incluir entre los médicos salvajes, compatriotas nuestros, el nombre del facultativo francés.

— ¿Por qué?

— Porque á la palabra francesa *furoncle*, corresponde exactamente en nuestro idioma la palabra *divieso;* de manera, que lo mismo es divieso que furúnculo, y furúnculo que divieso: con la sensible diferencia, no obstante, de que la curacion del divieso que usted tenia le hubiera costado aquí apénas veinte reales, á no aturdirse, y en París le ha costado seis mil. Lo que usted *padece*, — añadió sonriéndose, — es una salud á prueba de bomba, la cual ha dado orígen á cierta *cosa* que podremos llamar *aprensionitis* ó *medrana*. Créame usted, don Nicasio: usted ha tenido poco mal y bien quejado, alarmándose de tal suerte y apelando á recursos tan extremos para combatirlo (por la falta de costumbre de sufrir), que le coge de medio á medio el refran aquel que dice: *picóme una araña, y atéme una sábana.*

— ¡Pero hombre, si todavía estoy convaleciendo y tomo leche de burra para reponer y entonar esta máquina! — saltó don Nicasio.

— Lo que usted conseguirá, — replicó el médico, — es desentonarla, si continúa curándose en salud. Lo repito, don Nicasio: su tremenda enfermedad ha sido un divieso inocentísimo, ó sea un furúnculo, si le suena mejor esta palabra.

FIN.

MI MARIDO ES TAMBORILERO,

DIOS ME LO DIÓ Y ASÍ ME LO QUIERO.

MI MARIDO ES TAMBORILERO,

DIOS ME LO DIÓ Y ASÍ ME LO QUIERO.

I.

Pocos hombres he conocido más felices que el baron de la Esperanza; pocos he conocido tambien más desgraciados. Su felicidad se funda en ilusiones; así es que miéntras le duran, no cambiaria su suerte por la de un monarca; pero como la mayor parte de las ilusiones pasan pronto, cuando el desengaño asoma, por muy cortesmente que le dé los buenos dias, el pobre señor se queda á buenas noches.

El baron es el último vástago del nobilísimo tronco de los Esperanza: sus ascendientes (que debieron tener grande aficion á la fruta) quisieron que el árbol produjese más, cuanto más lo esquilmasen; de manera, que cuando pasó al dominio de nuestro héroe, apénas daba ya otra cosa que abundante cosecha de hoja. En otros términos, sus antepasados se regalaron con la perdiz y le dejaron el mochuelo, se comieron el mayorazgo legándole una renta mezquina, que aun le hubiera parecido más á tener él ménos conformi-

dad, y á no ayudarle á conservarla su halagüeño título. ¡Esperanza! ¡Hermoso nombre, que dulcificaba las amarguras de su cáliz! ¡Horizonte, que en los dias nublados de su vida le consolaba, permitiéndole ver un pedazo de limpio y sereno azul!

Cierto mártes, en ocasion de hallarse algo abatido, recibió de Barcelona una letra de dos mil reales contra un comerciante de géneros ultramarinos y del reino, avecindado en la calle de Toledo, de cuya enorme fortuna habia oido hablar á menudo. Llamábase el comerciante don Pablo No, y aun cuando el apellido este pareció de mal agüero al baron para el proyecto que acababa de formar, su título nobiliario (equivalente, en su candorosa confianza, á un *sí*) le ahuyentó del espíritu dudas y recelos capaces de atormentar á otro que á él.

Don Pablo No era padre de una jóven de veinte años, única, soltera; y como el baron se hallase aun en estado de merecer, pues le faltaban seis meses y pico para llegar á los cuarenta, dió ya por efectuado su enlace con ella, y hasta una sonrisa, en la que cualquier inteligente hubiera advertido algo de paternal, acarició sus labios. El baron se veia, sin duda, reproducido en una prole numerosa. El árbol, ingerto con oro, iba á dar los frutos sabrosos que en sus mejores tiempos. El carácter benévolo y expansivo del baron, juntamente con las ingeniosas trazas que para vivir le inspiró siempre su hambre crónica, alla-

narian los obstáculos que á su triunfo oponer pudieran los sacos de arroz y las formidables zafras de laton, en que su futuro suegro depositaba el aceite.

Servíalo un jayan asturiano, alto, corpulento y con ribetes de simple, que sábiamente le comia por un pié, y en cuya librea habian entrado no sé cuántas varas de paño. Vístase á un gigante, y se calculará las que se necesitaban para vestir al respetable Crisóstomo; porque eso sí, con su negro y holgado leviton, especie de hopalanda que le caia hasta los tobillos; su corbata blanca, limítrofe de las orejas; su sombrero negro, con negra escarapela, grande como un plato, y su rostro sério á manera de alcornoque, verdaderamente infundia igual respeto que otros fámulos de su talla ó gerarquía, los cuales, amortajados con esta preciosísima, elegante y airosa librea, importada de París, centro de todo lo superlativo y principalmente del buen gusto (segun el parecer de algunas personas, que en ésta como en otras cosas dan muestras de tenerlo especial), son capaces de hacer alargarse de envidia los dientes de los que no poseen la dicha de contemplar á sus órdenes figuras tan interesantes.

El afecto recíproco de amo y criado era cosa que edificaba (sabiéndose la clase de criados y de amos que se usan), pues casi rayaba en fraternal. ¿Por qué el baron bajaba sus humos aristocráticos hasta la humilde persona de Crisóstomo? ¿Por

qué Crisóstomo se subia á las barbas del baron, gastando con él familiaridades de que se hubiera librado mucho cuando entró á servirlo? No quiero que el lector se devane los sesos en averiguarlo; este fenómeno reconocia una causa muy comun: una simple deuda. Crisóstomo era acreedor de su amo por la cantidad de cuatro mil reales de salarios que desesperaba de sacarle, porque mal puede sacarse mucho ni poco de donde no hay nada; miento, siempre le sacó buenas palabras.

Así, pues, el uno con la esperanza de recibir lo ganado legítimamente, no podia arrancar de allí; y el otro, impedido por la deuda, no era dueño de ponerlo de patitas en la calle. Esta situacion anómala llegó, una vez acostumbrados á ella, á establecer forzosamente entre los dos una armonía, que al mejor músico del mundo le seria imposible crear con tan discordes y contrarios elementos.

Esta armonía estuvo á punto de romperse una mañana: Crisóstomo, falto ya de paciencia, insubordinóse resueltamente por primera vez; pero la carta de Barcelona conjuró la espantosa nube que amenazaba al baron.

II.

— Crisóstomo, — dice el baron llamando al astur, — no correspondes como es debido á mis

bondades: tres años llevas en casa, tres que comes, digo mal, que devoras mi pan, y, sin embargo, no vacilarias en abandonarme, si encontraras un amo que te diese una peseta más que yo.

—¡Pues canariu!...

—Repito que mis bondades te pierden.

—¡Pues canariu!—insiste Crisóstomo,—mia fe, lléveme el diablu, si las bondades de usía...

—A mí no tengas que levantarme el gallo. ¡Hola!, ¡hola! ¡hola!—exclama el baron, haciendo una perfecta escala cromática, y considerándose ya un Creso con la suma fabulosa que representa la letra.—¿En dónde estamos?

—¡Pues canariu,—repite con temerario empeño el doméstico,—págueme usía, y buscarémelas!

—¡Y tanto como te pagaré; sí señor, te pagaré! Hoy te levantaste de mal humor, y no teniendo con quién pegar, te has atrevido á faltarme al respeto, cosa que nunca has hecho. ¿Y por qué? ¡Vergüenza da el decirlo! Por un motivo grosero, por lo más despreciable del mundo, por el vil interés. ¿Sabes para qué necesito yo el dinero?... ¡Para esto!—añade el baron, pegando un puntapié al medio cigarro puro que acaba de arrojar al suelo. ¿Qué tal será el cigarro?

Crisóstomo dista mucho de conformarse con la opinion de su amo: en sus alegres sueños ha destinado los cuatro mil reales que el baron le debe, á la compra de una vaca, de un jumento y de un

pedazo de tierra, base de su porvenir, para cuando se retire del servicio y torne á sus montañas; pero finge asentir á ella, temiendo que aquél, enojado, se arrepienta de lo dicho, y exclama con aparente candor:

—¡Ah! ¿Conque usía va á pagarme todus los salarius?

—¡No hay cosa, —repone el baron, —que más me queme la sangre que la avaricia! Crisóstomo, por tu bien te lo aconsejo; es preciso que te contengas en los límites de la moderacion.

—¿Pues cuántu hace ánimo usía de darme?

—Cincuenta realitos de un golpe; ni un ochavo ménos. Ensancha tu pecho; la fortuna principia á soplarme; como sigamos así, pronto somos felices; todo es empezar. Si la cuenta me sale, soy capaz de hacerte un regalo que te chupes los dedos.

—Vengan, pues, los cincuenta reales, —dice Crisóstomo afligido, y entornando los ojos, más abiertos, poco ántes, que los de un lagarto.

—¡Calma, hijo, calma, que todavía no los tengo! Baja á ver si hay un coche en la plazuela, miéntras yo me pongo el sombrero, y vuelve al punto.

Así que torna Crisóstomo, le pregunta:

—¿Espera el coche?

—Sí, señor.

—¿Es de los nuevos?

— Sí, señor; ¡relumbra que da gustu!

— ¿Y el cochero está decente?

— Sí, señor; es Roque, el de la librea azul; ya le conoce usía de otras veces.

— Me alegro; ese sabe su obligacion; se apea para abrirme la portezuela, se quita el sombrero como debe hacerse delante de los superiores, y me hace unas reverencias que el mejor dia se estrella contra el suelo; en fin, es mozo que vale. Una sola queja tengo de él.

— ¿Cuál, señoritu?

— Que no se atreve á cubrir de negro el número del coche.

— ¡Comu es de *arquiler!*

— Cabalmente, por eso quiero que lo cubra cuando yo dispongo de él; así creerán que el coche es mio; y como lo será ese ú otro, no me importa que lo crean. Le he indicado un medio sencillísimo: pintar el número con corcho quemado, que es cosa fácil de quitar despues. Procura convencerlo, y le daré para una copita de aguardiente.

Crisóstomo admira con una sonrisa magna que pone en movimiento los músculos todos de su cara, la aguda sutileza de su amo, y le responde:

— Curriente; yo le daré una buena embestida para otra vez.

III.

La primera impresion que hizo en el bueno de Esperanza el aspecto de don Pablo No, fué desfavorable. La figura rechoncha del comerciante; su gruesa nariz terminada en la punta por una especie de níspero; la papada, que á manera de vejiga le colgaba; su anchura de hombros, cabeza voluminosa y piernas cortas, le daban aire de enano.

Un dependiente robusto, parado, fresco y rubicundo, envuelto en un chaqueton que le pasaba de las caderas, hacia cucuruchos de garbanzos, que iba poniendo en órden de batalla sobre el mostrador; miéntras su principal, jugando *al higuí* con un perrito, subia y bajaba alternativamente un palo, de cuyo extremo libre pendia un bramante con tres ó cuatro cortecillas de queso que el pobre animal se comia con los ojos, ya que, á pesar de sus brincos incesantes, no acertaba á cogerlas. Con todo, esta diversion, tan sencilla, tan inocente y tan tierna, no llegó á conmover al baron de la Esperanza, por hallarse embebido en pensamientos de mayor trascendencia.

El baron iba ataviado con elegancia, algo mústia, algo marchita, pero elegancia al fin.

El abundante surtido de la tienda le produjo

una impresion más agradable que la vista de don Pablo.

—Este individuo,—pensó, despues de recorrerla con mirada de codicia,—debe tener soberbias peluconas. Imposible parece que el tal pelele haya sabido arreglárselas para hacerse rico.

Acércase al mostrador, y levantando un poco el ala del sombrero, por delante, con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, á guisa de quien saluda, dice cortesmente:

—¿El señor don Pablo No?

—Servidor,—responde el comerciante.

—Traigo una letrita de Barcelona.

—¡Ah! ¿Es usted el...

—El baron de la Esperanza.

—Muy señor mio,—repone con amabilidad don Pablo, despues de examinar la letra.—A ver, Crispin,—dice, volviéndose al dependiente,—extiende la aceptacion.

—Es á la vista,—exclama Crispin.

—Es cierto,—dice don Pablo,—¿dónde tendré yo la cabeza? Entónces, haga usted el favor de extender el recibí, señor baron.

Hácelo así éste, y don Pablo le entrega dos mil reales en oro.

El perro, en tanto, se ha comido las cortezas de queso; osadía que arranca á don Pablo estas palabras:

—¡Ah, pícaro Leal! ¡Me las jugaste de puño!

Todos los nombres que ha oido el baron le parecen ordinarios: don Pablo No, Crispin, Leal... Estos nombres le horripilan, y comienza á temer que el de su futura corra parejas con ellos. ¿Con qué cara se presentaria él en el Teatro Real, en el Retiro, en la Castellana ó en visita, acompañando á una Ruperta, á una Bartola, á una Blasa, á una Cleta ó á una Pantaleona?

— Mucho celebro haber tenido el honor de tratar á usted, señor don Pablo, — dice al fin, deseando entablar conversacion con el comerciante, que ya se entretiene en atar con el bramante del palo otras cortezas de queso para Leal.

— El honor es mio, caballero, — responde don Pablo.

— Yo le conocia á usted ya; pero sólo de oidas.

— No lo extraño.

— Sé que es usted persona de influencia en el barrio, y que en las elecciones no hay candidato que deje de solicitar su apoyo.

Precisamente la época de las elecciones municipales se acerca: don Pablo sospecha que el baron va á pedirle su voto, y exclama para su gaban, haciendo un guiño imperceptible:

— ¡Te veo!

Añadiendo luégo en alta voz:

— Seguramente le han exagerado á usted mi influencia. Es cierto que se me aprecia en el distrito, quizá porque no me meto con nadie, porque hago todo el bien que puedo, porque va para

quince años que estoy avecindado aquí, y... pare usted de contar. Esta conducta, y hasta mis negocios comerciales, han contribuido, sin duda, á extender el círculo de las relaciones que tengo en esta parte de Madrid. Por lo demás, crea usted que mi ambicion se limita al cumplimiento de mis deberes y á procurar la felicidad de la familia que...

—¡Ah! ¿tiene usted familia? — interrumpe inocentemente el baron.

— Sí señor, mi mujer y una hija.

En esto se oye en la escalera interior del cuarto principal de la casa, que termina en la tienda, una voz que dice:

—¡Padre!

—¡Crispin! Mira á ver qué quiere Dolores.

El mancebo desaparece por la escalera.

—¿Se llama Dolores la niña de usted?

— Sí, señor.

El baron respira desahogadamente, y dice:

— Por muchos años.

Baja Crispin, á los pocos momentos, y su principal le pregunta:

—¿Qué queria Dolores?

— Decirle á usted que va á salir con su madre.

Las palabras *padre* y *madre*, pronunciadas sucesivamente á boca llena por la hija de don Pablo y por Crispin, chocan al baron, acostumbrado á oir á todo el mundo, á todas horas y en todas partes, *papá* por acá y *mamá* por allá, no

sólo á párvulos y adolescentes, sino á hombres y á mujeres talludos y zanquilargos que, además, tratan tú por tú á los autores de sus dias, á las personas de mayor respeto para los hijos, como si temieran ponerse en ridículo no admitiendo ese regalo que á los españoles nos ha hecho un pueblo amigo.

Todos estos horrores afligen muy mucho al baron, á quien le ocurre una idea que podria formularse en los términos siguientes:

— Es preciso introducir en esta familia reformas radicales.

— ¿Tardarán en volver? — torna á preguntar don Pablo.

— No, señor; van á una tienda de la calle Imperial.

— Es que son las doce dadas, y no me gusta esperar para comer.

— ¿Usted come á la española, eh? — dice con acento de lisonjera piedad el baron.

— Sí, señor.

— ¡Oh! yo estoy por todo lo español; — repone Esperanza.

— ¡Si usted gusta acompañarnos! — exclama el comerciante.

— Mil gracias, don Pablo.

— ¿Escribirá usted á Barcelona?

— Mañana; tengo que acusar el recibo de la letra al amigo Carbonell.

— Sírvase usted darle memorias de mi parte.

—Así lo haré. ¡Vaya, hasta otro dia, señor de No!

—Ya sabe usted dónde tiene su casa, señor baron.

Esperanza da una tarjeta con las señas de la suya al comerciante, y dice por final de despedida:

—Tendré mucho gusto en venir á ponerme á los piés de las señoras.

—No se moleste usted.

—No es molestia.

Auséntase el baron, don Pablo sigue jugando al higuí con el perrillo, y Crispin, que ha mirado con ojos recelosos al primero, y maldecido interiormente la amable llaneza de su principal, no acierta ya á dar á los cucuruchos la esbeltez que media hora ántes. ¡Arcanos del alma!

IV.

El baron no está afiliado en ninguno de nuestros partidos políticos, sin que por esto dejen de inclinarlo sus aficiones y hasta la clase á que pertenece, al monárquico puro: no obstante, fuerza es confesar que sale de la tienda hecho un comunista desmelenado.

Cada vez que compara la nobleza y antigüedad de su alcurnia, sus méritos (que no enumero, porque no han llegado aun á mi noticia), sus

modales distinguidos, su lenguaje pulcro y su actual miseria, con la humilde prosapia, lo llano del oficio, el porte ordinario, lo vulgar del habla y la situacion desahogada del comerciante, dice para sí:

—Preciso es convenir en que la riqueza está muy mal repartida. ¿Por qué unos han de tener tanto y otros tan poco? Esto va á pegar un estallido el dia ménos pensado. ¿De qué le servirá á ese ente grotesco el oro que almacena con el bacalao y las habichuelas? ¡Y si supiese gastarlo, anda con Dios! Pero estoy seguro de que todos sus goces y todas sus glorias se reducen á hacer bailar el perro, á comer á manera de gañan (¡así está él!), á ir el domingo á la comedia de la tarde, y si acaso, si acaso á tomar á la salida del teatro un vaso de leche merengada, en cualquier cafetucho de mala muerte.

Recordando luégo tal cual mirada del mancebo, que por casualidad habia sorprendido, y el gozo insolente con que obedeció la órden de don Pablo, cuando éste le mandó subir al piso principal, murmura:

—¡Aquel Crispin!... ¡Aquel Crispin de mis pecados!... ¡Capaz es el enano de entregarle la hija que, segun dicen, es una perla, en recompensa de los méritos contraidos haciendo cucuruchos, partiendo tocino y midiendo panillas de aceite! ¿Qué idea tendrán esos infelices de la dignidad humana?

Por lo visto, el pobre baron cree que la dignidad humana consiste en holgar, tenderse á la bartola, acostarse á las tres de la madrugada y levantarse al medio dia, desdeñar las ocupaciones útiles, lucirse en saraos, urdir intrigas, promover escándalos, vivir de trampa y otras cosas por el estilo.

Consuélale, empero, en medio de sus sospechas crispinianas, la cordial acogida y las ofertas que le ha hecho don Pablo; esta circunstancia se le fija por último de tal modo en la mente, que, al entrar en su casa, sube repitiendo por la escalera:

— Temores á un lado; no hay motivo para desesperarse; pero es preciso introducir en aquella casa reformas radicales. La primera de todas, si tengo la suerte de pescar la muchacha, es mandar á paseo á Crispin.

Ábrele la puerta Crisóstomo, cuya cara expresa mayor angustia aun que ántes de salir él á cobrar la letra.

— ¿Qué te pasa, hombre, qué te pasa? — le dice. — Pareces un reo en capilla: toma tus cincuenta reales, y alégrate. ¡Hola! — añade al tiempo de mostrárselos y hacer dos ó tres veces el higuí para que los tome. — ¡Se nos encandilan los ojos, eh? Ya sabemos el remedio.

— ¡Lléveme el demoniu si estoy contentu!

— ¡Habráse visto avestruz como éste! ¿Pues qué más quieres? ¿Te figuras, acaso, que yo acuño moneda?

—¡No es esu, no es esu! Sino que el zapateru acaba de venir, y pur pocu nus agarramus de las greñas.

—El zapatero es un hombre incivil, que debia tener á mucha honra calzarme, aunque fuese *gratis*, y reflexionar que mis negocios no me permiten ocuparme en el exámen de su cuenta.

—No quiere esperar más.

—Pues que se ahorque con un tirapié.

—Se ha plantadu en la escalera y ha echadu por aquella boca sapus y colebras contra usía.

—Mal hecho, mal hecho; es un ingrato que no sabe apreciar los beneficios que me debe. Cría cuervos y te sacarán los ojos.

—Ha llamadu á usía tramposu.

—¡Tramposo el parroquiano que más lustre da á su casa! ¿No es nada poder decir que calza al baron de la Esperanza? ¡Ahí tengo yo el tiempo para ocuparme en fruslerías como la cuenta de un menestral!

—Tambien ha venidu el caseru.

—¡Otro que tal! ¿Y á qué ha venido el casero? No lo sé. ¡Como no sea á sacarme las asaduras! Pues lo que es los ojos ya me los ha sacado. ¿Qué te ha dicho?

—Díjume que venia por el *arquiler* de lus cuatru meses que usía sabe. ¡Y que lus *pidia* con un fueru!

—¡Ah! ¡Los pedia! Tambien yo pido, y nadie me da. Si á pedir fuéramos, pediria yo el Real

Palacio para habitarlo. Abrir la boca es fácil.

—Ha venidu el tenderu, —continúa Crisóstomo, con impasibilidad aterradora.

—¿Y qué?

—Le debemus el jamon, la manteca, el...

—Crisóstomo, hazme el favor de no pronunciar esas palabras, que verdaderamente me manchan. ¡En qué cosas se fijan ciertas personas! ¿Qué entiendo yo de jamon y de manteca? Todo lo que yo puedo decir, es si me saben bien ó mal; quédese lo demás para el que trate de abrir una salchichería. En fin, si insiste el tendero, contéstale lo que te parezca, y en esto, Crisóstomo, te doy la mejor prueba de estimacion y confianza. Dile que se entienda contigo, que eres mi administrador, mi apoderado, pues semejantes bagatelas no son dignas de mí.

—¿Qué quiere decir usía cun esu de apoderadu?

—Hombre, apoderado se llama la persona á quien otro autoriza para que lo represente en sus negocios. De manera que tú, en este caso, eres como si dijéramos otro yo; estás autorizado para hacer mis veces con mis acreedores, y hasta para pagarlos, si crees que esto ha de redundar en honra y provecho mio.

—¿Y con qué lus pagu?

—¡Con qué los pago! ¡Con qué los pago! Esa pregunta no es propia de tí, y hace formar una idea triste y no muy exacta de mi situacion. Si

yo no descansara en la seguridad de que eres digno de toda mi confianza, ¿te hubiera encargado nunca de comision tan delicada? Hazte más favor, Crisóstomo; aprecia tu mérito en lo que vale, y no te eches tan por los suelos; que nunca fray Modesto fué prior.

Las observaciones del baron halagan á Crisóstomo hasta el punto de enternecerlo; no sabe qué oponer á ellas, y sin embargo, tampoco acaba de persuadirse de que sea digna de agradecimiento la distincion con que su amo asegura que le honra.

Resígnase, pues, en tan difícil situacion á dejarlo todo en manos de la Providencia, y á esperar mejores tiempos.

V.

Al oir doña Toribia, mujer de don Pablo, anunciar una mañana á cosa de las doce el nombre del baron de la Esperanza, se queda que no sabe lo que le pasa.

La visita la coge enteramente desprevenida. Es doña Toribia persona tan metida en sí, tan casera, tan á la buena de Dios, y el círculo de sus relaciones tan reducido y modesto, que en vez de envanecerse y regocijarse, como lo harian otras en su lugar, se asusta formalmente, y gra-

cias si logra decir á la criada que junto á la puerta aguarda sus órdenes:

—¡A ese caballero, que pase!

El baron ha preguntado, no por el comerciante, sino por las señoras.

El extraordinario volúmen de su futura suegra le arranca interiormente esta exclamacion:

—¡Qué horror!

Levantando los ojos, despues de dejar el sombrero en una silla, los clava un instante en el cuadro que hay sobre ella, y ve que es el primero de una coleccion de litografías iluminadas, referente á la conquista de Méjico, del centro del cual se destaca la figura de Hernan-Cortés, con más trazas de bailarin que de héroe. En el lienzo de enfrente está la historia de Santa Genoveva de Brabante, y en un ángulo un *San Juanito* de bulto, con mejillas de rozagantes colores y una soberbia peluca de estopa rizada.

Con tal motivo, se reproduce en la mente del baron la idea de introducir en la casa reformas radicales, en consonancia con sus proyectos.

La jóven le parece aceptable, aunque un tanto encogida.

—Una casualidad feliz,—exclama al cabo de un instante,—me ha proporcionado la dicha de conocer al señor don Pablo; y como mi amigo Carbonell, del comercio de Barcelona, me interesó tanto con la pintura que de la apreciable familia de No me hizo en Agosto último, dándome para

todos ustedes muchos y muy afectuosos recuerdos, vengo á cumplir su encargo.

—¿El señor de quién?—pregunta con asombro doña Toribia.

—El señor de Carbonell.

—¡No caigo!—exclama la mujer de don Pablo, fatigando su memoria.

—Ni yo,—observa Dolores.

—(¿Cómo diablos habeis de caer,—piensa el baron,—si no hay tal encargo, ni Cristo que lo fundó?) Pues el señor de No,—continúa,—bien le conoce; así es que en vez de mandar *uno de mis* criados por la friolera que el otro dia me satisfizo, mandé enganchar á *mi* carruaje una yegua normanda de *mi* propiedad que ha pertenecido al famoso marqués de la Ferreteríe-Chapelain.

Pronunció el baron las frases que anteceden con naturalidad suma, sin marcar adrede los pronombres posesivos, ni hacer alarde alguno de importancia. Dijo *uno de mis criados*, como si tuviera seis ú ocho; *mi* carruaje, como si en su vida trabajosa hubiera sido dueño siquiera de un tartanucho desvencijado; y una yegua normanda de *mi propiedad*, que nunca la vió más que en su imaginacion, por la cual trotaria sin duda y respingaria una yeguada entera, que no una sola yegua. Lo del marqués de la Ferreteríe-Chapelain, era una bola tan grande, que milagrosamente pudo salir de su boca; pero él habia

dicho para sí: «Aquí que no peco,» y no se paró en barras.

Su fingida sencillez encanta á doña Toribia. Con todo, la pobre señora, que está á media dieta y acostumbra á tomar un sopicaldo á las doce, es víctima de una debilidad de estómago que le hace sudar la gota gorda y la pone á pique de desmayarse. Hay, además, una gallina asándose en el fogon, la criada ha salido, y principia á percibirse cierto olorcillo como á quemado; pero creyendo que la etiqueta no le permite ausentarse de la sala un momento, es capaz de no moverse aunque se hunda la casa.

—¡El señor don Pablo,—dice el baron,—seguirá siempre tan divertido! ¡Oh! Es un carácter adorable el suyo.

—¡Ay, no señor, no es oro todo lo que reluce! — responde doña Toribia. — El asma le molesta á menudo, y le quita el gusto para todo. Casi nunca sale de casa.

—¡Oh, yo deliro por la casa! Soy el hombre casero por excelencia. Pero se conoce á la legua que don Pablo es un modelo de resignacion, un héroe que sobrelleva hasta con gusto, en lo que cabe, su padecimiento.

—¡Qué ha de hacer el infeliz!

—Ayer hacia bailar á un perrillo, y se mostraba tan conforme, tan gozoso que, francamente, me dió envidia verlo. El cariño á los animales indica un corazon de oro. Aseguro á ustedes que

salí de la tienda conmovido, y que la escena presenciada me hizo adivinar las costumbres patriarcales que debe haber en esta familia, y por las que yo suspiro en vano hace mucho tiempo. Las etiquetas, los cumplidos y las ceremonias que reinan en mi clase me revientan; así es, que cuando la casualidad me ofrece la dicha de encontrar personas que me comprenden, como ustedes, simpatizo al punto con ellas y busco ocasiones de frecuentar su trato.

El afecto repentino del baron, choca un poco á Dolores; su madre lo cree sincero, y aun se dispone á responder con un «gracias,» cuando el olor á chamuscado, que va creciendo, ahoga su voz en la garganta, y la obliga á decir para sí:

—¡La gallina se tuesta!

Esperanza prosigue mintiendo con descaro; pero sin abandonar su aire candoroso.

—¿Quién habia de decirme á mí, que eran ustedes aquellas dos señoras tan simpáticas que he visto á menudo en... ¿dónde he visto yo á ustedes, señor?... —se interrumpe el baron, en ademan de quien recuerda.

—Puede, —observa doña Toribia, —que nos haya usted visto en el Campo del Moro ó en la Cuesta de la Vega.

—Justamente; mi paseo favorito.

Lo ménos hace dos años que el baron no pone los piés en semejantes sitios.

—Allí concurrimos algunos dias de fiesta,—continúa la anciana.

—¡Qué paisaje tan delicioso el que desde aquel punto se descubre! ¿eh?

—Sí señor, muy bonito,—exclama Dolores.

—¡Y qué solana tan hermosa!—añade su madre.—El domingo fuimos, ésta, Crispin y yo, con ánimo de pasar la tarde cascando piñones.

—¡Excelente idea!

—¡Sabe tan bien en el campo cualquier cosa!

—Yo soy partidario acérrimo de todo lo campestre... y de los piñones. Y á propósito: tengo unos pinares magníficos; he de encargar á *mis* guardas, que me envien una carga de piñas para ustedes.

—No se moleste usted, señor baron,—exclama Dolores.

—¡Qué amable es!—piensa doña Toribia; la cual, animada por la llaneza del baron, añade:—Si usted me permite, voy á tomar un sopicaldo; estoy á media dieta, y ya principia á barrérseme la vista.

—Señora,—dice el baron,—los enfermos siempre están dispensados.

—Pues mira, Dolores,—repone la mujer de don Pablo,—traeme el sopicaldo, y de paso unas copitas de Jerez con bizcochos, para este caballero.

La obsequiosa doña Toribia cree poner el se-

llo á su urbanidad, dictando á su hija la órden que acabamos de oir.

El baron se considera trasportado al siglo diez y ocho.

—¡Señoras, — dice, — por Dios!

—Nada, nada, — interrumpe su futura suegra; — es un tente-en-pié: si usted me desaira, no tomo el sopicaldo.

— Eso no, — replica el baron; — vengan, pues, las copas y los bizcochos.

La cocina está llena de humo; no ha tenido la criada la precaucion de apartar, ántes de salir, la cazuela del asado, y la gallina es un carbon. Don Pablo, amigo de que todo esté en su punto á la hora de comer, va á refunfuñar cuando lo sepa.

Miéntras Dolores arregla el alimento de su madre, y el tente-en-pié del baron, éste dice á doña Toribia, para preparar el terreno:

— Señora, tiene usted una alhaja; esa preciosa criatura merece un trono.

— Lo que es en eso no dice usted nada de más; no la cambiaria yo por una reina. Es obediente, buena, hacendosa...

— No le faltarán golosos, ¿eh, doña Toribia?

—¿Yo qué sé?

— Si yo me decidiese á casarme, pediria al cielo que me proporcionara una esposa de sus prendas.

— ¡Es usted soltero!

—Sí, señora; ¿y sabe usted por qué lo soy? Porque no encuentra uno por ahí más que trastas y locas.

—Mi Dolores, á Dios gracias, no es de esas.

—¡Qué ha de ser! Ya se le conoce en la cara. ¡Qué bien sentaria el título de baronesa á una jóven tan cabal! Entónces se realizaria el imposible de ver la nobleza unida á la hermosura y á la virtud. ¡Lástima seria,—añade el baron, acordándose de Crispin,—que viniera á caer en manos de un hombre que no supiese apreciar tesoro semejante! ¡Es hacendosa! ¿Ha dicho usted que es hacendosa?

—Sí, señor.

—Yo tengo el vicio opuesto; soy el hombre más descuidado para mis intereses; yo necesitaba una mujer así... hacendosa... para hacerme salir de la indolencia que me caracteriza y será causa tal vez de que personas extrañas, y sin el menor derecho, se apoderen de una porcion de mayorazgos que deben recaer en mí.

—¡Qué lástima!—exclama doña Toribia.

—¡Qué quiere usted, señora! Genio y figura, hasta la sepultura.

El baron, servido por Dolores, toma un sorbito de Jeréz y medio bizcocho, haciendo que las damas le prometan aceptar el fruto de *sus* pinares fantásticos, y luégo se despide, rogando á doña Toribia que lo disculpe con su marido, á

quien, por falta de tiempo, no podrá tener el gusto de saludar en la tienda.

VII.

El noble tronado volvió á visitar á la familia de No. Contentóse al principio con una vez á la semana, despues fué acortando las distancias entre visita y visita, hasta que, por último, las hizo cuotidianas.

Como ya el baron no tenia letra alguna que cobrar, don Pablo entró en sospechas con respecto al desinterés de tan entrañable amistad. En su casa no habia más que tres personas: él, su mujer, y su hija. Que de él no debia estar prendado el baron, hallábase convencido hasta la evidencia, tanto por la homogeneidad de sexo, cuanto porque su figura, desapasionadamente considederada, no era la más propia para inspirar pasiones volcánicas, ni aun casi apacibles: de doña Toribia, señora de edad provecta y volúmen estupendo, sólo un marido loco rematado, ó tonto de capirote, podria tener celos: doña Toribia estaba, pues, asegurada de incendios. Decididamente, el baron iba allí por la hija, por Dolores, y así se lo manifestó á su mujer.

Lo que entre los dos consortes se habló, despues de comunicar sus sospechas don Pablo á

doña Toribia, cosa es que no he podido averiguar; sólo me consta que don Pablo dijo al concluir la conversacion (contestando á su mujer, que habia pintado la conveniencia de una alianza con tan ilustre personaje como el aristócrata, para variar de posicion): *Mi marido es tamborilero, Dios me lo dió y así me lo quiero; dejemos estar las cosas y no tentemos al diablo.*

Cónstame, asimismo, que el baron dirigia á la jóven miradas de singular fuerza absorbente, y frases tan floridas que cada una era un mes de Mayo; que Dolores siguió respondiendo á sus galanterías con monosílabos de sentido ambíguo, y su madre soñando despierta, con los mayorazgos, carretelas, fincas rústicas y urbanas, y otras mil cosas de que oia hablar al baron, en los frecuentes relatos que éste hacia de sus grandezas pasadas, presentes y futuras.

En los momentos que la casualidad dejó á solas con doña Toribia á su presunto yerno, supo éste aumentar de tal modo las ambiciones de aquélla, que la incauta mujer casi se avergonzaba ya de la oscura y sosegada condicion en que vivia, y no por ella, sino por su hija.

Crispin era quien perdia terreno en el cariño de doña Toribia. ¿Por qué? Lo ignoro, y repito: ¡Arcanos del alma!

VIII.

Una tarde (era domingo), volviendo el baron de la Montaña del Príncipe Pío, ve de repente en el Campo del Moro á doña Toribia, Dolores y Crispin, que se han echado encima lo mejorcito del baul. Al atisbarlos, trata de retroceder para escabullirse por los pretiles de Palacio; pero la anciana lo ha conocido, y destaca en su busca á Crispin con un horroroso mensaje. Lleva el mancebo el encargo de invitarlo á pelar naranjas, en amor y compaña, ya sentándose sobre la verde yerba, ya en los sillares y trozos de columnas que á dos pasos tienen.

El baron ha aplaudido tiempo atrás la idea de cascar piñones al sol, declarándose partidario acérrimo de todo lo campestre; la escapatoria es actualmente imposible.

Miéntras Crispin le da cuenta del mensaje, siente el baron impulsos de estrangularlo. El pícaro del mancebo, generalmente mudo y huraño, por motivos fáciles de adivinar se complace ahora en mortificarlo con una amabilidad que el baron no hubiera imaginado en él.

El aire es tibio; la luz, de primavera; deshácense los pájaros á cantar en las vecinas arboledas, y la solana dice á los paseantes: «Venid acá; la ocasion la pintan calva; corred, no seais niños, que acaso llueva pronto y no podais dis-

frutar en quince dias de otro como el de hoy».

Al contrario el baron, el cual brama interiormente, pidiendo á Dios que abra las cataratas del cielo ó el seno de la tierra, ántes que ponerse en evidencia á los ojos de las personas de todas clases que por aquel sitio pasean.

¡Deseo vano! Esperanza tiene que ceder, y, haciendo de tripas corazon, se acerca á las damas, á quienes saluda con alegría, volviendo la cabeza á todos lados; acaso tema que le observen.

A lo que sí se resiste es á lo de sentarse; le ha ocurrido una idea feliz: dice á las señoras que, llamado á Palacio para un asunto político urgente y de interés para el país, las deja con sentimiento; pero dándoles mil seguridades de que si despacha pronto, volverá en un vuelo y sabrán quién es el baron de la Esperanza, en cuanto á pelar naranjas y cascar piñones.

Doña Toribia celébra el patriotismo del baron; Dolores no dice palabra, y Crispin, poniéndose por mandil un pañuelo de seda, principia á pelar naranjas, dando á la mujer y á la hija de su principal las más jugosas y dulces piernas ó gajos.

A la caida de la tarde abandonan el paseo, sin tener el gusto de ver de vuelta de Palacio al baron. Disculpémosle; la patria es ántes que todo.

IX.

Muy perentorias deben ser siempre las ocupaciones del baron de la Esperanza, porque el eclipse de su importante persona se efectúa cuantas veces lo pone públicamente la casualidad en presencia de doña Toribia, de don Pablo y de Dolores. Yo respeto su vida privada; acaso en el santuario del hogar doméstico esté atareadísimo noche y dia, por más que nunca se haya sabido en qué; pero fuera de él, seria calumniarlo suponer que se ocupe en cosa alguna; baste observar que ni siquiera tiene que asistir á una oficina; que no es empleado.

Existencia tan fatigosa y tan útil nada influye, sin embargo, en el cumplimiento de promesas hechas á la familia de don Pablo No; y algun elogio merece el hombre que, en medio de sus graves tareas (pues doy por supuesto que el baron está contínuamente *cocido en obra*), hace un momento de lugar para dedicarse á cosas de menor cuantía. El baron, que no pudo pelar naranjas, ni cascar piñones en el paseo del Campo del Moro, habia mandado tiempo atrás con el prudente Crisóstomo media carga de piñas de *sus* pinares, para doña Toribia y Dolores, amen de otras varias finezas que les hizo, como pastillas, caramelos, etc., con gravámen de su escuálido bolsillo.

Don Pablo, á pesar de no haber saludado jamás un libro de astronomía, pretende suplir con su natural instinto la falta de tan provechosos conocimientos, y explicarse los frecuentes eclipses del astro que ha aparecido en el horizonte de su casa; pero hasta la noche de que voy á hablar, los esfuerzos de su imaginacion no dieron otro resultado que vagas sospechas y conjeturas.

Sintiéndose él y su consorte aliviados de sus respectivas dolencias, acuerdan ir al teatro del Príncipe, cuyos carteles anuncian la representacion de *El pelo de la dehesa*. Dicho y hecho: un cuarto de hora ántes de encenderse la lucerna, ocupa la familia de No tres butacas de una de las primeras filas. A la derecha de doña Toribia queda una vacía, al principiarse la comedia, y vacía sigue durante el primer acto. Como á cosa de la mitad del segundo, óyense los pasos de un nuevo espectador; este espectador no es otro que el baron de la Esperanza, el cual acaba de pagar en dinero contante y sonante, en el despacho de billetes, el precio justo y cabal de la butaca vacía.

¡Aquí de los sudores del baron, al encontrarse con la familia de No á la izquierda, y con la del duque de***, conocido suyo, á la espalda! ¡Aquí de sus angustias, al tener que hablar y sonreir á doña Toribia, que á cada chiste de los personajes de la escena rompe, ya en exclamaciones frecuentes de júbilo, ya en ruidosas carcajadas que

atraen hácia ella la atencion de la concurrencia!

La mujer y la hija del duque felicitan en voz baja á su noble amigo, así que cae la cortina, por lo mucho que goza; á lo cual contesta él, en alta voz, que no obstante las apariencias, sufre extraordinariamente, pensando en un primo suyo recien sacramentado, y á quien va á ver sin demora y á velar toda la noche. En efecto, despídese en seguida de las personas mencionadas, y la suya desaparece ántes de levantarse el telon.

—¿Sabes lo que digo?—pregunta don Pablo á su mujer, luégo que los dos se quedan á solas en su casa.—Pues digo que el tal baron de la Esperanza se ha figurado, como la marquesa de la comedia, que yo soy una especie de don Frutos Calamocha, y lo que busca son mis cuartos. Ese hombre se avergüenza de nosotros, huye de nuestro lado cuando hay quien le observa; es un trapisondista de los largos.

Estas observaciones, mil veces hechas ya por el comerciante, adquieren, despues de ver la célebre obra del Terencio español, tal carácter de verosimilitud, que doña Toribia se queda pensativa; pasado un instante, responde:

—Con todo, no hay que aventurar malos juicios; dejemos al baron que se explique, y en el caso de que nos pida la mano de Dolores, veremos si nos conviene ó no este partido.

—Repito que no nos conviene.

—Eso es hablar de la mar.

— El que nos conviene es Crispin, á quien hace tiempo miras de mal ojo. ¿Ha de ponerse el baron á despachar cominos y bacalao? ¿Querrá levantarse con el dia, para abrir la tienda?... Pues si le mandamos barrerla, como á Crispin, puede que nos arroje la escoba á la cabeza.

— ¡De modo y manera que si un señor como él ha de hacer lo que Crispin!

— Lo que yo quiero y necesito es un hombre honrado y cuidadoso de mi hacienda, en quien descansar enteramente, para que la casa que á fuerza de tiempo y de trabajo he ido levantando no se venga al suelo.

— ¡Vaya, vaya, Pablo! ¡Bien nos gustaria que llamasen baronesa á Dolores!

— Toribia, cada oveja con su pareja. Yo no me pongo en ridículo por todas las baronías del mundo; y haces mal, muy mal en llenar de humo la cabeza de la chica. ¡La fortuna, que ella no tiene vanidad, pues si la tuviese!...

X.

La amabilidad de doña Toribia con el baron; el rubor, la timidez y el silencio de la jóven (únicas respuestas que Dolores ha dado hasta ahora á las galanterías y lisonjas de éste, el cual las convierte en sustancia), no ménos que la eterna

jovialidad de don Pablo, son los motivos principales que afirman á nuestro héroe en su idea de que todo le sale á pedir de boca y de que es llegado el dia de recoger el anhelado fruto.

Esmérase Crisóstomo en la limpieza de la ropa de su amo, y una carretela descubierta, *propiedad* del baron miéntras pague el alquiler, y arrastrada por dos caballos, no muy fogosos, pero que parecen lo contrario, conduce al pretendiente hasta la casa de No.

El plan del baron consiste en hacer la demanda, primero á la madre de Dolores; una vez obtenido su consentimiento, emprenderla con don Pablo, que es de suponer no le niegue el suyo: la docilidad de la muchacha le responde de lo demás.

Para abreviar, diré que doña Toribia recibe con mil amores su peticion; la chica asegura que ella no tiene más voluntad que la de sus padres.

Falta don Pablo. Su misma cónyuge, con más ligereza de lo que permiten la mole de su cuerpo y la pesadez de sus piernas, que por su desarrollo excesivo deben ser dos guarda-cantones, se dirige á la escalera, la cual, como sabe el lector, termina en la tienda, y desde allí, desde lo alto, dice á su marido que suba.

Un «allá voy» de don Pablo la hace retirarse y tomar nuevamente posesion del sofá, que cruje al recibir la carga de su cuerpo.

Pero el comerciante no sube; por cuya razon

la anciana repite hasta tres veces la llamada.

Finalmente, preséntase don Pablo en la sala, seguido del perro, que da furibundos avances al queso atado en la punta del bramante, el cual obedece al movimiento alternativo de alza y baja que don Pablo le comunica con singular destreza, para tormento del animalito y recreo suyo.

—Señor don Pablo,—dice el baron, yéndose derecho al grano,—usted debe haber conocido las rectas intenciones con que frecuento su casa; yo aspiro á la dicha de pertenecer á su familia, y sólo de usted depende ya la realizacion de mis esperanzas.

—Sí, en efecto, me figuro qué intenciones son las de usted,—exclama el comerciante, con afabilidad suma.

—¡Yo amo á Dolorcitas!

—Sea enhorabuena.

—He consultado á su señora madre...

—¿Y qué?

—Me otorga su beneplácito para... en fin...

—¿Y lá niña?

—Se abandona á la voluntad de su querido padre.

—Mire usted, señor baron,—exclama de repente don Pablo,—yo soy muy formal y muy claro en todas mis cosas.

—Lo mismo que yo: la claridad y la formalidad son precisamente los distintivos principales de mi carácter.

—En ese caso, creo que nos entenderemos pronto...

—¿Quién lo duda?—prorumpe con júbilo el baron, dando ya por concluido el negocio.

—Mi costumbre de mirarlo todo bajo el punto de vista comercial, me servirá de disculpa si aparezco interesado al interrogar á usted, á mi manera, sobre ciertas particularidades: algo ha de perdonarse al cariño de un padre.

—No diga usted algo, don Pablo: ¡todo! ¡todo! Yo no me paro en pelillos.

—Pues bien; permítame usted que le pregunte, en primer lugar, con qué medios cuenta para mantener á mi hija.

Esta sencilla pregunta cae sobre el entusiasmo del novio como si lo echasen encima un jarro de agua de nieve.

—¿Con qué medios cuento, eh?

Don Pablo sube y baja el bramante, y el perrillo brinca y baila que se las pela.

—Exacto,—dice el comerciante.

—Si hubiera de enumerarlos circunstanciadamente, le privaria á usted de un tiempo precioso para atender á sus obligaciones.

—No le detenga á usted ese escrúpulo.

—Señor don Pablo, no soy amigo de abusar de nadie, y no abusaré de usted. Además, el temor de que nos falte para vivir, jamás ha pasado por mi mente; ofenderia á usted con sólo imaginarlo.

—¡Gracias!

—Es justicia, don Pablo.

—¡De manera que vivirá usted de sus rentas! ¿eh? ¿No tendré yo necesidad de distraer ni un maravedí del capital que poseo, para dotar á Dolores?

—Usted puede hacer lo que guste, señor don Pablo; yo en este punto, ni entro, ni salgo; únicamente me permitiré indicar que convendria, aunque sólo fuese por el qué dirán... ¡porque la sociedad es tan exigente!

—¿Qué es lo que convendria?

—Que señalase usted á Dolorcitas una... pero ¿quién habla de esto? Usted habrá pensado ya en lo costoso que es llevar decorosamente un título de nobleza; porque el carruaje, la servidumbre, el veraneo, en fin, el tren, el boato, la... ¡Ah! se me olvidaba: hemos de disputar dos pingües mayorazgos, que hoy disfrutan personas del todo extrañas á mi familia; sí, señor, les pondremos la ceniza en la frente, armados, usted con su numerario, y yo con mi derecho.

—Yo soy moro de paz.

—Pues no pleitearemos.

—Lo que es por mi parte, no.

—Igualmente por la mia; yo á todo me avengo.

—Sin embargo, á veces hay que pleitear á la fuerza.

—Es indudable.

—Figurémonos que mañana, al volver usted

á su casa, se encontrase con una citacion judicial por deudas, por... ó bien que se presenta á usted un acreedor furioso...

—¡Ya! ¡Si yo me hallara en el caso que usted supone! Pero ni yo debo un cuarto, ni mi administrador permitiria que nadie... ¡bonito es él para...! Además, el deber no es un crímen; al contrario, en la sociedad de buen tono, el no deber es sinónimo de no tener: este axioma, bien considerado, es más profundo y más exacto de lo que parece: ¿por qué no debe un pordiosero? porque no tiene, ó porque su caudal es negativo; tiene, pero es miseria. El crédito es oro; si yo tengo crédito, poco me importará no tener un duro en el bolsillo.

—Mirada la cuestion bajo ese aspecto, señor baron, usted debe ser poderoso.

—No comprendo.

—¿Sabe usted por qué no he subido yo ántes aquí?

—Tal vez el asma...

—No hay tal asma, felizmente; no he subido, por evitar un escándalo en la puerta de mi casa, pues han venido tres personas á reclamar de usted cantidades que dicen se niega á satisfacerles; gracias que, al fin, los he aplacado con buenas palabras.

—¡Qué osadía y qué infamia!...—prorumpe el baron, poniéndose pálido como un difunto. —Y aun cuando fuese cierto, que no lo es, ¿por

qué no han visto á mi administrador, que es quien maneja mis intereses? ¿Ha de estar uno en todo? Entónces ¿para qué sirven los criados?

—Dícen que han visto á un salvaje que se llama apoderado de usted, el cual los llenó de improperios, y aun los amenazó con echarlos de allí á palos.

—Si en efecto han pasado así las cosas, lo siento. ¡Es tontería! ¡No puede uno fiarse de nadie! Supongo, señor don Pablo, que usted no daria crédito á los imprudentes que...

—Dispense usted, señor baron, uno de ellos es amigo mio, persona incapaz de mentir.

Doña Toribia está horrorizada; Dolores mira con ojos de piedad al novio.

—¡Yo bajaré! ¡yo!...—exclama el baron, aparentando terrible cólera; presume que los acreedores ya no estarán en la tienda, pero se hace el desentendido.

—No los encontrará usted; responde el comerciante, comiéndose la partida.

—¡Es que yo!... ¡Vive Dios!...

—Acabemos, señor baron: aquí todos estamos contentos con nuestra suerte; si usted quiere casarse, busque una jóven de su clase y olvide á Dolores, que no pretende salir de la esfera en que ha nacido, y que, Dios mediante, se casará con Crispin.

—¿Con quién?... ¿Con ese mancebo tan...? —pregunta el baron, escandalizado.

—Sí, señor, con ese mancebo tan... Desdéñelo usted; compadezca, si le place, nuestra cuna, nuestras costumbres, nuestros modales, nuestra ignorancia, nuestra industria; laméntese de que no nos decidamos á renunciar á ellas por el porvenir que nos ofrece: yo le contestaré con el adagio: *Mi marido es tamborilero; Dios me lò dió y así me lo quiero.*

El baron vacila entre replicar ó no al comerciante; pero comprende que le han conocido el juego, y prefiere ausentarse, viendo en el higuí, que tanto solaz proporciona á don Pablo, una especie de sátira de sus codiciosos deseos; con la diferencia, de que el perro atrapará al fin las cortezas de queso atadas en el cabo libre del bramante, y él roerá el hueso de un desengaño. El bajel de su *Esperanza* se ha estrellado contra el escollo de un *No*, en el instante mismo de ir á entrar en el puerto.

FIN.

CUAL ES LA CAMPANA,

TAL LA BADAJADA.

CUAL ES LA CAMPANA, TAL LA BADAJADA.

I.

Todavía no habrán olvidado los habitantes de Valencia el naufragio de la goleta *Redencion*, acaecido hace años á vista de la ciudad. Un furioso vendaval, seguido de truenos y relámpagos, que durante la noche habian iluminado la pavorosa tiniebla del cielo y los abismos del mar (siendo los preludios, digámoslo así, de la trágica escena que horas despues debia representarse á corta distancia del puerto), habia sacudido con sus gigantescas alas el frágil buque, desmantelándolo y desarticulándolo de tal suerte, que las olas se metieron con rabiosos aullidos por el casco, saltando luégo por encima de la popa y de la proa, y retorciéndose sobre cubierta como una manada de hambrientos lobos en busca de presa.

Gritos, lágrimas, ayes, sollozos, blasfemias, oraciones, nada logró apaciguar la asoladora furia de la tormenta, igualmente sorda á las maldiciones del marinero curtido por la intemperie y los trabajos, que á las tiernas súplicas de la madre que contra su pecho estrechaba las prendas de sus entrañas. A un rugido del golfo, sal-

vaje, profundo, atronador, en el que habia condensado la tempestad todas sus iras, abrió el abismo su tumba, precipitándose á ella la goleta, con la rapidez de la bala que se hunde en un pecho, y el agua sirvió poco despues de sudario y de losa á la mayor parte de la tripulacion.

Los marineros del puerto y las familias de pescadores albergadas en diversos puntos próximos al de la catástrofe, volaron en socorro de los náufragos, logrando arrancar algunos á la muerte, no sin gran riesgo de sus propias vidas. Pero entre todos ellos, el que se distinguió singularmente, fué un jóven de fisonomía simpática, gallarda presencia y robustez hercúlea que, arrojándose varias veces al agua, nunca volvió á tierra, sin sacar á salvo, ya un bulto de valor, ya (y esto era lo importante) el cuerpo de un náufrago.

La última presa que este bravo leon de la caridad hizo en el espantoso desierto que tanto le conocia, fué un niño de seis á ocho años que nunca habia ya de volver á sentir en su boca el dulce calor del beso maternal, porque su madre (que horas ántes lo arrullaba sobre su regazo) ya no pertenecia á este mundo. Los rubios cabellos, corona de su cabeza de ángel, que, oreados, debian formar brillantes y copiosos rizos, pegábansele ahora húmedos y aplastados á la cara, cubriéndole los ojos á manera de velo fúnebre, y evitándoles piadosamente el espectáculo que otros, más serenos y varoniles, con inmenso dolor contem-

plando estaban. Pegada tambien al cuerpo de la infeliz criatura, una blusita azul de algodon en mal uso (indicio, con el resto del traje, de un estado próximo á la indigencia, sino eran la indigencia misma), dibujaba las bellas y robustas formas de ese desarrollo inexplicable y propio de los niños pertenecientes á la última clase del pueblo, privados por lo comun de aire, de luz, de pan, de abrigo, y á veces, hasta de los dulces afectos que otros encuentran en el seno de la familia.

Vicente, que así se llamaba el pescador, llevóse el niño á su barraca, cuyo pardo techo de troncos de árboles y de cañas, á pocos pasos de la orilla del mar se distinguia, y allí lo presentó á Piedad, su mujer; quien, con lágrimas de compasion y mil extremos de cariño, lo recibió en sus brazos, apresurándose á ponerle ropas secas, aunque pobres. Momentos despues, sus dos hijos, el mayor de los cuales apénas sabia hablar, jugaban ya con él y reian locamente, ignorantes así ellos como el huérfano, de lo que fuera de aquel estrecho recinto habia pasado.

Rafael, es decir, el náufrago, exclamaba de tiempo en tiempo:

—¿Y mamá? ¿Dónde ha ido? ¡Quiero verla!

Y entónces una nubecilla de pesar oscurecia el brillo de sus ojos, y entónces solia volverlos á todas partes, buscándola con ellos, y terminando siempre con un: «¡Vaya, no te escondas, mamá!»

especie de estribillo que hacia reir á sus inocentes amigos; á quienes luégo, con volubilidad infantil, acompañaba en sus risas, sin saber por qué; pues ni los hijos del pescador entendian el castellano de Rafael, ni Rafael entendia palabra del valenciano, que mal chapurraban aquéllos: quizá éste, y no otro, fuera el orígen de la comun diversion y bullicio.

II.

En la madrugada siguiente á la noche del naufragio, salió en carruaje la hermosa Margarita, marquesa del Alcázar, á dar una vuelta por la playa, ántes que el calor se dejara sentir. Tendria á la sazon cuarenta años; pero su rostro conservaba la frescura de la primera juventud. Resto único de una familia opulenta, casada con un caballero de los principales de Valencia (que agregó al dote de su esposa un crecido caudal), y sin sucesion en veinte años de matrimonio que mermase su mucha riqueza, vivia con un fausto verdaderamente oriental, viéndose halagada por todos los placeres y comodidades de la vida. ¿Era feliz Margarita? En medio de su opulencia y de su contento ¿no habia suspirado nunca, sintiendo en el fondo de su corazon la pena de un vacío inexplicable? La sonrisa de su boca, delicada-

mente entreabierta como un capullo de rosa cuando recibe el rocío de la noche, y la sonrisa de sus ojos azules, que fulguraba entre los párpados como un rayo de sol entre nubes, responderian que era feliz, y responderian la verdad: lo era, pero á su modo. ¿Consiste la felicidad, segun se entiende vulgarmente, en otra cosa que en la satisfaccion de las más groseras necesidades de los sentidos? No, ciertamente; pues bajo este punto de vista la consideraba Margarita, y por lo mismo digo que era feliz.

Desde el momento de aparecer el mar ante su vista, divisó á la derecha del camino que seguia, gran tropel de gente apiñada en un punto de la playa. La fatal nueva del naufragio se habia esparcido en la ciudad desde muy temprano; así, pues, el primer pensamiento que le ocurrió fué que las olas habrian depositado en la tierra los frios restos de alguna víctima ó de la goleta *Redencion*. Movida por la curiosidad, mandó al cochero que dirigiese hácia allí el carruaje, el cual á los diez minutos se detenia para apearse la marquesa.

Las olas, ya amansadas, saltaban sobre la arena como blanquísimos rebaños de ovejas, que triscan buscando yerba en que apacentarse: la lentitud de su movimiento cadencioso tenia la monótona y poética solemnidad de todos los grandes espectáculos de la Creacion.

Iris levantó su inmenso arco de colores sobre

la superficie tersa del Mediterráneo, que le servia de pedestal, y el sol penetraba por él como un guerrero que viene del campo de batalla, coronado con el laurel de la victoria.

Cuando llegó Margarita se habian llevado ya de la playa seis cadáveres, no quedando más que un anciano, cuya débil respiracion y algunos movimientos convulsivos eran las únicas señales de no haberse extinguido totalmente en él la llama de la vida.

Acercóse Margarita, y preguntando á un marinero cómo no retiraban aquel náufrago, le respondió que esperaban unas parihuelas para conducirlo al hospital. Entónces ella ofreció su carruaje, y llamando al cochero, le mandó llevar el anciano á su propio palacio, en donde se le suministrarian los auxilios convenientes. Dos robustos mozos cargaron, pues, con el cuerpo, y colocándolo en el coche de Margarita, al cual subió en seguida ella, ántes de una hora ya el anciano, recobrado el conocimiento, bendecia con palabras de profunda gratitud la accion de la marquesa; palabras que ésta no oyó, por no hallarse presente en aquel entónces. La noble dama pasó el resto de la mañana recibiendo visitas, la tarde durmiendo la siesta, y la noche en una reunion, en donde se divirtió como nunca, sin que un recuerdo del náufrago arrugase una vez siquiera la tersura de su hermosa frente; con todo, ántes de irse á la cama, preguntó por él á uno de sus laca-

yos, que la informó tambien del estado de Coral, perrito de aguas herido en una oreja.

Los periódicos de Valencia dieron cuenta de la catástrofe, elogiando, en general, la conducta de las autoridades, de los marineros y de cuantas personas habian acudido á socorrer á los náufragos; pero sin particularizarse con nadie, más que con la marquesa. La marquesa fué la heroina, la santa, el ángel salvador. Se le dedicaron versos, diósele una serenata, y aun por algun cerebro cruzó la idea de abrir una suscricion para erigirle una estátua con leyendas que eternizasen el hecho aquel, y sirviesen de estímulo y ejemplo, así á las presentes como á las futuras generaciones. Habia cedido un sitio en su coche para colocar un cuerpo, habia mandado depositar este cuerpo en un angosto y oscuro chiribitil de su palacio, y hasta preguntó una vez por el náufrago y por el interesante Coral.

Vicente, sin que nadie se acordara del santo de su nombre, siguió remendando redes, y saliendo al mar en busca de una pesca que no siempre entraba en ellas, dispuesto á lanzarse á las olas si ocurrian nuevos naufragios, y adoptar huérfanos, aunque para ello hubiera de quitar de la boca de su familia el pan, con tanto peligro ganado.

III.

Al naufragio de la goleta sucedió, con breve intervalo, la invasion del cólera-morbo en Valencia. Margarita, despues de muchas cavilaciones y consultas con tres médicos, y de pesar los inconvenientes y las ventajas que ofrecian la permanencia y el abandono de la ciudad, resolvióse á seguir en ella, juzgando que era lo mejor que podia hacer.

El anciano, humilde labrador de la huerta de aquella provincia, no se hallaba aun completamente restablecido á la sazon; molestábale, sobremanera, la herida que recibió chocando contra una roca; herida que, particularmente de noche, le obligaba á exhalar algunos ayes.

Sabedora de esto Margarita, alarmóse en términos de creer al enfermo atacado de la epidemia reinante, y llamando al que le asistia, le dijo:

— Es preciso que ese buen hombre parta sin demora; su familia estará inquieta; además, el cólera ha invadido la ciudad, y si le sucediese aquí una desgracia, quizá se creeria que le habíamos abandonado.

El lacayo obedeció; vistióse el enfermo, y ántes de partir quiso despedirse de la marquesa.

— No, no hay necesidad; la señora se halla indispuesta y no recibe; pero le haré presente los deseos de usted.

—En ese caso, dígale usted de mi parte, que jamás olvidaré lo que le debo, y que en cualquiera ocasion que me necesite, aunque poco valgo, seré capaz de perder por ella la vida; dígale usted tambien, que siento en el alma salir de su casa, sin haber tenido el gusto de verla; pero que así que vuelva á la ciudad, he de presentarme á ella con mi mujer y mis hijas, si me lo permite, para que conozcan y bendigan á mi bienhechora.

—Pierda usted cuidado; así se lo repetiré, sin quitarle punto ni coma.

El lacayo entregó al enfermo una pequeña suma para el viaje, y el cuartito que abandonaba fué luégo aseado, ventilado, y fumigado de órden de la marquesa, ni más ni ménos que la habitacion en que fallece un colérico.

Un periódico anunció de esta manera el hecho que acabo de referir: «En uno de nuestros últimos números dimos cuenta del rasgo caritativo de la excelentísima señora marquesa del Alcázar, quien como no habrán olvidado nuestros lectores, condujo á su palacio, en su mismo coche, el cuerpo exánime de uno de los náufragos de la goleta *Redencion*. La ilustre dama, no satisfecha con esto, ha prodigado al enfermo, con el cariño y el interés que la caracterizan, toda clase de consuelos, asistiéndole dia y noche en persona hasta verlo fuera de peligro; pero hé aquí que, cuando aquél se disponia á partir para su pueblo, un ataque de la epidemia reinante volvió á pos-

trarlo en el lecho del dolor, teniendo otra vez la fortuna de ser arrancado de las garras de la muerte por la mano de su ángel tutelar, de la virtuosa Margarita, gloria de su sexo y honra de la aristocracia valenciana. Así, y sólo así es como comprendemos nosotros la caridad; así, y sólo así es como deben dispensarse los beneficios; de ningun modo mejor pueden emplear su fortuna las personas que ocupan los puestos más altos en la sociedad.»

IV.

En tanto que esto sucedia en casa de la marquesa del Alcázar, el cólera invadió *de véras* la barraca de Vicente el pescador. El primer atacado fué Rafael, cayendo uno tras otro sus dos compañeros.

Imposible seria pintar la desolacion del miserable albergue; porque en él, no sólo penetró el terrible huésped, sino que el hambre ejercia tambien sus estragos. Vicente pasaba horas y horas del dia y de la noche en el mar, de donde tornaba fatigado á la barraca, y muchas veces con la red casi vacía. Piedad no se daba barro á mano, ocupada siempre en la asistencia de los tres niños, sin rendirse, ni quejarse: diríase que las adversidades centuplicaban sus fuerzas. Y no sólo no se rendia, ni se quejaba, sino que, en ocasio-

nes, miéntras Vicente cuidaba de los niños, hacia ella sus escapatorias á las barracas de la vecindad, igualmente invadidas, y en las cuales su presencia y su ánimo varonil infundieron valor á los atacados.

La marquesa daba limosnas en metálico, en ropas y en medicamentos por conducto de un lacayo, sin el menor sacrificio de su bienestar; la mujer del pescador no podia desprenderse ni de un maravedí, porque, á su vez, necesitaba de la caridad pública y privada; pero, en cambio, llevaba sus consuelos y su asistencia personal á los que los habian menester: aislábase Margarita en su magnífica morada, cortando así toda comunicacion con la gente de fuera; Piedad salia de un foco de epidemia para entrar en otros, como si estuviese en ellos su atmósfera vital; y, en efecto, aquel aire envenenado, las emanaciones de aquellas bocas heladas por la agonía, devolvian, al parecer, á su rostro algo marchito por la miseria, pero bello, la juventud lozana de sus verdes años. La marquesa, haciendo un esfuerzo increible, visitó una tarde la casa de un vecino suyo, convaleciente de tercianas, en la cual permaneceria cosa de diez minutos, sin dejar un solo momento de oler un frasquito desinfectante. El periódico á que anteriormente he aludido, trasformó con la mayor sencillez la casa aquella en hospital, y el vecino tercianario en colérico; estirando de tal modo los diez minutos que, á poco

más, los convierte en horas. La marquesa apareció, pues, como otra Santa Isabel, reina de Hungría.

V.

Luégo que hubo desaparecido la epidemia, y ocho dias despues de cantarse el *Te Deum*, entregóse la gente á sus faenas y alegría habituales.

No fué Margarita, por cierto, la última á manifestar el contento en aquellas circunstancias; muchas de las personas acomodadas, que de miedo habian huido de sus hogares, iban tornando; los salones recobraron su animacion, y el palacio de la marquesa abrió sus puertas á multitud de familias de la alta sociedad, invitadas al baile-concierto con que Margarita quiso obsequiarlas.

Como á la mitad de la fiesta, las señoras, acompañadas ó conducidas del brazo por los caballeros, pasaron de la sala á otra habitacion en donde les esperaba un espléndido *buffet*. Casi todos los caballeros se abstuvieron entónces de tocar los dulces, los manjares, los vinos y los helados que cubrian la mesa, y en cuyos ángulos, magníficos ramilletes de flores, como en Valencia saben hacerlos, así servian de adorno, como llenaban de suaves perfumes la estancia. Pero no bien dejaron en la sala sus parejas, los caballeros, lanzándose

en tropel á la mesa, hicieron el destrozo más horrible que imaginarse puede. Los aficionados á los sólidos, ensañáronse cruelmente en el jamon en dulce, en el jabalí, y otros manjares suculentos: los bebedores, vaciaron botellas, hasta ponerse (valiéndome de una frase vulgar) en disposicion de llamar á Cristo de tú: el estómago de cada goloso quedó hecho una confitería, no poco surtida, almacenando tambien en los bolsillos razonable cantidad de dulces: los temperamentos fogosos, calmaron sus ardores con delicados sorbetes y horchatas; en suma, cada cual por su estilo sacó en aquella noche memorable la tripa de mal año. Era toda la venganza que podian tomar contra el cólera.

Hallábanse entre los concurrentes, dos mancebos que aspiraban á la amorosa correspondencia de una de las muchachas más lindas. Uno de ellos habia recibido ya dos ó tres desaires de ella, que debieron hacerle desistir de sus pretensiones; pero sea que su pasion fuese mayor que su prudencia, sea que tratase de vengar su contrario sino en la honra de la doncella, habíala calumniado groseramente, mintiendo favores que la desconceptuaban, y que, aun siendo efectivos, ningun alma noble los arroja á la publicidad para pasto de la maledicencia. El otro, sorprendiéndolo casualmente en ocasion de hacer á un corrillo de jóvenes esta confidencia, al tiempo de pasar del *buffet* á la sala, llamóle aparte, le dijo

unas cuantas palabras al oido, y en seguida volvieron entrambos al baile, permaneciendo en el palacio de Margarita hasta la conclusion de la fiesta.

Al dia siguiente, el calumniador abandonaba la ciudad, y su rival fué trasladado, con una herida grave, á su casa, desde el sitio donde se habia verificado un duelo entre los dos.

El mayordomo de la marquesa, no obstante su vigilancia y la de los criados, echó de ménos al recontar la plata del *buffet*, media docena de cucharillas y una bandeja. Escamoteo hubo indudablemente; pero se hizo con sutileza y maestría tales que, segun el mayordomo, casi se quitaban las ganas de enfadarse.

Lo que se habló en Valencia de la amabilidad, finura, y elegancia sumas de Margarita y de las demás señoras y caballeros que disfrutaron las delicias de la fiesta (la cual, por supuesto, segun las estereotipadas frases de costumbre en semejantes casos, dejaria un *recuerdo eterno en cuantos tuvieron la fortuna de concurrir á ella*) mereceria ocupar aquí grande espacio, si no lo impidiera la sobriedad que me he propuesto al describir este cuadro. Añadiré, que del escamoteo de la plata se hizo caso omiso, y que fué muy sentido el duelo de los dos jóvenes, flor y nata de los caballeros, atribuyéndose á mil causas, ménos á la verdadera, el orígen del accidente.

VI.

No sucedió así respecto de la *paella* y del baile con que, á orilla del mar, celebró la familia de Vicente el mismo acontecimiento que la marquesa: la desaparicion del cólera.

Lo que hubo allí, realmente, fué mucho alborozo, mucha cordialidad, y mucho movimiento de mandíbulas durante la *paella*, y de piernas durante la danza; pero de ninguno de los concurrentes se dijo que hubiera dado señales de hambron, no echándose tampoco de ménos utensilios ni manjar alguno, por apetitoso que fuese. Sólo uno de los bailarines se trabó de palabras con otro que le habia dado un pisoton al ejecutar una cabriola, pasando luégo á vias de hecho, impelido más por efecto del vino (que aunque flojo, adquirió todas las condiciones de peleon á poco de trasegarlo de la bota á su cuerpo, no acostumbrado á la bebida), que por efecto de ningun bajo motivo. Una palabra saca á otra, y á veces, como sucedió entónces, saca un instrumento mortífero: cada uno de los dos amigos (pues lo eran) echó mano á su correspondiente navaja; y despues de varias acometidas y brincos para adelante y para atrás, el beodo recibió un rasguño en la cara, que apénas si merecia el nombre de cardenal. Sin embargo, los chillidos y las corridas de las mujeres atrajeron una pareja de civiles é infinidad de cu-

riosos, que hubieron de retirarse á poco, sintiendo de seguro el escasísimo interés que habia ofrecidò el combate, más cómico que trágico, pues que no corrieron arroyos de sangre, y los gestos y ocurrencias del pobre beodo, solamente á la risa y á la chacota se prestaban.

La noticia de este hecho, que tenia las proporciones microscópicas de un cañamon, rodó por la ciudad, enormemente abultada. Hubo quien lo calificó de motin sério; los más crédulos, aseguraron que unos cuantos séres despreciables, andrajosos, bebidos y mal hablados, pertenecientes á la hez de la sociedad, sin modo de vivir conocido, y sobre quienes la autoridad debia ejercer una vigilancia incesante, habian alarmado á las personas pacíficas que á aquellas horas paseaban por el sitio de la pendencia, y que los vieron empeñados en una lucha salvaje, de la cual resultaron una porcion de muertos y heridos.

VII.

El labriego se portó desde su llegada á la aldea como hombre agradecido. Las primicias de su escasa hacienda eran exactamente enviadas á la marquesa del Alcázar. Remitíale unas veces, cuando él no iba á la ciudad, ya una docena de huevos acabados de poner; ya el par de pichones

ó de pollos de gallinas más hermosos; otras, la carga de escogidas legumbres, ó la cesta de uvas. Pues ir él ó sus hijas á Valencia sin presentarse á Margarita (que no se desdeñaba de recibirles, despues de hacerles pasar dos horas mortales de antesala y de responder á sus palabras con tal cual monosílabo), no se verificó una vez siquiera.

Y no se satisfacia el labriego con estas demostraciones que, por cierto, le costaban caras, atendida la escasez de su fortuna: habíanse despertado en él ambiciones que, por su enormidad, le parecian irrealizables: soñaba, nada ménos, que con la honra de hospedar en su casa á la excelentísima señora marquesa del Alcázar, si por ventura ésta se resolvia á visitar la aldea; á efectuarse la visita, quizá se hubiera empeñado él hasta los ojos, so pena de no salir airoso y de cargar su conciencia con un remordimiento eterno. Y era tanto más plausible esta noble manera de pensar del labriego, cuanto que no le conducia ninguna mira interesada.

Sonreíase al principio con bondadosa indiferencia Margarita, siempre que le anunciaban la remesa de un regalo; con el tiempo, llegaron á molestarle un poco semejantes pruebas de gratitud, por parecerle ya demasiado oficiosas é importunas; así es que, en cierta ocasion, al manifestarle su mayordomo que el labriego habia dejado para ella cuatro cestillos de fresa, exclamó:

— ¡Qué mosca de hombre! ¡Si se figurará que hágo el bien para que me lo paguen!

A lo cual respondió el mayordomo:

— ¡La educacion, señora, todo es efecto de la educacion! ¡Hay personas que creen favorecerle á uno cuanto más le ofenden!

VIII.

No se portó Rafael como el labriego. Piedad, viéndole niño, débil, huérfano y desvalido, hizo por él lo que acaso no harian todas las madres: amarlo casi con tanta ternura como á sus propios hijos. Llamábanlo en la barraca y en la vecindad *el Indio*, por que él, no sabiendo decir cuando lo recogieron despues del naufragio de la goleta *Redencion* cuál era el pueblo de su naturaleza, respondió vagamente que habia nacido en las Indias. El demasiado mimo, ya que no la compasion de Piedad y de Vicente, le perdió. Su carácter dulce y sumiso, trocóse en áspero y rebelde; sus instintos generosos y la fraternal simpatía hácia sus dos compañeros, modificáronse, apareciendo en todos sus actos y palabras como señales de pasiones aviesas. No una vez, muchas, maltrató á los hijos de sus padres adoptivos, atribuyéndoles, además, dichos y hechos punibles, cuyo autor era él solo. ¡Cuántas veces desapareció

parte de los exíguos ahorros que Vicente, á fuerza de penalidades y de privaciones, habia logrado reunir, cuya falta achacó Rafael á sus hermanos! ¡Cuántas otras, encargado por Vicente de ir á vender la pesca, volvió á la barraca sin pésca y sin dinero, por haberlo perdido en el juego, diciendo que se lo habian robado! Y no obstante, la inagotable clemencia de Piedad siempre encontraba pretextos para disculpar su conducta.

Decia, por ejemplo, á su marido:

—Él se enmendará.

—Harta desgracia es no tener padres.

—Es aturdido, es travieso, pero no malo.

—¡Cosas de la edad!

La única vez que osó Piedad amenazarlo, saliendo de la barraca detrás de él, porque le habia dado el nombre que se da á las mujeres públicas, se armó un coro de murmuraciones entre ciertas vecinas, para quienes aquélla no era santa de su devocion, que no parecia sino que se tratase de una fiera.

Dijeron, pues, entre otras cosas, que era peor que una mala madrastra; que si mantenia al Indio lo hacia por la utilidad que su trabajo reportaba á ella y á su marido; que el muchacho se iba quedando en los huesos, siendo de niño como un sol; que lo tenian hambriento, miéntras los otros dos galopines se regalaban á lo príncipe; que el pescador y su mujer maltrataban cruelmente al huérfano, porque el pobrecito no podia

defenderse de toda la familia, y que daba unos quejidos capaces de partir y enternecer el corazon más insensible.

Por donde el lector discreto debe haber inferido ya (si ántes de conocer este *Proverbio* no hubiese parado mientes en la filosofía del que por el pueblo corre) cuán exacto es aquello de que: *cual es la campana, tal la badajada;* es decir, que las acciones son más ó ménos sonadas, segun la calidad del que las ejecuta; y que hasta la moralidad de las mismas se mide, generalmente, por el puesto que las personas ocupan en el mundo, abultándose el valor de los beneficios y rebajándose los defectos en favor de los *grandes*, y al contrario, aumentándose los defectos y rebajándose el valor de los beneficios en contra de los *pequeños*.

No era mala Margarita; pero faltábale al bien que hacia, la sublimidad del sacrificio; no se desprendia de nada de lo necesario; desprendíase, y no con largueza, de lo supérfluo; daba la limosna sola, no daba ni un átomo siquiera de su corazon. ¿Era ésta la mujer cristiana, la mujer santa, ménos aun, la *mujer* segun la concibe el hombre de sentimientos elevados que, aun suponiendo en ella las debilidades propias de su frágil naturaleza, descubre siempre en el fondo de esta misma naturaleza un rayo de su orígen divino, que la anuncia como el ángel del hombre en la tierra; ó lo era la humilde compañera del pescador que,

acogiendo y adoptando al ingrato Rafael, al par que aumentaba la miseria de su hogar y los desengaños de su vida, enriquecia su alma con tesoros verdaderos é inmortales? Adivino la respuesta que en este momento me dá el corazon de mis lectores.

FIN.

CADA CUBA HUELE

AL VINO QUE TIENE.

CADA CUBA HUELE

AL VINO QUE TIENE.

ban su empaque soberbio y su imperial magnificencia. Decian unos:

—¡Anda, hijo, qué hueco va! ¡Habrá que ensanchar las calles para que pase su señoría!

Exclamaban otros, que no habian sabido su llegada:

—¡Calla! ¿No es Ciriaco Salido, el hijo del tio Cleto el Lechuzo?

Llamaban *Lechuzo* al tio Cleto (que en paz descanse), porque, viviendo, habia sido sacristan, y malas lenguas le atribuian la ciega aficion á chupar aceite, que se atribuye á aquel pájaro nocturno; por cuya causa los dos vasos de vidrio verdoso que delante del Santo Cristo de la iglesia debian arder constantemente, ó estaban siempre agonizando, ó apagados tambien constantemente.

Sucedióle Ciriaco en sus funciones, y no hay noticia de que dejase de honrar la fama de su padre. Cabo de vela que caia en sus garras, no volvian á verlo más los altares; la provision del vino para la misa, habia que renovarla más á menudo de lo que debia esperarse; el cepillo de las ánimas se dijo que habia sufrido varios envites de sus manos pecadoras: finalmente, para dar una idea de la altura de sus conocimientos en el latin con que ayudaba á misa, ó del escrúpulo con que pronunciaba las palabras del ritual, baste saber que así que abria la boca para contestar al oficiante, le entraban á éste mortales trasudores. Con

todo, no produciéndole sus industrias y su reconocida aptitud en el desempeño del sacristanazgo lo suficiente para vivir, un dia en que estaba limpiando la iglesia arrojó el plumero, y dijo: «¡A pasar *el charco!*» Y lo pasó.

Ciriaco Salido, pues, en efecto, éste era su nombre, atravesó, sin hacer caso de hablillas, por medio de los curiosos que, ya en la calle misma, ya desde las puertas de sus casas, lo vieron dirigirse á la de un hidalgo que no á muchos pasos moraba, y que le habia convidado á comer.

El hidalgo, viudo, padre de una bella jóven, delicada como una sensitiva, era hombre apreciabilísimo, pero no tenia un maravedí (cosa mala en estos tiempos y en todos), y afligíale en extremo la idea de que, si Dios no mejoraba sus horas, ó habia de entregar la mano de su Cármen á un palurdo cualquiera, ó sin remedio se quedaba ésta para vestir imágenes. Tal era el estado de su fortuna, cuando Ciriaco tornó á los patrios lares, en situacion muy distinta de la del *Hijo pródigo*, puesto que traia llenos de oro los bolsillos, miéntras que el de la parábola del Evangelio habia vuelto lleno de hambre y de andrajos.

Ciriaco, tosco de por sí, habia ido adquiriendo en América, á medida que su riqueza aumentaba, ciertos hábitos de brutal osadía y despotismo, que ni un bajá de tres colas; pero el hidalgo, que aun no le conocia á fondo, se vió en la noche de

su llegada sorprendido por Ciriaco, á las primeras de cambio, con una peticion en regla de la mano de Cármen, y la peticion no era para ser echada en saco roto sin meditarla.

Cármen, con esa mirada perspicaz, segura, de las mujeres de organizacion y sentimiento exquisitos, sin más que verlo entrar, chupando un veguero enorme, en la habitacion donde ella estaba haciendo labor, leyó todo lo que habia dentro de aquel libro tan estupendamente encuadernado, y murmuró:

—No me gusta.

No se paró Ciriaco en semejantes lecturas ni perfiles, y si se paró y le asaltaron dudas relativamente á la correspondencia de la muchacha, diria tambien para sí:

—¡Tengo dinero!

Y dinero, en su diccionario particular, significaba memoria, entendimiento, voluntad, virtud, hermosura, gentileza, modales, valor, importancia y mil cosas más.

Sin embargo, como Cármen le gustaba de véras, como lo mismo fué verla, á orillas del mar, por cierto, en la tarde siguiente á su llegada, el travieso Cupido le habia tomado por sorpresa el corazon, quiso apurar todos los medios de galantería para hacer necesario su amor á la chica, é irreemplazable por el amor de ningun otro mortal. No podia exigírsele mayor sacrificio.

II.

Antes de todo, conviene advertir que el hidalgo habia recibido una carta de un amigo suyo, residente en la Habana, cuyo amigo debia algunos favores á Ciriaco, á quien, por tanto, miraba con el afecto, siempre miope, de la gratitud. Hé aquí el contenido de la carta:

«Señor don Zacarías Lopez Agudo:

»Muy señor mio y dueño: El dador de ésta, don Ciriaco Salido, regresa á España con el objeto de vivir entre los suyos y descansar de las fatigas que le ha costado crearse el capital respetable que lleva, frúto de especulaciones comerciales y de una honradez sin tacha. Es natural de esa villa, persona de excelentes prendas y fino trato, por lo cual deseo le admita entre sus relaciones, dispensándole la amable acogida con que usted siempre me favoreció á mí, seguro de que en ello recibirá singular merced su amigo afectísimo y S. S. Q. B. S. M., — PEDRO NOGALES.»

— ¡Felices, don Zacarías! A los piés de usted, señorita! — exclamó Ciriaco, no bien pisó las primeras baldosas de la habitacion, arrellanándose inmediatamente en una silla, y cruzando una pierna sobre otra.

— ¡Felices! — dijo Cármen, sonriéndose.

—¡Felices, Salido!—repitió el hidalgo, que medio se habia levantado para saludarlo.

En seguida le preguntó:

—¿Qué tal? ¿Vamos descansando de las fatigas del...

—¿Qué es ir descansando? El que tiene dinero no se cansa, don Zacarías, porque lo mismo en mar que en tierra, aflojando el bolsillo, lo que sobra es comodidad. Un buen vapor, una cámara de primera, y un par de criados para que sirvan y cuiden al individuo, allanan todas las dificultades.

—No obstante, en una travesía tan larga el mar puede alboro...

Ciriaco le cortó la palabra, pues, entre otras gracias, poseia la de interrumpir á menudo al que le hablaba.

—¡Qué mar!—saltó, lanzando una densa bocanada de humo, que hizo llorar á sus interlocutores.—¡Qué mar, ni qué ocho cuartos! Nada de mar, ni de travesías largas; no las temo. ¡Vengan rayos! ¡Vengan tempestades! ¿Hay mosca?... Pues basta.

El hidalgo no sabia lo que le pasaba. Por una parte, atribuia á natural franqueza é inofensivo desenfado de su comensal, su manera de producirse; figurábase, por otra, que dependian de una falta completa de educacion tan extraños alardes. Inclináronle, por fin, á lo primero, su carácter débil, su buena pasta y la opinion que de Ci-

riaco tenia una persona tan distinguida y formal como su amigo Nogales.

Distraidos el hidalgo y su hija, aquél en los pensamientos que acabo de manifestar, y ésta en recoger su labor, levantaron de repente los ojos, en que se veia retratada una grande inquietud, y aun Cármen gritó:

— ¡Jesus!

El susto era producido por el derrumbamiento de la humanidad del indiano, quien, al recostarse contra la silla, habia roto el respaldo y dado consigo en tierra.

Acudieron presurosos el anciano y su hija para ayudarlo á levantarse. Don Zacarías dijo:

— ¿Se ha lastimado V.?

— No hay que alarmarse, no hay que alarmarse, no es nada; quien se ha lastimado es la silla; habrá que mandarla al cuartel de inválidos y sustituirla con otra de más aguante. Ya vendrá el reemplazo. ¿He roto una silla? Pues á silla rota, butaca nueva. Yo soy así.

— Vaya, vaya, Salido, no hay que pensar en...

— No admito argumentos, señor don Zacarías; conque... punto en boca, y si no, me enfado.

Todo lo que decia y todo lo que hacia el indiano, figurábasele que era el *summum* de la cortesanía, y un medio seguro de conquistar al hidalgo, que en este punto, como persona bien nacida y hecho á vivir en Madrid en dias prósperos, no dejaba de ser escrupuloso y mirado.

—Voy á ingresar,—pensaba Ciriaco,—en familia de noble alcurnia, y es preciso hac digno de esta distincion. Don Zacarías es po va á gastarse lo que no tiene en obsequiarm no es justo que á este perjuicio se agreguen ot como el de la silla rota.

En cuanto á lo demás, descansaba tranqu Aquel penetrante *¡Jesus!* pronunciado por C men, era indicio harto expresivo, en su concep de que le amaba con una pasion frenética. El insistir don Zacarías en que se dejase de ree plazar el mueble roto, claramente demostr tambien que en su interior le agradecia su of ta; aunque, bien considerado el asunto, mal biera podido insistir el hidalgo en su negati habiéndole interrumpido él, como de costumb sin darle tiempo para acabar de formularla.

En esto llegó la hora de comer, y pasaron otra habitacion, adelantándose el indiano co aquella peregrina llaneza que tanto habia hech pensar al hidalgo.

En el corazon de Cármen cayó entónces una semilla, que fué germinando durante la comida, y que habia de dar pronto hermosísimos frutos.

III.

Hacia un calor sofocante, y aunque el comedor estaba en lo más fresco de la casa, el aire de fue-

ra, colándose por puertas y ventanas, apénas podia respirarse.

En un huertecillo inmediato las cigarras se deshacian á chirriar sobre las copas de los árboles y las hojas de las plantas, anunciando por medio de este ágrio concierto, con tanta exactitud como un cronómetro de Losada, que el sol habia llegado al cénit, á aquel punto del cielo desde el cual los rayos, cayendo perpendicularmente sobre la tierra, son capaces de asar los pájaros.

Bien por la referida causa, bien por otra, el huésped ya en el comedor, ántes de tomar asiento, despojóse de la levita, despechugóse lanzando fieros resoplidos, y con el pañuelo se enjugó la cara, el cuello y el pecho, por donde gruesas gotas de sudor le corrian. Verificada esta operacion, se introdujo entre la camisa y la carne la punta de una servilleta, y servida la sopa, comenzó á engullir con tal rapidez que, cuando el hidalgo y su hija aun no llegaban á la mitad, ya habia él despachado.

—Vamos, ¡otra cucharadita, Salido! — exclamó el anciano. — Mire usted que está muy...

—Perdone usted, don Zacarías; he tomado bastante. ¿Quién ha sido la cocinera?

—Mi hija..

—Se le da á usted la enhorabuena, Carmencita. Sin embargo, el dia en que ustedes gusten honrar mi choza, han de probar una que se chupen los

dedos. No hay quien eche la pata á mi criado Pepe en esto de poner una comida.

Esto dicho, dióse un rascon de padre y muy señor mio en la cabeza, sin duda para animarse, y exclamó impertérrito:

— Ya que estamos los tres solos, quisiera que terminásemos el asunto que tenemos pendiente, señor don Zacarías. Yo pretendo la mano de Carmencita, segun usted sabe; y en la seguridad de que usted ha de concedérmela, he formado un plan de vida que someto á su aprobacion.

— Despues hablaremos de ese asunto, — observó el hidalgo sonriéndose, — digo, si á usted le parece, pues no es puñalada de pícaro. Además, he de consultarlo primeramente con...

— ¡Pero hombre, si yo doy por realizada la consulta! Principiemos por usted, pues como dice el Catecismo de la doctrina cristiana, los mayores en edad, dignidad y gobierno. Usted, señor don Zacarías, ni por sus años, ni por sus achaques se encuentra ya en estado de trabajar mucho, ni yo lo consentiria; ¡no faltaba más! Así, pues, quiera usted ó no quiera, lo tendremos en nuestra compañía, obligándome yo á mantenerlo y vestirlo, sin otra condicion que la de que corra con mi escritorio, así como por via de recreo: de esta suerte, matamos dos pájaros de un tiro, es decir, evitamos á usted el fastidio que la ociosidad engendra, y ahorramos el sueldo que tendríamos que señalar á dos ó tres dependientes, sobre los

cuales habria que estar siempre ojo avizor. ¿Qué tal, eh? Yo soy así; siempre campechano. Que viene un dia en que el reuma le incomoda á usted... á la cama con el cuerpo, y á sudar: con aplicarse despues un poco más, se recobra el tiempo perdido, y así nunca hay cuentas atrasadas. Un sábio ha dicho que el trabajo corrobora y ayuda á la digestion.

El magnífico proyecto del orador no fué acogido, al parecer, con el entusiasmo que él quizá se habria figurado; pero tampoco observó éste señales de lo contrario. Llevóse, pues, á la boca, tal vez para fortalecer su elocuencia, un vaso de vino, cuyos bordes quedaron festoneados de grasa. No contento con esto, levantóse, tomó la pipa, la limpió, metió en ella un gran veguero, encendiólo y ahumó á don Zacarías y á su hija, como si fuesen jamones puestos á curar bajo una chimenea.

Lo mismo era servir un nuevo plato la doméstica, Salido acometia, tenedor en mano, las tajadas más valientes, y luégo rebañaba con maravillosa agilidad, amenizando la limpieza con chistes por el estilo de éste: «Más vale dar una vuelta por aquí, que por la plaza;» chistes que él creia inocentemente que demostraban una familiaridad amable y admitida y una agudeza de buen género. Ciríaco estaba en sus glorias, el hidalgo en el limbo aun, y Cármen pasando las penas del purgatorio.

— Y hablando ahora de Carmencita, — exclamó Salido, reanudando el hilo de su plan, al cabo de algunos minutos, — prometo á usted que ha de darse la vida y el trato de una emperatriz. De buena mañana, que será en invierno á las seis y en verano al rayar el dia, abandona la cama, porque la cama consume, ya se sabe; y con cuatro vueltas que ella dé por la casa, observando siempre á los criados para que no se estén brazo sobre brazo, lo deja todo arregladito. Almorzamos como unos príncipes, pues lo primero es lo primero, y luégo se entretiene en planchar, coser, repasar la ropa, echar un vistazo á la cocina, y aun si quiere lavar algo ó dar una escobada, puede hacerlo, nadie se lo impedirá: en fin, quien dice esto, dice otra cosa; yo en esto no entro ni salgo. A las doce, comemos; y en las horas que restan hasta la caida de la tarde, vuelve á coser, ó borda, con lo cual, así, insensiblemente, en poco tiempo y trasnochando, si es caso, alguna que otra vez, se encuentra un trabajo concluido, con cuyo producto y el de los que emprenda más adelante, se va formando un ahorro para alfileres: yo, por mi parte, no pienso aprovecharme ni de un céntimo siquiera. Así he ido yo haciendo mi capital, y no me arrepiento de mi conducta. Si Dios nos da familia, quiere decir, que con arrimar Carmencita un poco más el hombro, todo se lo encontrará hecho naturalmente. Por supuesto, que ántes de venir la no-

che, salimos á tomar el fresco en amor y compañía; nos sentamos á la orilla del mar á ver el movimiento de las olas, ó si es invierno jugamos en casa al solitario, al mus, á la brisca... ¡Yo soy así! Carmencita, ántes que se me olvide, prepárese usted á recibir una cadena de oro y unos pendientes de diamantes: mi regalo de boda.

Esta salida de Ciriaco, digna corona de su discurso, hizo quedarse á su presunta novia casi lela de asombro, de un asombro que expresaba enojo y lástima al par.

Él lo interpretó favorablemente, y dijo para sus adentros:

— ¡Qué ojo abre!

IV.

Pasaron la tarde hablando de diferentes cosas, y siempre Ciriaco descubriendo la hilaza. Cuanto más atento se proponia mostrarse, tanto más lo echaba á perder. Su humilde procedencia, su falta completa de educacion, la sociedad ordinaria que habia frecuentado en la Habana y hasta su oficio de figonero, base y orígen de su fortuna en la perla de las Antillas, se revelaban en todas sus palabras y en todos sus actos, aunque se matase á disimularlo. Era generoso, pero á su manera; así es, que sus rasgos de desprendimiento, que á

los ojos de cierta clase de personas indicaban un corazon excelente, á los ojos de otras parecian ofensas.

Al oscurecer salieron de casa, dirigiéndose á un cafetin que en el pueblo habia, donde el hidalgo convidó á refrescar á su huésped. Durante el camino, Salido habló á su novia de sus perros, de sus caballos, de la buena vida que se daba, etc. ¡Qué ramillete de flores para ofrecido á una dama!

Como á la mitad del camino, atisbó Ciriaco á uno de sus criados, y mandándole por señas que se aproximase á ellos, cuando lo tuvo cerca de sí, le dijo en voz baja:

—Corre á casa, coge las dos butacas de gutta-percha y entrégaselas de mi parte á la criada de don Zacarías.

El criado partió como un rayo.

Entraron en el cafetin don Zacarías, Cármen y el indiano, y los sirvieron leche amerengada. Ciriaco, al mirar el vaso de Cármen, hizo un malicioso guiño á la moza que se lo habia servido, y exclamó:

—¡Te veo, ciudadana!

La moza, no comprendiendo la indirecta, le preguntó:

—¿Se le ofrecia á usted alguna cosa?

—¡No! ¡quiá! Digo no más, que te veo, besugo. Dile de mi parte á tu amo, que otra vez mande poner copete á la leche; que el vaso de esta

señorita está ras con ras, como la palma de la mano. ¡El que á mí me la pegue, tiene que nacer!

La moza se retiró de allí colorada como el carmin. El indiano, siempre galante, fué quitando el copete de su vaso, y coronó con él el vaso de su futura, que no pudo contener la risa. Salido creyó que celebraba sus dichos y que le estaba agradecida por haberla aumentado la racion. La leche que habia caido en su plato, se la echó al coleto, y le supo á gloria.

Cuando se trató de pagar, ni por Dios, ni por los santos pudo conseguir don Zacarías que le permitiese hacerlo, como estaba en el órden. Ciriaco le disputó á voces el derecho, fundándose en que puesto que el hidalgo le habia convidado á comer, á él le tocaba pagar el refresco; que aun así, el hidalgo salia ganancioso, y que si aun le quedaban dudas á éste, él llamaria á un tercero, para que dirimiese la contienda. Con la moza estaba muy quemado; así es, que despues de repetirla «Te veo, besugo,» le dió de propina... las buenas noches.

V.

A pesar de sus instancias, no pudo lograr el indiano que don Zacarías le diese una contestacion definitiva en lo de la boda; manifestándole sólo

que necesitaba conferenciar préviamente con su hija.

La respuesta de Cármen no era dudosa: la semilla que comenzó á germinar en su corazon durante la comida, habia echado tallos, hojas, y unas flores azafranadas, cuyos pétalos cayeron marchitos, apuntando, en su lugar, unas calabazas que prometian ser mayúsculas.

—¿Con qué cara se lo digo yo?—exclamó el débil hidalgo, viendo la resolucion de su hija.

—Escríbale usted. Yo no me caso con un hombre que en cada fineza que cree decir y en cada favor que cree hacer, nos agravia y nos avergüenza. ¿Le parece á usted que está fino aquello de que nadie echa la pata á su criado en cosas de cocina, y seguidamente de romper una silla mandarnos dos butacas, y referirlo despues á todo el mundo para satisfacer su ridícula vanidad? ¿Pues y lo del copete? Además, nunca podria yo acostumbrarme á sus palabrotas y á sus modales groseros, ni á la idea que su riqueza le ha hecho concebir de las personas que carecen de ella. Él se imaginó sin duda que iba á comprarme con su oro, como quien compra un saco de café, y por eso entró en casa como en país conquistado.

—Tienes razon, hija. Mi amigo Pedro Nogales soñaba cuando me recomendó á Salido; es imposible que este hombre se haya tratado más que con pelagatos.

—Y aun cuando hubiera vivido entre marque-

ses y duques, seria lo mismo, no lo dude usted.

— Es cierto; eso está en la masa de la sangre. A Salido le sucede lo que á la chica de la ricacha doña Simplicia, que despues de vivir seis años en Madrid, volvió tan záfia y toscona como cuando fué allá: entró en la córte, pero la córte no entró en ella. Conque ¿te empeñas en que le escriba?

— Será lo más acertado, ya que usted no se atreve á decírselo verbalmente.

— ¡Pues, señor, manos á la obra!

Ya iba don Zacarías á realizar su intento, cuando entró la criada y le dió una carta de parte de Salido.

Abrióla y leyó:

«Señor don Zacarías:

»Muy señor mio y apreciable amigo: Extraño sobremanera que habiendo yo preferido á Carmencita para casarme, entre tantas y tantas como esperan solamente á que abra yo la boca para entregarme su mano, aun no haya merecido una contestacion categórica. No puedo presumir que este silencio signifique desaires á mi persona, que siempre ha sido considerada por otras bien altas. El capitan general de la isla de Cuba me dijo un dia: «¡Hola, amigo!» y un empleado en el gobierno civil de la Habana, que iba á comer á mi casa frecuentemente, y á quien nunca apuré para que me pagase lo que me adeudaba, era

hombre que me ponia en las nubes, asegurando que no conocia en aquel territorio persona más amable, ni más cortés que yo. Creo que ustedes tampoco tendrán queja de mi comportamiento, pues por una silla que rompí, les regalé dos butacas de gutta-percha, y satisfice el gasto que hicimos en el cafetin. En cuanto al porvenir de ustedes, he sido todo lo explícito que puede ser un hombre desinteresado. Si ustedes necesitan dinero para muebles ó para comprarse ropa y poder alternar conmigo desde luégo, y no se atreven á explicarse, á la menor indicacion lo tendrán: el dinero es un bálsamo que todos los males cura. En fin, hablen ustedes, y sabrá á qué atenerse su amigo afectísimo y S. S. Q. S. M. y S. P. B., — Ciriaco Salido.»

El bueno de don Zacarías se quedó turulato con lo que acababa de leer. A su hija no le cogió de sorpresa. El documento, no obstante, se supo andando el tiempo que lo habia redactado el maestro de escuela; que á no ser así, Dios sabe cuántos sapos y culebras más se hubieran visto en él.

Repasada tres ó cuatro veces la carta, examinado punto por punto su contenido, y de acuerdo sobre la pena que merecia aquel delito de lesa sociedad, el hidalgo redactó la sentencia siguiente:

«Señor don Ciriaco Salido:

»Muy señor mio y dueño: Extraño, á mi vez, sobremanera, la prisa de usted para que le entregue mi hija, sin darle á uno tiempo ni para meditarlo, ni para respirar, como si mi hija fuese un costal de paja; y lo extraño tanto más, cuanto que, segun usted manifiesta, no hay muchacha en la villa que no se esté muriendo por usted. No necesitaba usted citar personas de alto rango, para probar lo mucho que ha figurado entre lo escogido de la Habana; se le conoce á usted á simple vista. Su esplendidez es tan notoria, que no hay en la villa vecino que ignore lo de las butacas y el cafetin: lo que usted quizá no sepa es, que las butacas las he regalado al hospital, para que los pobres convalecientes ó los enfermos tengan donde sentarse á gusto, y que el valor de la leche lo he dado al señor cura para que rece una misa por las benditas ánimas del purgatorio. Respecto del porvenir que usted nos reservaba, era tan lisonjero que podria hacernos daño, por lo habituados que estamos á las privaciones: sin embargo, se agradece la intencion. Por lo que hace al dinero para ropa que nos permita alternar con usted, andamos tan elegantes y satisfechos con la dignidad de nuestra pobreza, que no la cambiaríamos por los trajes más suntuosos. Finalmente, dice usted que el dinero es un bálsamo que todos los males cura: algo lo dudo, y la prueba es que no ha curado uno que usted padece

desde la cuna, y que le vende así que usted dice ó hace algo: su educacion. En vano trata usted de ocultarlo, amigo: *cada cuba huele al vino que tiene*.

»De usted amigo afectísimo y S. S. Q. B. S. M., — ZACARÍAS LOPEZ AGUDO.»

FIN.

DIJO LA SARTEN AL CAZO:

«QUITA ALLÁ, QUE ME TIZNAS».

DIJO LA SARTEN AL CAZO:

«QUITA ALLÁ, QUE ME TIZNAS».

I.

Si digo á los que solamente la conocen de oidas, á los que no la han tratado con intimidad, que es la sarten del proverbio la condesa del Milagro, una de las más distinguidas y elegantes damas de la aristocracia, de quien las revistas domingueras de algunos periódicos hacen frecuente y pública exposicion, presentándola llena de encantos y de virtudes; y que Petra es una infeliz modistilla, pudorosa y dulce violeta, pobremente vestida, que mil veces habrán visto años há algunos de mis lectores salir á las doce de la mañana y á las seis de la tarde de la tienda en que trabajaba, acelerando el paso como un cervatillo que teme ser sorprendido por el cazador oculto en la espesura de un bosque; si esto digo, se creerá que intento predicar un sermon de esa moral empalagosa que ahora se usa en las novelas; que voy á poner frente á frente los dos polos de la sociedad, en uno de los cuales hay quien asegura que todo es frio, sed, hambre, desnudez y tinieblas, miéntras que en el otro reinan la abundan-

cia, el lujo, la dicha y la luz, para que se choquen y se despedacen como dos fuerzas contrarias é incompatibles, y para que vuelva el caos de la barbarie.

No es tal mi propósito. Bien sé yo que la luz y la sombra visitan alternativamente el corazon del magnate y el corazon del mendigo; que la virtud no es patrimonio exclusivo de ninguna clase, y que el vicio, como la muerte, es tan despreocupado y sociable que, porque nunca le falte compañía, lo mismo llama á las puertas de los ricos que á las puertas de las cabañas.

La condesa del Milagro no era una niña en la época á que se refiere mi historia, pero tampoco una vieja. Hallábase precisamente en ese período de la vida que pudiera llamarse crepúsculo vespertino de la juventud; y si no tenia la belleza de la planta que da sus primeras flores, bien pódria compararse con la del árbol frondoso y gentil cuyas ramas están cargadas de frutos en sazon.

Viuda, con un solo hijo, rica, y dotada, además de sus atractivos físicos, de esa otra gracia que en algunas mujeres de la alta sociedad y escogido trato, forma como una segunda belleza no ménos fascinadora, desde luégo se comprenderá que no le habrian faltado ocasiones ventajosas para establecerse otra vez matrimonialmente. Nadie sabe, en verdad, por qué no lo hizo así: atribuíalo la opinion general á la independencia

de su carácter, suponiendo que, dueña absoluta de su mano despues del fallecimiento de su marido, se habia propuesto conquistar los laureles de la perfecta viuda, tan gloriosos como los de la perfecta casada.

Los cuidados que despues de tan sensible suceso la rodearon, estaban reducidos á ciertas ocupaciones que ella misma se habia impuesto gustosa, y á las cuales, por lo mismo que no eran obligatorias, sino voluntarias, dedicaba toda la actividad de su vida.

Su hijo, desinteresado como ella, aunque ya en edad propia para no fiar enteramente á extrañas manos la administracion de sus bienes, descansaba, como su madre, en la probidad del señor de Peña, quien administraba, segun dicen, al propio tiempo que la casa, los afectos de la condesa, puesto que en él habia depositado esta señora todo su aprecio, toda su confianza y toda la soberanía doméstica; abdicacion en virtud de la cual el verdadero soberano en la casa era aquel apreciable sugeto.

He dicho que los cuidados de la condesa estaban reducidos á ciertas ocupaciones voluntarias; y como no eran un misterio, no hay inconveniente en que el lector las conozca. Pertenecia la condesa del Milagro á varias sociedades filantrópicas, y concurria á los ejercicios marcados en sus estatutos: en las iglesias, á cuyas festividades nunca faltaba, veíasela en algunas épocas del

año presidiendo la mesa y golpeando ruidosamente con una moneda la bandeja de las cuestaciones para los pobres: en las rifas benéficas, solia formar parte de la comision encargada de colocar papeletas, comprometiendo á sus conocidos, y persuadiendo con la lógica de sus palabras y de sus ojos á cuantos se detenian á mirar un instante siquiera los objetos cuya posesion habia de decidir muy pronto la suerte. Los premios á la virtud, los bailes y funciones teatrales á beneficio de los desvalidos, de los enfermos y de los expósitos, honrábanse con su asistencia, ó bien aumentaban sus ingresos con los donativos de la condesa, que muchas veces renunciaba al derecho que tenia á cierto número de billetes de entrada, cuando no los repartia entre las personas de su servidumbre.

Debe añadirse, porque tampoco es un misterio ni un delito, que la condesa del Milagro sentia una satisfaccion inexplicable siempre que los periódicos asociaban su nombre, en gacetillas y folletines semanales, á los de otras señoras, á quienes la publicidad mortificaba en extremo, á lo que presumo, con las indiscretas revelaciones de hechos que hubieran valido más, á pregonarse ménos.

Estas piadosas, apacibles, si no ignoradas excursiones al campo de la caridad, no impedian que la condesa, despojándose del ostentoso, pero oscuro traje que tan propio es de ellas, se pre-

sentase en su palco del teatro Real, y en las *soirées* á que le invitaban personas de su clase, vestida con la coquetería y el lujo de una jóven de veinte años, descotada casi hasta la cintura, de manga corta para lucir la morbidez de su brazo, y preso el diminuto pié en el más bonito calzado que hubiera salido nunca del taller del más célebre artista de obra prima con que la córte se envanecia: he dicho que su pié era diminuto, porque tuve ocasion de verlo y puedo dar fe; pues ni ella tenia para qué ocultarlo, ni hubiera dado prueba de galante el curioso que voluntariamente hubiese cerrado los ojos cuando la casualidad, sin duda, lo ofrecia á su contemplacion. Y hé aquí cómo una mujer tierna, sensible y caritativa, puede sembrar estragos sin cuento en los corazones.

La caridad solia en otros tiempos, no mejores, por cierto, que los presentes, andar á pié, de tapadillo, los ojos bajos, velado el rostro con un pedazo de espeso tul, cubierta de negro alepin, pendiente del brazo un enorme ridículo ó bolsa á modo de escarcela para llevar la limosna, y seguida de un doméstico lleno de años y de reuma, ó de una dueña venerable. ¿Pero qué culpa tenia la condesa del Milagro de que á los pasados tiempos sustituyesen los presentes? ¿Qué culpa tenia de que el rico sombrero de terciopelo, la falda de moaré-antic, el lacayo jóven, tieso y charolado, siguiendo á sus señoras á poca distancia, cuando

no la refulgente y majestuosa carretela, hubiesen reemplazado al modesto aparato con que las matronas de otras épocas bajaban las escaleras de sus palacios para subir las de las buhardillas, donde el dolor y la miseria las aguardaban?

Alejandro, el hijo de la condesa, tenia del Magno lo conquistador; pero sus conquistas no se verificaban en los campos de batalla, sino en el salon aristocrático, en el de Capellanes, y en el estrecho tugurio que alberga á esa porcion de la sociedad que flota entre la clase media y el pueblo, compuesta de familias que han venido á ménos, cesantes de empleo de poco sueldo, costureras, militares subalternos, retirados, etc. Este jóven héroe cultivaba tambien el campo de la caridad; y de ello eran claro testimonio las observaciones de su señora madre que, sin dejar de complacerse en la aplicacion que él decia que daba á las sumas que de mano del administrador recibia, quisiera que éstas no dejasen en la caja un vacío tan sensible como el que dejaban, segun las observaciones que, á su vez, hacia el señor de Peña á la condesa.

Entre las últimas conquistas de Alejandro, contábase la de Petra, oficiala de modista, huérfana de padre y madre, y madre y padre (que tal nombre merecia) de dos hermanitos sin más amparo que ella, despues de Dios, que no dejaria de bendecir y premiar la ternura con que los cuidaba y lo que por ellos se desvivia. Otro hermano,

el mayor de la familia, estaba en el servicio de las armas, en que entró de soldado, habiendo ascendido hasta sargento.

Petra ignoraba la clase á que pertenecia Alejandro; creíalo estudiante, y en verdad no se habia engañado, si entre los estudios propios del hombre se cuenta el arte de practicar las obras de misericordia, segun las entendia el aprovechado alumno de Minerva. Paseos, declaraciones, protestas de amor y de fidelidad, ruegos, promesas de matrimonio, esperanzas de un porvenir risueño, nada logró vencer la resistencia de la interesante niña á contraer las relaciones que se le brindaban. Habia prometido á su hermano mayor consagrarse enteramente al cuidado de los pequeñuelos hasta que él cumpliera los años de servicio, y fué durante mucho tiempo una fortaleza inexpugnable á los tiros de Alejandro. Pero si ella era firme, él era terco, y además habia logrado insinuarse de tal modo en el corazon de Petra, que lo que ésta no confesó de palabra, claramente lo estaban publicando sus ojos.

Desde el momento en que él conoció la verdadera situacion de la plaza, que, sin embargo, aparentaba no estar dispuesta á rendirse á los proyectiles empleados, resolvió sitiarla por hambre; é inventando no sé qué historia, pudo conseguir que la modista en cuya tienda trabajaba Petra, la despidiese bajo el pretexto de lo malo de las circunstancias. Agregóse á esto la enfermedad de uno

de los niños, que estuvo en peligro de muerte. Petra, confiando en la pureza de la pasion de Alejandro, y acusada por él hasta de criminal, porque se negaba á aceptar las dádivas que contínuamente la ofrecia, no tuvo otro remedio que admitirlas, con harto dolor de su corazon, que, á pesar de su amor, vagamente presentia lo que en el curso de esta historia iré refiriendo.

II.

Una mañana entró en casa de la modistilla la doncella de la condesa del Milagro, minutos despues de salir Alejandro. Era la segunda vez que lo encontraba en el mismo sitio y á la misma hora, cuyas coincidencias no podian ménos de chocar á una muchacha como ella, que era la curiosidad en persona. Así es que, no bien hubo saludado á su amiga, le preguntó:

— Dime, Petra, ¿sabes á quién visita en esta casa el señorito Alejandro?

— ¿Quién es el señorito Alejandro?

— El hijo de la condesa del Milagro, de mi señora.

— ¡Si no das otras señas!...

Emilia describió entónces de la cabeza á los piés á Alejandro, esto es, al estudiante que Petra conocia con el nombre de Ramon Espejo.

La modista, cuya palidez contrastaba dolorosamente con el color fresco y sano de otros tiempos, se puso desencajada, y de sus grandes ojos negros desprendiéronse dos lágrimas que cayeron rodando por sus mejillas. Notólo su amiga, y exclamó:

—¿Qué tienes, Petra? ¿Te sientes mal?... Pierdes el color... tiemblas... ¡Ah! ya adivino... ¡pobrecilla! Es que no hay trabajo, que habrás estado enferma, y por eso te encuentro desconocida. ¿Acerté?

—¡Sí!... ¡sí!... acertaste.

—Pues si no es más que eso, no te aflijas; miéntras yo tenga un pedazo de pan que partir contigo, ancha Castilla. ¡No faltaba más!

—Dios te lo pague, Emilia.

—Él nos lo pagará á todos. Lo que ahora importa es que te animes, que no te abandones á la tristeza; el tiempo hay que tomarlo conforme viene... Conque hablemos de otra cosa... ¿Qué te preguntaba yo ántes? ¡Ah! ya recuerdo: te preguntaba que si conoces al hijo de la condesa del Milagro. Él debe tener por aquí algun quebradero de cabeza, algun amorío. ¡Qué ganga! El mocito es una alhaja, como hay Dios. A la que se lo lleve, le cayó la lotería. Dicen que está para casarse con la marquesita de Casa-Veleta, que parece un ave fria. Harán una pareja que ni pintada. ¿Vive aquí el marqués de Casa-Veleta?

La locuaz doncella no comprendia que cada

palabra suya era un puñal que iba á clavarse en el corazon de Petra. En medio de su aturdimiento, no habia reparado en que uno de los niños vestia un traje hasta lujoso, teniendo en cuenta la apurada situacion de la familia; pero el otro, abriendo de improviso la puerta de la salita, separada del estrecho recibimiento en que se hallaban por un débil tabique, vino, inocentemente, á revelar á Emilia la causa de la palidez, del llanto y del temblor de su amiga. Alejandro iba allí por ella; Petra estaba perdidamente enamorada de Alejandro.

La sala, con balcon al mediodía, por donde entónces entraba el sol, era materialmente una tacita de plata. El cristal de un magnífico espejo, los juguetes de porcelana, de china y de bronce, colocados en una consola de palo-santo, la sillería, el papel azul con flores de plata que cubria las paredes, todo estaba demostrando á Emilia que no eran allí los apuros tan grandes como ella, en su buena fe, se habia imaginado.

Al ver de repente la sala, no pudo Emilia reprimir una exclamacion de sorpresa, á la cual añadió, en un tono de piedad un si es no es sarcástico:

— ¡Pobre Petra!

— ¡No me juzgues mal, Emilia! — respondió Petra. — ¡Ten compasion de mí! ¡Si supieras!... ¡Es un infame, un malvado!

— ¿Quién?

— Ramon Espejo, el señorito Alejandro, el hijo de la condesa del Milagro.

— ¡Ah! ¿Conque...?

Emilia no pudo continuar: queria de corazon á Petra, y repugnaba á sus sentimientos delicados seguir martirizando con reticencias é ironías á la desdichada criatura, que, arrojándose á sus brazos, comenzó á llorar amargamente.

Despues, irguiéndose altiva, y enjugándose el llanto que su hermosísimo rostro bañaba, dijo:

— Por la memoria de mi madre, ha de arrepentirse del mal que me ha hecho. Dentro de pocos dias darán á mi hermano la licencia absoluta, y entónces... mi hermano se entenderá con él.

Más sosegada Petra, contó sus cuitas á la doncella, á cuya penetracion nada se habia ocultado desde el momento de abrir el niño la puerta de la sala.

III.

Nieves, la novia que la condesa destinaba á su hijo, poseia todas las gracias, todos los encantos, las perfecciones todas de una de esas muñecas parisienses que adornan los escaparates de los tiroleses, con un letrero que dice: *sé andar solita;* porque, en efecto, andan cuando la mano del comerciante toca el oculto resorte á que deben su movimiento; perfecciones, encantos y gracias

que hacen detenerse con la boca abierta, p contemplarlas, á los niños y á los paletos. Era sér automático, un cuerpo sin alma, incapaz inspirar á nadie uno de esos afectos profundo duraderos que tienen su raiz en el corazon, y voluntad alguna (aunque voluntariosa) tratándose de los actos serios de la vida. Rubia, de ojos azules, mirada fria y cútis pálido, un poeta humorístico hubiera podido compararla con un ángel de cera ó de pasta-flora. Esta niña, pues, era el ídolo de sus padres. ¿Y cómo no? El amor paterno es una idolatría que ha sobrevivido á todas las que ha conocido, y probablemente sobrevivirá á todas las que ha de conocer el mundo. Si la lechuza llama grumitos de oro á sus hijos, siendo tan feos, ¿qué no hará el hombre con su prole, y con la idea que, generalmente, se forma de la belleza?

La condesa fué una noche á casa del marqués á pedir la mano de Nieves para su hijo. Este enlace convenia al marqués, como conviene un vaso de agua, aunque no sea muy pura ni muy cristalina, al que se abrasa de sed. Los treses habian bajado espantosamente por efecto de las circunstancias, y al papá de la novia, abrumado de deudas, y que además habia invertido gran parte de su capital en papel de aquella clase y en varias empresas igualmente resentidas de la situacion de la Bolsa, no le quedaba otro remedio que ahorcarse ó pedir limosna; y cualquiera de estos

remedios, por más que se miren con valor estóico, es demasiado fuerte y nada cristiano para apelar á él, ni aun en los mayores ahogos. Adviértase, por otra parte, que Alejandro, pintado por la condesa como una madre sabe pintar á sus hijos, era un dechado de jóvenes, y prometia ser un modelo de maridos.

Oyeron á la condesa el marqués y su mujer, bendita señora anciana, á quien su esposo dirigia los ojos á cada palabra que la primera decia, como consultando su parecer. La anciana, cuyas cejas tenian la figura de un par de interrogantes en contínuo movimiento, respondia á las miradas del marqués con sus habituales gestos, que el marqués interpretaba como otras tantas admiraciones.

Esta especie de pantomima grotesca, que ningun extraño hubiera contemplado sin grandes tentaciones de risa, decidió, sin embargo, la suerte futura de los novios. Los padres estaban de acuerdo respecto del interés principal que suele promover ciertas alianzas: la conveniencia, la razon de estado. Los intereses de otro órden son, en semejantes casos, muy subalternos para que merezcan echarse en la balanza donde se pesan los destinos de dos séres que van á atravesar juntos el valle de la vida.

Terminada esta interesantísima conferencia, y seguro el marqués de la docilidad de su hija, mandó á un lacayo que la llamase.

Entró Nieves en la sala con la inalterabilidad propia de su carácter, y eso que sabia ó sospechaba el objeto de la visita de la condesa. Su corazon latia con la regularidad y lentitud de costumbre: el rubor, que tan bien sienta en las doncellas que van á variar de estado, no cometió la indiscrecion de asomarse á su frente, blanca y tersa, ni en sus ojos parados y frios se advertia esa virginal timidez ingénita, que parece tener puntos de semejanza con el remordimiento de la culpa, y que, no obstante, ninguna persona, por torpe que sea, confunde con él. Si en el pavimento hubiese habido un pozo, de seguro cae Nieves y se ahoga, pues ni un solo instante bajó los ojos.

— Siéntate, hija mia, — dijo el marqués, luégo que la condesa y Nieves se hubieron besado; — tenemos que hablar de un asunto importante.

Sentóse Nieves, y su padre continuó:

— La condesa ha venido á pedir tu mano para su hijo; y tu mamá y yo, que sólo anhelamos tu felicidad, conociendo las prendas recomendables que adornan á Alejandro (aquí la marquesa hizo tres grandes signos de admiracion con las cejas), seremos gustosos, en el caso de que tu corazon esté...

Detúvose el marqués, suponiendo fundadamente que su hija adivinaria el resto de su discurso. Nieves miraba como distraida al anciano, miéntras sus dedos se entretenian jugueteando con

sus grandes tirabuzones rubios, que como dos culebras se le deslizaban á lo largo de la garganta, posándosele sobre el pecho.

— Quiere decir tu papá, — exclamó intrépidamente la marquesa, sorprendida del silencio de Nieves, — que si tú amas á Alejandro, cuyas prendas recomendables, como ántes decia tu papá, porque las prendas recomendables de Alejandro, como tu papá...

Viendo Nieves enredada á su mamá en los hilos, por decirlo así, de tres ó cuatro palabras que no sabia cómo desenmarañar, respondió:

— Yo... lo que vosotros querais; mi voluntad es la vuestra.

— Ya ve usted, Virtudes (la condesa se llamaba Virtudes), ya ve usted, — exclamó el anciano, — cómo no nos equivocamos al contar con la obediencia de la niña. Es un ángel.

La marquesa, contemplando en una especie de éxtasis á su hija, arqueó tanto las cejas que, á pesar de la elevacion de su frente, casi le tocaron á la raiz del cabello, y dos gruesas lágrimas humedecieron sus ojos.

— Yo aplaudo la docilidad de Nieves, y no esperaba ménos del cariño que á ustedes tiene, — dijo la condesa, contestando á las últimas palabras del marqués; — con todo, desearia saber si ha meditado bien el paso que va á dar, si cree que Alejandro la hará feliz, ó si solamente obedece al hábito de complacer á sus padres. Sus

relaciones con mi hijo no datan más que de quince dias, si no estoy mal informada, y no me parece tiempo suficiente para conocerse dos personas.

Al decir esto, la condesa no hacia otra cosa que llenar una fórmula puramente rutinaria, puesto que tambien á ella le convenia el proyectado casamiento, por razones que despues veremos.

—Nieves, —dijo la marquesa, —¿tú crees que Alejandro te hará feliz? ¿Le amas?

—Yo... lo que vosotros querais, —respondió la jóven, soltando la muletilla de costumbre, y jugando siempre con sus tirabuzones.

—¿Cómo que lo que nosotros queramos? —exclamó el marqués, temiendo que la condesa no se conformase con el endoso de esta pasion. —Nosotros no hemos de casarnos con Alejandro, hija mia, —añadió, sonriéndose satisfecho de su agudeza; —así, pues, habla lisa y llanamente.

Por fin, la niña contestó á gusto de sus padres, y la boda quedó definitivamente resuelta. ¡Qué padres... y qué hijos!

IV.

Meses ántes de los sucesos que voy narrando, habia llegado de Cádiz un mozo de arrogante figura, distincion en el vestir, y modales cortesa-

nos, con una visita para la condesa, por encargo de una señora de aquella ciudad. La señora esta debia querer superlativamente á la de Madrid, á juzgar por las veces que, en nombre suyo, y siempre con igual motivo, repitió las visitas el forastero. El señor de Peña, sin dejar de agradecer las pruebas amistosas de la andaluza, puesto que por carambola refluian en él, que tan profunda é inalterable estimacion profesaba á la condesa, sintió despertarse en su pecho una especie de inquietud parecida á los celos. ¿Temeria que el advenedizo le reemplazase en la administracion de los bienes de la condesa? No, ciertamente; porque, segun sus noticias, el gaditano era rico, y no necesitaba emplearse en semejantes oficios. ¿Temeria que le arrebatasen la administracion de los afectos de la hermosa dama que, como dije al principio de esta historia, desempeñaba el señor de Peña á pedir de boca?... Tal vez sí. El desabrimiento de la condesa con él; las conferencias misteriosas de ésta y el forastero; el encuentro casual, ó no casual, de una y otro en paseos, teatros y reuniones; las visitas diarias que el gaditano la hizo durante una ausencia del señor de Peña y de que éste fué informado por la doncella así que regresó á Madrid, todo esto hizo pensar al antiguo favorito, que su privanza tocaba á su fin. El mismo Alejandro, tan complaciente con él, sobre todo en las ocasiones en que tenia que pedirle dinero, ahora lo exigia con voz y ademan

imperiosos, como de amo á criado: cosa que sobremanera afligia al bueno de Peña, á pesar de que procuraba ocultarlo. Todas éstas, y algunas señales más, nubes que sucesivamente fueron presentándose en el palacio de la condesa, eran indicio de que se iba formando una tempestad, y quién sabe si con acompañamiento de rayos y truenos.

Sea de esto lo que quiera, el señor de Peña deseaba tener con la condesa explicaciones respecto de su conducta para con él; y como era hombre de genio irascible y solia pasarse de llano, presentó la batalla, picado por unas palabras de aquélla, inofensivas en sí, pero que él interpretó en sentido contrario.

—Señora, —dijo, —hace mucho tiempo se me figura que estoy aquí de sobra; y como no me gusta ver malas caras, necesito oir de boca de usted si realmente es así, ó son aprensiones mias.

Es de advertir que, á solas, nuestros dos interlocutores no acostumbraban á llamarse de usted.

La condesa le respondió sin alterarse:

—Usted puede tomar la determinacion que le plazca: y en cuanto á lo que dice de que no le gusta ver malas caras, le agradeceré que se sirva darme otra más de su agrado, y todos quedaremos contentos. Y ha de tener usted entendido, para en adelante, que en mi casa no manda nadie, sino yo, y que si hasta ahora he tolerado á usted intrusiones en el gobierno de ella, para las

cuales no se halla autorizado (el señor de Peña se echó á reir, oyendo esto), en lo sucesivo no estoy dispuesta á consentirlas.

—¿A nadie?

—A nadie.

—¿Ni al caballerito gaditano que ha de reemplazarme en mis funciones?

—Le han engañado á usted.

—Señora... lo he oido yo, anoche mismo, estando ustedes dos solos en el gabinete: iba yo á entrar, y me detuve, precisamente por haber cogido, sin querer, algunas palabras al vuelo, que me llamaron la atencion. Aconseje usted á ese caballerito, que dulcifique y baje la voz siempre que hable de asuntos reservados, pues de lo contrario se expone á dar dos cuartos al pregonero.

—¿Y qué ha de pregonar usted?

—¡Yo! nada absolutamente, á excepcion, si acaso, de las virtudes que á usted adornan.

La condesa le miró de arriba abajo con el más significativo desprecio: en seguida, reprimiendo su enojo, y soltando una ruidosa carcajada, exclamó:

—¡Oh, pues si toma usted con empeño mi defensa y mi alabanza, va á ser cosa de que el mundo me venere como á una santa!

Luégo añadió, algo más séria:

—Peña, dejémonos de bromas, y hablemos con formalidad. Usted, antiguo empleado en la casa, y conocedor de todas sus interioridades, merece

por su buen comportamiento una recompensa que no trato yo de escatimarle, y que le asegure un porvenir tranquilo y desahogado.

—¡Pues! lo que yo sospechaba, una cesantía; ¿no es así?

—Como usted guste; es cuestion de nombre; pero vamos al caso. Mi hijo trata de contraer matrimonio con Nieves, la hija del marqués de Casa-Veleta: saliendo de mi poder Alejandro, y reducida así mi familia, pienso introducir economías y reformas que espero merezcan la aprobacion de usted.

—Supongo que las economías principiarán por mí. Es chistoso: ¡usted tan espléndida, hablar de economías!

—Pero repito á usted que yo me encargo de su porvenir.

—Y... dígame usted, señora condesa: ¿quién administrará los bienes de usted? ¿Ha aprendido usted, por ventura, la partida doble? La felicito por sus adelantos en la ciencia de los números. ¡Oh! la administracion de la casa, abandonada hasta hoy á personas extrañas, va á dar resultados maravillosos, ó es mentira el refran de que el ojo del amo engorda al caballo.

—Está usted diciendo la fábula del grajo, que se adornaba con plumas ajenas, y yo no trato de imitar al pájaro de la fábula; yo, más modesta y más justa, doy á cada cual lo que le corresponde.

— Acabe usted de ser franca, y salgamos de enigmas.

— Pues bien; el caballerito gaditano, como usted lo llama, administrará mis bienes.

— *¿Gratis?*

— Precisamente *gratis*, no: ha venido á Madrid á estudiar jurisprudencia, es huérfano...

— ¡Infeliz!

— ...y pobre, y se contenta con que se le sufraguen los gastos de la carrera, y se le proporcionen casa y mesa.

— ¡Ya! y en cambio de esa proteccion, económica por supuesto, él me reemplazará, ¿eh? Le digo á usted que es un negocio bonito.

— Conque, Peña... ¿quedamos en que pasaré á usted una pension decente?

— Pero hija, ¿no conoce usted, — exclamó Peña, con acento de lástima burlona, — que entre los gastos que ocasione ese aplicado mancebo y mi pension, las economías van á costar á usted un sentido? Francamente, me retracto de haber felicitado á usted por sus progresos en aritmética.

— ¡Está usted abusando de mi bondad, caballero! — exclamó altamente enojada la condesa.

— Al contrario, — repuso con calma Peña; — lo que yo hago es admirarla. ¿Cómo no, si usted misma acaba de confesar que recoge á ese desdichado huérfano?... Señora, — añadió, despues de una breve pausa, — usted ama al gaditano.

Esta declaracion, disparada á boca de jarro, hizo bajar los ojos á la condesa, que, en su ceguedad por el jóven, no presumia que nadie hubiese advertido la pasion que le tenia.

—¿Es cierto? —preguntó Peña, que habia notado el efecto de sus palabras.

—Es cierto; á veces no es una dueña de sí misma; hay cosas superiores á la voluntad humana.

—Señora, puede usted evitarse la molestia de explicar su conducta; está perfectamente comprendida.

Levantóse el señor de Peña, así que hubo pronunciado estas palabras, diciendo únicamente al despedirse:

—Dentro de ocho dias, que necesito para arreglar papeles, abandonaré esta casa.

V.

Pasar Emilia cerca de una habitacion donde haya gente, sin aplicar el oido para enterarse de lo que se habla, es tan imposible como ver un avaro una moneda en el suelo y no recogerla. Feo vicio es la curiosidad de saber secretos que no nos importan; pero debe perdonarse este pecado venial á Emilia, en gracia del bien que pensó podria hacer á Petra con sus revelaciones.

Apresuróse, pues, á contarle todo lo que habia, aconsejándola que fuese á ver á la condesa, ya que el casamiento de su hijo Alejandro con la marquesita de Casa-Veleta era cosa decidida, por si era tiempo aun de evitarlo.

—La condesa,—añadió,—es una señora muy cristiana; tal vez se compadezca de tu situacion, y aun obligue á su hijo á casarse contigo.

¡Tan excelente idea tenia de su ama la doncella!

Repugnábale á Petra dar el paso que le aconsejaba su amiga, y sin embargo, se determinó, viendo en él la sola esperanza, la única tabla á que asirse en el triste naufragio de su honra. Ni sus lágrimas, ni sus ruegos, ni su afrenta habian logrado ablandar el corazon de Alejandro, que consideraba la inmensa desventura de Petra como un suceso ordinario de los muchos que en la sociedad ocurren y en los cuales nadie se fija: creia haber hecho lo suficiente con proporcionar á la pobre familia un pedazo de pan amasado con hiel y con lágrimas. Por otra parte, sin negar rotundamente el estado de sus relaciones con la marquesita de Casa-Veleta, aseguró á Petra que ningun afecto le inspiraba su futura, que se casaba con ella por salir de la tutela de su madre y disponer libremente de su persona; en fin, que más la queria á ella (y era verdad) que á la marquesita, y que, á no impedirlo conveniencias y preocupaciones respetables de clase, con nadie más que con ella se casaria.

Cuando Petra llegó al palacio de la condesa, la esperaba Emilia en la calle, y subió con ella para que no le negasen la entrada bajo frívolos pretextos. En seguida la condujo á su aposento, y allí la hizo sentarse á descansar: la desventurada parecia una muerta, y no obstante, dentro de aquella ruina de una juventud lozana y de una belleza ajada en flor, ardia un espíritu enérgico y varonil; cuyos resplandores asomaban á sus ojos cuando el pensamiento de su inocencia y de su amor, hollados por Alejandro, le asaltaba la mente.

Emilia pasó recado á su señora de que deseaban verla, y cinco minutos despues se hallaba Petra á solas con la condesa. Quiso hablarla, y no pudo; rompió á llorar, y á no apoyarse en el marco de la puerta, se hubiera caido redonda al suelo.

Figurándose la condesa que Petra medio se habia desmayado por falta de alimento, y que la visita no tenia otro objeto que interesar su corazon con algun relato de los muchos que estaba acostumbrada á oir, para que le suministrase recursos con que remediar aquella necesidad apremiante, le dijo con acento cariñoso:

— Vamos, ánimo, y dígame usted en qué puedo serle útil. ¿Necesita usted alimento, medicinas, ropa?...

— Agradezco á vuecencia tanta bondad; no venia yo á eso; pero ya que sus nobles sentimientos me dan fuerzas para manifestar el motivo que me ha traido aquí, no dudaré en referírselo.

— Siéntese usted: ¡si no puede tenerse en pié!

Obedeció Petra, y cuando iba á comenzar su relato, hubo de suspenderlo, viendo entrar al señor de Peña. Conociólo la condesa, y la dijo:

— Este caballero es persona de la familia; puede usted hablar.

— Pues bien, señora: vengo á decir á vuecencia que su hijo, el señorito Alejandro, ha engañado á una pobre muchacha, dándole palabra de casamiento y abandonándola despues á su dolor y á su miseria.

El señor de Peña, que ya estaba enterado del caso por Emilia, salió de aquella habitacion para el gabinete contiguo, tanto porque desde él podria oirlo todo, cuanto porque así tendria Petra ménos reparo en franquearse.

— Medite usted bien lo que dice, — repuso la condesa; — mi hijo es incapaz de cometer semejante villanía; yo sé el hijo que tengo, y respondo de él como de mí propia.

— Tampoco la jóven lo habia juzgado mal caballero: despues de perseguirla durante mucho tiempo, y de mil súplicas, accedió á sus pretensiones y le permitió entrar en su casa, creyendo que era, no una persona de la aristocracia, que en tal caso jamás se hubiera hecho ilusiones, sino un estudiante de provincia llamado Ramon Espejo. Ahora dicen que va á casarse con una señorita de la nobleza, y yo no he dudado, en nombre y de parte de la jóven, en apelar al buen corazon de

vuecencia y á su rectitud, para que impida e enlace.

La condesa se hizo la desentendida, y como no hubiese oido á Petra, le preguntó con dulzur

— Dígame usted: ¿mi hijo socorrió á su ami de usted con algun dinero?

— Sí, señora. Ella cosia en una tienda de m dista; pero habiéndola despedido su principal, p falta de trabajo, y uniéndose á esto la enfermed de un hermanito, el menor, que estuvo ya tapa por muerto, aceptó casi á la fuerza las sumas q el señorito Alejandro se empeñaba en que hab de tomar, para alivio de aquellas necesidade Una vez, enojado por la resistencia de la jóven admitir sus ofertas, la dijo que no queria ella los niños, que tenia entrañas de mármol.

— ¡Ya! — exclamó la condesa, que habia escuchado la historia de Petra, en actitud pensativa. — Ahora conozco la inversion que daba mi hijo á las crecidas cantidades que un dia, y otro, y todos, me sacaba para obras de caridad.

— ¿De caridad, señora?

— Sí, hija, de caridad; pues si no, ¿cómo yo se las hubiera dado?

— Y su conducta, ¿no merece á vuecencia un acento de reprobacion?

— ¿Qué importancia quiere usted que dé yo á un simple galanteo, á un pasatiempo propio de la juventud? pues en el fondo del asunto no veo realmente otra cosa. Además, ¡hay tantos modos

de sacar dinero á los incautos! ¡Es tan fácil fingir faltas de trabajo, despedidas de tiendas, enfermedades y miserias! ¡El hambre, la holganza y el desarreglo de conducta, son tan fecundos en invenciones para vivir á costa del prógimo! ¡Ceden algunas tan fácilmente á las debilidades de la flaca naturaleza!

Petra escuchaba con el rostro cadavérico á la condesa, y llevándose la mano al pecho para contener las horribles convulsiones en que se agitaba su corazon, no pudo ménos de gritar:

—¡Señora, calle usted, calle usted, por piedad! ¡Me está usted crucificando!

—¡Ah! ¿conque es usted la que...

—Sí, señora, yo soy.

—Pues bien; no digo yo que usted... pero, ¿me negará que hay algunas... que ciertas personas...

—¡Señora! —volvió á gritar Petra levantándose, con los ojos lanzando llamaradas de indignacion; —señora... es usted muy cruel.

—¡Silencio! —gritó á su vez la condesa.— ¿Con qué derecho viene á casa de una señora decente para insultarla, una mujer cualquiera, indigna de besar el polvo que ella pisa? ¿Por dónde llegó usted á imaginarse que daria yo crédito á la fábula de que mi hijo ocultó su verdadero nombre para entrar en relaciones con usted? Si usted ha tenido maña bastante para cogerlo en sus redes, abusando de su inexperiencia, como si esto pudiera comprometerlo sériamente á un enla-

ce que seria un borron para la familia, no es tan fácil burlar la vigilancia de una madre que se enorgullece de haberlo conducido siempre por el buen sendero. No obstante, — continuó, suavizando la voz, — para que vea usted que no hago uso de la razon que me asiste, y que perdono sus ofensas, estoy pronta á remediar la miseria que de seguro obligó á usted á inventar lo que aquí me ha contado; pero á condicion de que no vuelva á presentarse en mi casa, y mucho ménos con esos modos. Así me porto yo con los que me agravian.

Al llegar á este punto, presentóse nuevamente el señor de Peña, quien tomando de la mano á Petra, se la llevó de allí, no sin decir en voz baja á la magnánima condesa:

— Dijo la sarten al cazo: «quita allá, que me tiznas».

— No entiendo esa frase, — respondió la dama.

— Yo se la explicaré á usted dentro de un rato, — repuso Peña, levantando la voz y saludándola.

VI.

Antes de una hora estaba de vuelta el señor de Peña. Durante su ausencia del palacio habíase limitado á acompañar á Petra, consolándola con la seguridad de que, de grado ó por fuerza,

Alejandro daria la reparacion conveniente á su agravio.

Así que la condesa vió entrar en su gabinete á Peña, le dijo:

—¿Querria usted explicarme las palabras enigmáticas que pronunció al despedirse de mí?

—No se trata de enigmas, ni de ninguna cosa del otro juéves. Las palabras que pronuncié son un refran sencillísimo y tan sabido, que es de los más vulgares.

—Sírvase usted repetirlo, á ver si lo recuerdo.

—Con mucho gusto; hélo aquí: dijo la sarten al cazo: «quita allá, que me tiznas».

—Ese refran debe ser de cocina.

—Ciertamente; pero tambien es de estrado: las aplicaciones á que los refranes se prestan, son infinitas.

—¿Qué aplicacion da usted en el caso presente á su refran?

—La más directa, la más propia, aquella por medio de la cual se reprende á los que, estando llenos de vicios y defectos grandes, censuran en otros las menores faltas, y los consideran indignos de su comercio y compañía. Viene á ser lo mismo que el de la paja en el ojo ajeno. ¿Entiende usted ahora?

—Perfectamente. Tenemos, pues, que la jóven que acaba de salir de aquí ha cometido una falta leve, insignificante, y que yo soy el vicio personificado.

—Haga usted un exámen de conciencia como si fuera á confesarse, y sea usted misma juez de su conducta presente y pasada.

—Delo usted por hecho.

—¿Y qué?

—¿Y qué? me agrada la pregunta.

—¿No encuentra usted nada de qué acusarse? ¡Feliz usted!

—¿Quién se atreverá en el mundo á tirar la primera piedra?

—Pero hay circunstancias que atenúan ó aumentan la gravedad de los hechos. No pretendo yo aplaudir, ni disculpar siquiera, con la situacion en que esa jóven se hallaba cuando conoció á su hijo de usted, el hecho que deplora. No obstante, cuando la comparo con usted en épocas en que acontecieron hechos parecidos, y otros de diversa índole y gravedad, ya que no la disculpe, no puedo ménos de compadecerla y de contribuir, hasta donde alcancen mis fuerzas, á reparar el mal que la aflige. Usted, á quien todo halagaba, juventud, fortuna, consideracion, respeto; usted, rodeada de una multitud de adoradores que se disputaban el premio de una sonrisa, de una mirada, se casó cuando apénas habia salido de la niñez, con un conde, tan lleno de años como de achaques, sólo por su incalculable riqueza, que usted esperaba heredar en breve, juntamente con el título nobiliario que á usted le faltaba. ¡Qué vida pasó el buen señor! La indiferencia, el des-

vío, el desprecio con que fué tratado por usted abreviaron sus dias, dejando por heredero de su nombre á su hijo Alejandro, que hijo le llamó siempre, y en la partida de bautismo de Alejandro y en el testamento del conde, consta como tal. La verdad la sabemos pocos. No tardó el padre de Alejandro (que por cierto, no era ningun grande de España, sino un lacayo) en seguir al conde; murió tambien, y quedó usted dueña del título y de los bienes de su esposo. Yo, que poseia todos los secretos de la familia, prendado de usted, comprendí el partido que podia sacar de mi posicion, y he tenido la suerte de seguir administrando la casa hasta el dia de hoy, en que usted me ha anunciado mi cesantía y reemplazo. Tenemos, pues, que usted faltó voluntariamente á sus deberes de esposa; que por las venas de su hijo no corre sangre azul, sino sangre plebeya; que habiendo parientes del conde con derecho á su título y á la mayor parte de sus bienes, el título que usted lleva y las riquezas que disfruta son usurpados; y en fin, que comparada con usted esa desdichada criatura, de cuyos antecedentes y actual situacion estoy enterado, es un ángel, una santa, que pudiera decir á la que aquí la ha ultrajado, y con más razon que ella: «Usted es indigna de besar el polvo que pisan mis piés;» ó en otros términos: «Usted es la sarten del proverbio; yo soy el cazo».

— ¡La situacion de esa desdichada criatura!

— exclamó la condesa, repitiendo con malicioso tonillo estas palabras del señor de Peña. — No debe ser tan desesperada, á juzgar por lo que mi hijo ha derrochado con ella.

— Yo me referia á la situacion en que se hallaba cuando Alejandro la conoció. ¡Oh, señora! ¡No es difícil, habiendo voluntad, dar ejemplo de virtud, cuando á una persona le sonrie todo lo que origina las inquietudes y las ambiciones de tantas y tantas otras! Pero que esta persona misma nazca en la miseria; que desde que abre los ojos á la luz, apénas encuentre en torno suyo más que desolacion; que más tarde se vea sola, hermosa, desnuda, hambrienta, sin padres, sin trabajo, con dos hermanitos que le piden pan llamando á su corazon con el gemido penetrante de la infancia; que además, esa jóven no haya querido casarse con un industrial rico, por preferir á un jóven lleno de seducciones, que se presenta con nombre fingido cuando la muerte amenaza á la existencia de uno de los niños; que suceda todo esto, y diga usted, con la mano puesta sobre el corazon, si no hay motivo para temblar hasta por la inocencia de la mujer más fuerte.

Razon tenia Peña. No son las más difíciles las virtudes que cuando tienen hambre, pueden hartarse en opíparos banquetes; que cuando hace frio, se cubren de terciopelo y de pieles y andan en carretela; que cuando hace calor, velan apénas la esplendidez de sus encantos con telas diá-

fanas, y entregan el misterio de sus gracias á las olas de Biarritz ó de Arechavaleta; que pueden satisfacer todos sus caprichos; que tienen familia, amigos y amparo: las virtudes difíciles, que casi rayan en lo imposible, son las que nacen al pié de la calle de la Amargura, y cargadas con la cruz de un dolor que no las abandona, caminan hasta el fin de ella, y el fin de ella suele estar en la muerte.

La cólera prestó á Peña una elocuencia desusada en él, y que más de una vez hizo bajar la frente á la altiva dama. Era indudable á los ojos de ésta que, empeñándose su antiguo administrador é íntimo confidente en desbaratar el enlace de Alejandro con Nieves, todos sus sueños de ambicion se desvanecian como el humo. El título que llevaba ella y que debia pasar á su hijo era, segun he dicho, usurpado; justificada la usurpacion, la boda era imposible, y, por tanto, no adquiriria Alejandro la nobleza que, en otro caso, le hubiera dado su alianza con una familia de la aristocracia. Y luégo, ¡qué vergüenza! ¡qué humillacion! ¡qué escándalo! La buena, la caritativa, la piadosa, la santa, iba á ser derribada del altar que le habia erigido la falsa opinion del mundo, quedando expuesta al escarnio y á la murmuracion, como quedaria la mujer que, despojándose del vestido que la cubre, se presentase en medio de la plaza pública en toda su desnudez. Y sin embargo, la condesa no podia, ni que-

ria renunciar á la pasion profunda que habia despertado los celos en el alma del señor de Peña. Éste lo conocia, y se propuso tomar una venganza que, hasta cierto punto, acallase los remordimientos que á menudo le asaltaban por su complicidad en los hechos que he referido: se propuso casar á Alejandro con la oscura artesana; así se lo manifestó á la condesa, cuando ella le preguntó á qué conducia lo que acababa de decirla.

VII.

Tenian, y con fundamento, al gaditano por un espadachin de primera. Confiado él en la lógica del acero, que á veces resuelve y corta dificultades que han resistido á la fuerza de la razon, y engreido además con su marcial apostura, el mundo venia estrecho á su vanidad. Siempre que hablaba, parecia perdonar á los oyentes; sus miradas eran retos; su paso y su aire los de un triunfador; pero lo que, sobre todo, revelaba sus humos y sus pretensiones al asombro universal, era el aspecto de su frente erguida, espaciosa y tersa, como un cartel en el que se hubieran escrito estas palabras: *Non plus ultra;* hasta aquí. Aunque la condesa lo habia anunciado como huérfano al señor de Peña, tal orfandad no existia; sus padres andaban aun por el mundo; de lo que es-

taba huérfano era de cordura y de meollo, pero pertenecia al número de los que se llaman buenos mozos, de esos bienaventurados que, sin otro capital que su figura, son el ídolo de mujeres frívolas, que depositan á sus piés la ofrenda de su adoracion, y la más positiva, de su fortuna.

Muy léjos se hallaba Peña de participar de los temores de los unos y del entusiasmo de las otras; así es que, ora viese en su altanero sucesor algo que le ofendiera y provocara su enojo, ora desease él mismo buscar ocasion en que abatir su arrogancia, es lo cierto que, bajando un dia la escalera para salir á la calle, pisó al gaditano, que subia, y esta pisada fué como la chispa que inflamó la cólera, ó como si dijéramos, la pólvora que en el pecho del mancebo se habia ido acumulando. No dió tiempo siquiera el gaditano á que su rival se disculpase, sino que, mirándolo con toda la insolencia de que era capaz, le dijo:

—¿No tiene usted ojos, pedazo de...

No le dejó Peña concluir la frase. Adivinar el resto y taparle el rostro con una sonora bofetada, todo fué uno.

—Mire usted si los tengo,—le respondió, siguiendo imperturbable su camino;—me parece que no he errado el golpe.

A la mañana siguiente, se verificaba un duelo entre los dos. Más afortunado ó más diestro el jóven que su adversario, dejólo tendido en tierra de una estocada, y revolcándose en un charco de

sangre. Los padrinos de Peña colocaron el cuerpo de éste, casi exánime, en un coche, y lo llevaron, por indicacion del mismo, á casa de Petra. Ni la autoridad, ni nadie más que la condesa y los que habian intervenido en el lance, tuvieron noticia del hecho. La condesa, que pudo evitarlo, no quiso, porque en su interior deseaba que desapareciese aquel hombre, que era su pesadilla y un estorbo á sus ambiciones.

Ocho dias despues llegó á Madrid, con licencia absoluta, Paco Recio, el hermano de Petra, que enterado por ella de todo lo ocurrido, y por el señor de Peña (cuya herida, felizmente, no era mortal) de ciertas interioridades de la casa de la condesa, principió á discurrir el plan de campaña que, como buen militar, debia emprender para dejar bien puesto el pabellon de su honra.

VIII.

Queria Paco Recio á su hermana más que á las niñas de sus ojos: ella, como ya dije en uno de los capítulos de mi historia, habia sido el padre y la madre de los pequeñuelos; ella habia renunciado durante el servicio del militar á las diversiones de los dias de fiesta, para cuidar de los niños, y á los breves y no muy frecuentes ratos de ocio en los de trabajo, para enseñarles

á leer y escribir, á costa de las infinitas privaciones á que la obligaban los gastos, aunque exíguos, de la enseñanza: para ella como si no existiesen Capellanes, el Ariel, el Tívoli, los teatros caseros y otros puntos, donde sus compañeras de taller se solazaban, y de los cuales le contaban maravillas, cuyo relato nunca logró distraerla de sus deberes y del método de vida que se habia impuesto.

Cuando Francisco salió soldado, vivia aun su padre; pero ya la miseria y el dolor reinaban en el hogar, que á la vuelta encontró más deteriorado, si cabe, y más desierto; porque Petra, luégo que se hubo convencido plenamente de la traicion de su amante, arrojó por el suelo, á su presencia, y destrozó el lindo mobiliario y los demás adornos con que el poder mágico del oro habia trasformado las ruines y tristes habitaciones en una bella morada. El papel con flores de plata habia desaparecido, quedando en su lugar las frias y desnudas paredes, de las que, para que resaltase más la desolacion, pendian aun varios colgajos: á las camas de acero reemplazaron los antiguos tablones verdes: á las sillas de *reps*, sillas viejas de Vitoria y algunos asientos de orillo, sin respaldo: á los trajes costosos de los niños, unas camisetas azules, ceñidas á la cintura por tiras de charol resquebrajado; y para completar el cuadro, en medio de esta escena desconsoladora, veia Francisco destacarse la pálida

sombra, que una sombra parecia, de aquella niña tan dulce, tan viva, tan alegre y tan cariñosa de otros tiempos. ¿Qué eran para él las terribles emociones de la guerra, comparadas con las que sentia ante el espectáculo de la lucha sorda, incesante, de todos los dias, de todas las horas, de todos los momentos, que una débil criatura habia tenido que mantener contra la suerte, y que todos los objetos presentes le estaban revelando?

Paco Recio habia sido, ántes de caer soldado, lo que se llama una cabeza destornillada. Sus travesuras dieron en más de una ocasion que sentir á sus padres, que, no obstante, lo amaban con delirio, porque era bueno para ellos, leal en sus amistades, generoso hasta el extremo; en fin, de fondo tan excelente, que á cada paso desmentia las apariencias. La ordenanza militar modificó su genio de suerte que, al concluir el servicio, parecia la formalidad en persona. Sin embargo, así como en donde ha habido fuego suelen quedar algunas chispas durante más ó ménos tiempo, así tambien le quedó á él algo de lo que habia formado su antiguo carácter. La situacion de su hermana y la conducta de Alejandro le inspiraron un pensamiento que, realizado, iba á eclipsar muchas de sus hazañas de adolescente.

Despues de pasear largo rato por la salita donde estaba la alcoba del herido, acercóse á éste y le dijo:

— ¿Conque la condesa del Milagro quiere despedir al lacayo viejo?

— Así parece; ayer me lo contó Emilia, á quien ha encargado que vea si hay entre sus conocimientos, alguno que haya servido en el ejército, y que tenga una hoja limpia.

— La mia está más limpia que una patena.

— ¿Y qué piensas hacer?

— ¿Yo? — repuso Paco Recio, rascándose la cabeza, con socarronería. — Nàda, que digamos. Los ciegos han de vender por las calles el papelito nuevo que cuente lo que voy á hacer; será una que sea sonada: voy á desbaratar la boda del perillan con la marquesita.

— A ver si te comprometes y nos comprometes á todos.

— Pierda usted cuidado.

— Espera á que yo me restablezca, y entónces...

— ¡Para esperar estamos! No, señor; ni un dia más; tengo ganas de dormir, y no puedo pegar los ojos desde que esta idea anda dando vueltas dentro de mi cabeza. Con lo que usted me ha contado y un poco de maña, sobra para hacer entrar en vereda á esa gente. Lo dicho, dicho; además, ¿quién quita que, aprovechando la situacion de usted, apresuren la boda y nos dejen con un palmo de narices? Nada, nada, — añadió poniéndose un sombrero de copa y mirándose al espejo para sujetar con una sortija el pañuelito

de seda que le servia de corbata; — hagamos un cuarto de conversion á la derecha; paso redoblado, ¡marchen!

Abandonó, en efecto, la habitacion, y preguntándole Petra dónde iba tan majo, porque se habia puesto el traje de gala, le respondió:

— Voy en busca de un desertor, y juro que, ó quedo en la estacada, ó si no quiere volver voluntariamente, lo traigo aquí por los cabezones. ¡Animo, valor y miedo, Petra! ¿No me comprendes? Voy á caza de un novio para tí.

Los informes de Emilia y los que se tomaron en las oficinas militares respecto de Francisco, favorecieron tanto las pretensiones de éste, que fué admitido como lacayo en casa de la condesa. Alejandro, despedido de la de Petra, no habia vuelto á ver á ésta; así es que nada sospechó de lo que contra él se tramaba.

IX.

Una leve indisposicion de la condesa fué causa de que todas las noches la visitasen los padres de su futura nuera, á quienes acompañaba, como es de suponer, la impasible Nieves, el ave fria, como la llamaba Emilia. No por esta causa dejaron de seguir los preparativos de la boda. Nieves encargó á su modista una docena de tra-

jes, cuyo valor, con el de las alhajas que los completaban, hubiera bastado para hacer la fortuna de igual número de familias pobres. Alejandro echó la casa por la ventana, para comprar los regalos de boda, cuya esplendidez producia á la anciana marquesa un dolor sordo en las cejas cada vez que los contemplaba, por el asombro extraordinario que las ponia en movimiento. Su marido la compadecia, pero con una compasion que pudiera parecer maligna, pues se reflejaba en ella el contento interior que le dominaba, por la proximidad de tan conveniente enlace, enlace fijado ya para dentro de dos semanas.

En una de aquellas noches, visitando á la condesa la familia del marqués, apareció Paco Recio en el dintel de la puerta del gabinete, murmurando:

—¡Esta es la mia!

Al verlo, exclamó la condesa, con tono áspero:

—He dicho á usted que nunca entre hasta que se le llame. ¡Se toman ustedes unas libertades!

Pero Francisco, léjos de obedecer, dirigióse resueltamente á su señora con los brazos abiertos, como si pretendiera estrecharla en ellos. Levantóse asustada la condesa, creyendo que su lacayo se habia vuelto loco, y aplicó la mano al timbre que habia sobre un consola.

—Si llama, usted, canto,—dijo Paco Recio,

permaneciendo de pié en medio de la estancia, y cruzándose de brazos.

—¿Qué atrevimiento es este?—gritó la condesa;—usted sin duda ha perdido el seso.

—Repito,—exclamó él,—que si llama usted, canto. Serénese usted, siéntese usted, escuche una palabra, y verá que, gracias á Dios, me encuentro en mi cabal juicio. Yo no soy lo que parezco; soy un estudiante que se muere por ese garbo que Dios le ha dado á usted, y desea llevarla á la Vicaría, claro: ¿para qué hemos de andar con tio, páseme usté el rio?

El marqués miraba alternativamente á cada uno de los circunstantes, y por último interrogó con los ojos á su mujer acerca de lo que pasando estaba. Las cejas de la marquesa formaban dos arcos tan abiertos, que casi le cogian toda la frente. Nieves tal vez esperaba á que el mundo se hundiera, parà dar muestras de sensibilidad; estaba pensando, no en su novio, sino en los trajes de boda, y el accidente que vino á turbar la monotonía de la visita, apénas interrumpió un segundo el hilo de sus interesantes meditaciones.

La mirada fija y serena del lacayo ejerció tal imperio sobre la condesa, que por fin la obligó á sentarse y escuchar resignada lo que un presentimiento súbito le anunciaba, haciéndola temblar de piés á cabeza.

—Señor marqués,—dijo Paco Recio,—pido á vuecencia que se digne responder á lo que voy

á preguntarle, así por lo que á mí me interesa, como por lo que pueda interesar á su hija. ¿Qué haria vuecencia con el hombre que, aparentando buenos fines y fingiéndose príncipe ó limpiabotas, que para el caso es igual, entrase en su casa y deshonrara á esta señorita, abandonándola despues á su desgracia?

La marquesa refunfuñó entre dientes:

—¡Qué embajada!

Su marido recordó que era marqués, miró con desdeñosa indiferencia al lacayo, y respondió:

—¿A usted qué le importa? ¿Quién es usted para dirigirme tan irrespetuosamente la palabra?

—Si vuecencia no desea otra cosa que saber quién soy, para contestarle, le diré, y ahora hablo formal, que soy hermano de Petra; y me parece que si la ley ha de ser igual para todos, y no es la ley del embudo, lo ancho para unos y lo estrecho para otros, la señora condesa no ha debido enfadarse porque yo quisiera abrazarla y porque la haya declarado mi atrevido pensamiento. Algo más se propasan ciertas personas que yo me sé, y viven, y beben tan guapas y tan contentas, sin reparar en melindres. Conque, vamos, señor marqués: vuecencia, que es una persona completa y respetable, segun tengo entendido, ¿qué haria con el que deshonrase á su hija?

—Mandaria que lo arrojaran por el balcon á la calle, como voy á mandar que arrojen á usted de aquí á palos, para castigar su insolencia.

Y diciendo y haciendo, levantóse el marqués, con ánimo de llamar gente; pero cerrándole el paso Francisco, le dijo con voz firme:

— Señor marqués, tengo una hermana que el señorito Alejandro ha perdido, y no permitiré que se case con nadie más que con ella, ó ha de arder Madrid.

La condesa le interrumpió, exclamando:

—No le crea usted, marqués; habrá sido, si acaso, un galanteo, un capricho sin consecuencias, con alguna modistilla de baja estofa que habria soñado emparentar con una familia noble, inventando cuentos ridículos para...

— ¡Con una modistilla de baja estofa! — repitió Paco Recio, lanzando á la condesa una mirada que la confundió. — ¡Con una modistilla de baja estofa! ¿Y quién es usted, señora? ¿Quién es su hijo de usted, el gran *tamberlan* de Persia? Todo se sabe, señora, todito, hasta lo de la callejuela. ¡Tanto escrúpulo porque le he declarado mi amor y he querido abrazarla! ¿Y mi hermana, señora? ¿De qué es el corazon de su hijo de usted, de carne ó de piedra de sillería? ¿Qué daño le habia hecho aquella pobrecita, débil y sin defensa, para matármela de pena, como me la ha matado? ¿Cómo no se le caia el alma á los piés al señorito Alejandro, cada vez que los ponia en el cuarto de mi hermana, con sólo ver aquel cuadro lastimoso? ¿Paren y crian nuestras madres á nuestras hermanas, para que el primer tunante

á quien se le antoje las atropelle y pisotee su honor, y luégo si te he visto no me acuerdo? Pues el hijo de mi padre no ha de consentirlo, y aunque sepa que despues me dan garrote en el Campo de Guardias, he de sacar la cara por Petra, y ha de saber todo Madrid quiénes son más de cuatro.

Francisco, trémulo como un azogado, sacó el pañuelo y se lo pasó por los ojos, para enjugarse las lágrimas que atropelladamente asomaban á ellos.

La condesa, abrumada bajo el peso de las acusaciones, un tanto vagas para la familia del marqués, demasiado significativas para ella, que veia en todo la mano del señor de Peña, no sabia cómo ahuyentar el nublado que se le venia encima. Discurrió evasivas, intentó disculparse, pidió á su orgullo fuerzas para anonadar con una palabra, con un gesto al hombre que primero habia osado levantar, delante de gente, la punta del velo que ocultaba sus flaquezas, y la conciencia de su culpa la redujo al silencio más absoluto, despues de decir á Francisco:

—Desprecio altamente las injurias y las calumnias que acaba usted de proferir; las palabras se toman segun de donde vienen.

—Es que no sirve que usted desprecie mis dichos, señora, —replicó Francisco;—yo los haré buenos, si usted se empeña, y saldrán todos los trapos á relucir. ¿A que salen ahora mismo? ¿qué apostamos á que sí?

Calló por breve espacio Paco Recio, y de repente exclamó:

—Vaya otro par de preguntas, y no canso más, señor marqués: ¿sabe vuecencia quién es el señorito Alejandro? ¿Sabe vuecencia que el título de...

—Francisco,—le interrumpió la condesa con acento suplicante;—¿quiere usted hacerme un favor, ya que olvida, segun parece, el derecho que me asiste á mandar en mi casa y á ser obedecida?

—Usted dirá, señora,—respondió Paco Recio, conociendo que sus disparos daban en el blanco á que los dirigia.

—El favor es,—continuó la prudente dama,—que se retire usted; yo le doy mi palabra de oirle despues y de acceder á todo lo que sea justo.

—No tengo inconveniente. Yo soy un cordero cuando se me trata como corresponde: cuando se me desprecia y se me pisa, entónces me las peleo hasta con mi sombra.

Luégo que salió Paco Recio, la condesa dijo á la visita:

—Es un buen muchacho, que se dejaria hacer pedazos por mí; pero tiene el pícaro vicio de la embriaguez, y de un hombre bebido ya se sabe lo que debe esperarse: al fin, me veré, contra lo que me dicta mi corazon, en la necesidad de despedirlo, porque lo que acaba de hacer pasa de raya y no admite disculpa. ¡Ya ven ustedes, has-

ta he tenido que suponer en Alejandro, creyendo acertarla, devaneos en que jamás ha pensado!

Despidiéronse á poco el marqués y su familia, los cuales, una vez en su casa, comentaron lo que ocurrido habia en la de la condesa.

—No veo claro, —dijo el marqués, devanándose los sesos para adivinar el sentido de las palabras amenazadoras de Francisco.

—Tampoco yo, —repuso su esposa, cuyas cejas habia dejado inmóviles el asombro.

—¿Tú qué opinas, Nieves?—preguntó el anciano á su hija.—¿Te parece Alejandro digno de tí, en la suposicion de que sea cierto lo que vagamente ha indicado el lacayo de la condesa?

—A mí, —respondió Nieves, —me pareçe... lo que os parezca á vosotros. Si quereis que me case con Alejandro... me casaré, y si no... lo mismo me da.

X.

La condesa tuvo que rendirse á discrecion, como diria Paco Recio; le iban en ello su título, su fortuna y su fama. Habia dado con la horma de su zapato, habia dado con un hombre de corazon entero, y tan sordo á sus amenazas como á las seductoras tentaciones del oro que á manos llenas le ofrecia la condesa para matar sus es-

crúpulos. Paco Recio defendió la honra de su hermana, como un perro fiel defiende y guarda la vida del dueño que lo alimenta, negándose á toda transaccion que no comenzase por el casamiento de Petra con Alejandro. Al efecto, enteró á éste, en confianza, de su orígen, de los derechos que los parientes del difunto conde tenian á sus bienes y al título que su madre llevaba, y de lo dispuesto que se hallaba el señor de Peña á exhibir las pruebas, pues conservaba cartas y otros papeles y documentos irrecusables.

Los amoríos insulsos, problemáticos, y la concertada boda de Nieves y de Alejandro, fueron, pues, acabando por consuncion, y la humilde modista paseaba, dos ó tres meses despues, en carretela por la Castellana, llevando en su compañía al estudiante de marras, que bien puede llamarse estudiante al heredero de un nombre nobiliario, que así le pertenecia, como el de Ramon Espejo, cuando emprendió la conquista de la que hoy es su legítima consorte, y á quien primero tuvo que amar á la fuerza, luégo por compasion, y últimamente con toda su alma, porque encontró en ella tesoros de ternura.

La aristocracia se escandalizó como nunca al verificarse este matrimonio desigual: el tiempo y la posicion independiente de Alejandro, cuya prodigalidad explotaban *dandys* menesterosos y nobles arruinados, hicieron lo demás, y aun le franquearon las puertas de multitud de corazones

que quizá no hubieran respondido, á ser otras las circunstancias del hijo de la señora doña Virtudes, condesa del Milagro.

La cual, no obstante la preferencia que sobre el señor de Peña, su antiguo favorito, le mereció en lo sucesivo su nuevo administrador, el gaditano huérfano (cuyos padres vivian), siguió tratando á aquél con el respeto á que eran acreedores sus servicios, y aun le perdonó con la magnanimidad propia de quien consagra sus dias á empresas caritativas, el paralelo que habia formado entre su virtud y la de la costurera, demostrando hasta la última evidencia que la sarten del refran era ella, y el cazo la víctima de los caprichos de su amado hijo.

FIN.

¿DE DÓNDE LE VINO AL GARBANZO EL PICO?

¿DE DÓNDE LE VINO AL GARBANZO EL PICO?

I.

Atravesando no há mucho la Carrera de San Jerónimo un caballero decentemente vestido, pero con aire y trazas de provinciano, quizá nuevo en la córte (á juzgar por su embeleso y cándida curiosidad en la contemplacion, así de los transeuntes, como de los escaparates de las tiendas), tropezó casualmente con otro, á quien, lleno de alegría, tendió los brazos para estrecharlo en ellos, pronunciando esta sola palabra:

—¡Próspero!

Miróle éste, no poco sorprendido de la llaneza y confianza del forastero; el cual, como viese que no se correspondia á su demostracion cariñosa, hubo de repetir aquel nombre, logrando que se le contestase, aunque fria y secamente:

—¡No recuerdo quién...

—¡Soy Fidel, tu amigo, tu paisano Fidel!

Próspero (que no era miope) sacó unos quevedos, púsoselos, contempló con descaro á su amigo, dejó caer sobre él, desde lo alto de la vanidad que revelaba todo su aspecto, una mirada pare-

cida á la limosna que indiferentemente se da á un pobre, y dijo con igual frialdad que ántes:

— ¡Ah, sí!

El bueno de Fidel se quedó con los brazos tendidos, la boca abierta y los ojos alelados; no queria dar crédito á lo que viendo estaba.

Esforzóse, no obstante, en disimular el disgusto que le habia ocasionado el desaire, y aun hizo el sacrificio de dirigir nuevamente la palabra á su interlocutor, en estos términos:

— ¿Qué tal te va por Madrid? Parece que medramos ¿eh? ¡Me alegro, hombre, me alegro mucho!

— ¡Gracias! — respondió lacónicamente el cortesano.

El traje de Próspero era elegante y recien hecho; pero como á Próspero le faltaba elegancia, parecia estar agarrotado con él. ¿Hay nada en el mundo que pueda comunicar á un palo, por mucho que á él se ajusten las prendas de corte más gallardo y de cosido más intachable, la vida, la expresion, la gracia, la flexibilidad y el libre movimiento que se admiran en las personas acostumbradas al lujo desde la cuna, ó nacidas para lucir en sociedad? Pues el conciso Próspero, con su sombrero de seis duros, su levita nueva de finísimo paño, su chaleco de seda superior, su pantalon de exquisita lana perla, sus guantes de piel de Suecia y sus botas de charol, era un palo vestido. La misma rigidez, igual embarazo, idéntica

gravedad, automática. Un dia le llamó un periódico don Magnífico, formando un paralelo entre su magnificencia teatral y la grotesca majestad de ciertos actores representando el papel de reyes.

Al oir la respuesta de su amigo, Fidel exclamó mentalmente: — Este chico es tonto de capirote.

El rápido exámen que del traje y de la prosopopeya de Próspero hizo en seguida, le confirmó en su idea.

Acercóse en esto á los dos amigos otro personaje, perfilado como Próspero, aunque de facha ménos *cursi*. Próspero dobló la espina dorsal ante el recien venido, estrechándole con efusion entrambas manos, en muestra de cordialísimo afecto y aun quizá de veneracion. El personaje era un general. Despues del saludo, estuvieron hablando cosa de media hora, á cierta distancia del forastero, sin hacer más caso de él que de Casca Ciruelas. Despidiéronse, por último, prévio otro fuerte apreton de manos; Fidel quiso ejecutar lo propio, pareciéndole, empero, que la buena crianza le exigia dar cuenta á Próspero de su paradero, como lo verificó, añadiendo que si se le ofrecia algo para Málaga (de donde entrambos eran naturales) le mandase, pues iba á ponerse en camino para dicha ciudad en la semana próxima. Próspero se dignó presentar al forastero, no las dos manos, sino dos dedos, que éste apretó con toda la mano derecha, y cada cual si-

guió su rumbo; el primero, siempre tieso y enamorado de su importancia; el segundo, volviendo atrás la vista para despreciarlo, ó para compadecerlo.

II.

Próspero habia venido á Madrid, por vez primera, ocho años ántes de la escena que sucintamente acabo de relatar; y habia venido tan lleno de ilusiones y con tales brios para realizarlas, que no Madrid, el mundo todo debió figurársele fácil conquista.

Hé aquí los elementos de que á la sazon disponia:

1.° Inexperiencia absoluta de las cosas de la vida.

2.° Amor á la gloria, ó á lo que él entendia por gloria.

3.° Hambre canina y de fecha.

4.° Mucha prisa de satisfacerla.

5.° Una barbaridad de versos.

6.° Una racion de orgullo, que ni el de Don Rodrigo en la horca.

7.° Un cofre casi vacío, y un cerebro vacío sin casi.

8.° Una audacia sin límites.

9.° Diez cartas de recomendacion para igual número de eminencias literarias.

Poco despues de su llegada, principió á conocer que la conquista de la gloria (si ha de realizarse por medios decorosos) era más difícil de lo que él se habia imaginado. Siguió acosándolo el hambre; y aunque en varias reuniones aplaudieron atronadoramente sus versos (debiendo llorarlos con lágrimas eternas), y aunque entre él y media docena de amigos confederados, que escribian en otros tantos periódicos y se prestaban recíproca ayuda, quedó establecido que era un poeta descomunal (como que al año y pico de darse á conocer no se contentaba ya con que lo llamasen *el apreciable*, ó *el distinguido*, y apénas si permitia sin irritarse la calificacion de *eminente*), es lo cierto que ningun editor le ofreció un ochavo por los versos aquellos, sospechando que el público no le ofreceria á él, si los coleccionaba, un céntimo siquiera.

Los literatos á quienes entregó las cartas, prometiéronle tesoros de amistad y proteccion por arrobas, elogiando á presencia suya las producciones que sometió á su exámen, ó lo que es lo mismo, á su alabanza. No tardó en conocer el verdadero valor de amistades y apologías semejantes; pero á bien que se desquitó, pues como se consideraba un coloso, para él no hubo ya reputacion, por sólida y legítima que fuese, que le llegase á los tobillos y mereciera respeto alguno.

Seria cuento de nunca acabar, si refiriese una por una las principales vicisitudes que agitaron

la vida del atribulado Próspero durante cinco años; en los que su génio, saliéndose de madre, inundó materialmente la república literaria de romances, décimas, seguidillas, sonetos, odas y artículos; amenizándolo, además, con un terrible *chubasco* de dramas y de novelas, y un poema trascendental inconmensurable, enciclopédico, que debia abarcar desde el nacimiento del primer hombre hasta el Juicio final, desde la aurora del mundo hasta la fabricacion de los chanclos de goma elástica; porque su cabeza era un volcan en ebullicion permanente.

Al cabo de los cinco años, se convenció de que no le llamaba Dios por el camino de las letras, ó bien de que es el más difícil, espinoso, largo y estéril de todos. Las ilusiones abandonaron su alma, como á veces un enjambre de abejas abandona la colmena en que principiaba á labrar rubios panales; y con ser él tan pequeño, se echó á *hombre importante*, es decir, á político. Su portentosa nulidad le auguraba un porvenir lisonjero en este oficio.

III.

La política es en nuestro país una especie de convento, donde es socorrido todo el que á sus puertas acude con hambre y poca aprension para

satisfacerla. No hay mendigo de esta especie, cuyo puchero no reciba, ántes ó despues, de mano de algun lego con facha de abad, su correspondiente racion de sopa. El país es *rico*, y el país paga.

Comenzó Próspero la campaña haciendo con sus antiguas opiniones lo que hacen los sastres para coser y planchar las costuras: volver las prendas del revés; y acto contínuo, dióse á escribir (provisto de las dos primeras virtudes teologales, fe y esperanza) en un periódico ministerial; enjaretando alabanzas, nunca oidas hasta entónces, de fulleros por él aborrecidos, y algunos de los cuales no estaban en Ceuta, porque no ha de estar precisamente en Ceuta todo el mundo.

Díjose por entónces tambien que el precio del incienso habia subido en el mercado. Ignoro la relacion que este hecho pudo tener con el otro; en su consecuencia, me limito á consignarlo; conste sí, porque lo sé de buena tinta, que nuestro futuro hombre de Estado escribia con pluma y no con incensario, como disparatadamente supusieron malas lenguas.

En la escuela del periodismo semi-oficial aprendió virtudes que, si anteriormente fueron contrarias á su carácter, habian de constituir despues sus títulos más bellos, más legítimos, más decentes y más dignos de recompensa. Una de ellas fué la humildad. Sirvió tan ciegamente á sus pa-

tronos, en sus deseos, en sus caprichos, en sus mandatos y hasta en sus intenciones, que hubiera dado celos á un negro de Angola. Cierto dia, visitando á un ministro en el despacho de su casa, le dijo su excelencia:

—Próspero, levántese usted y cierre esa puerta.

Y él la cerró, tropezando en la alfombra, á peligro de romperse la crisma, por la precipitacion con que quiso obedecerle. El señor ministro disfrutaba de perfecta salud, pero principiaba el invierno y no quiso morir de un aire colado.

¿Quién duda que, á decirle su excelencia que le limpiase las botas y le cepillase el gaban, lo hubiera hecho, y no de cualquier modo, sino con garbo y maestría?... Supóngalo el lector, y acaso no suponga nada de más; pues, en último resultado, quien ganaba en ello era el principio de autoridad, proclamado y defendido por Próspero en el periódico del ministro, y no era cosa de faltar á él en la práctica.

En su oficio de periodista ministerial reveló tambien la extraordinaria penetracion de un zahorí. Así como éstos descubren con la vista,—segun dicen,—tesoros escondidos en las entrañas de la tierra, así él descubrió en diputados silenciosos y discretos como guardacantones, tesoros de elocuencia y de entendimiento que dió á conocer al país en una série de reseñas parlamentarias, en que, al mismo tiempo, negaba á los de la oposicion hasta el sentido comun,

descargando sobre ellos todo linaje de desvergüenzas.

Estos y otros muchos trabajos patrióticos por el estilo, le valieron en tres años una plaza de oficial de secretaría, promesa de una direccion general, un asiento en la Cámara *baja* y la gran cruz de Cárlos III.

La Política, no fué, por lo visto, dama tan melindrosa como la Poesía.

¡Ah! se me olvidaba: Próspero echó tripa de más; indicio infalible que revela al hombre satisfecho: lo que echó de ménos fué el pudor; pero como estas pérdidas no se anuncian en el *Diario de Avisos*, decidió no ponerse en ridículo ofreciendo poco ni mucho hallazgo á quien se lo hubiese encontrado.

Tal era su situacion cuando el tropiezo con Fidel, cuya resolucion de partir á Málaga sin verlo ni hablarlo hubiera sido irrevocable, á no ocurrir un incidente que le obligó á variar de propósito.

Hélo aquí.

Pasando otro dia el forastero por la Carrera de San Jerónimo, donde habia recibido el desaire de su majestuoso amigo, vió asomar primero la cabeza de éste por la ventanilla de un coche, y despues una mano que lo saludaba, ejecutando iguales movimientos que si agitase un abanico.

Fidel, que era indulgente, y conservaba todavía restos de cariño á Próspero, sintió como una especie de remordimiento; así que, ántes de acu-

sar á su amigo, prefirió condenarse á sí propio, creyendo haber cometido, sin saberlo, alguna indiscrecion, alguna torpeza.

¿Quién era el culpable, Fidel ó Próspero? No juzgaré yo aquí la conducta de ninguno de ellos; así, pues, me limitaré á decir sencillamente que, vanidoso ó no, Próspero tenia la galante costumbre de saludar y sonreir á derecha é izquierda, sin esconder la cara (ántes al contrario, regocijado de que le viesen) cuando en carruaje cruzaba las calles y los paseos.

IV.

—Puesto que con tanta afabilidad me ha saludado, —quedóse discurriendo Fidel, —pelillos á la mar: averiguaré dónde vive, iré á visitarlo, y refrescaremos la memoria echando un par de parrafillos sobre los alegres dias de nuestra niñez y de nuestra adolescencia: le manifestaré francamente el disgusto que recibí cuando nuestro primer encuentro, creyéndome desdeñado, y él me explicará con igual franqueza la causa de su aparente desvío, y aun me pedirá perdon, si su amistad y su carácter no han variado, como es de presumir. Yo nada he de pedirle, para nada lo necesito: él debe saberlo: si no lo sabe, procuraré ocultárselo, y de esta suerte probaré hasta

qué punto han influido en sus antiguos sentimientos los favores con que, al parecer, lo halaga la fortuna.

Despues de preguntar por él en su casa una docena de veces, su terquedad obtuvo al fin el premio debido: concedióle Próspero una entrevista, no sin hacerle sufrir una hora de espera, porque cuando llegó se estaba vistiendo su excelencia.

La acogida fué ceremoniosa. Próspero salió de un gabinete á la sala, envuelto en una bata de seda, con la pompa de un pavo real cuando despliega la cola.

Fidel, heredero de una gran fortuna á la muerte de sus padres, se habia quedado pobre poco ántes de venir á la córte su amigo, el cual seguia creyéndolo en la miseria. En tal supuesto, naturalmente pensó que el empeño de Fidel en visitarlo, reconocia por objeto alguna pretension de las muchas con que á los padres de la patria asedian las personas á quienes deben la paternidad. Así, pues, para evitar importunidades, resolvió disuadirlo de toda gestion, pintándole la imposibilidad en que se hallaba de servir á nadie, ni aun á los amigos: porque, no obstante su ministerialismo, se habia propuesto, — segun manifestó, — conservar su independencia; aunque no faltaba quien murmurase que era corredor de destinos.

— Los lazos que al gobierno me unen, — dijo,

— son puramente los de las ideas, sin mira alguna de interés bastardo. Miéntras el gobierno sea fiel á los principios que lo han elevado, puede contar con mi apoyo y el de mis amigos; pero si, lo que no es de creer, se apartara de ellos, no seria mi voz la última en combatirlo. Por lo dicho comprenderás, Fidel, lo resuelto que estoy á no ligarme con compromisos que, en un caso dado, me priven de mi libertad de accion. Ya es tiempo de que los hombres públicos, y particularmente los mandatarios del país, den ejemplo de moralidad, practicando los deberes que les impone su alta y sagrada investidura. Yo por mi parte, los cumpliré: si mi hermano se levantase del sepulcro y apelara á mi influencia para la consecucion de un destino, me oiria las mismas palabras que tú acabas de oirme.

No faltó en esta oracion, dicha con énfasis y petulancia risibles, ninguna de las vulgaridades que son de ene en los discursos de los hombres ligados al poder: hubo aquello de *el órden amenazado, la hidra de la discordia, las instituciones que peligran, las bases fundamentales de la sociedad combatidas, los enemigos del reposo público, las ambiciones desencadenadas, la defensa de objetos sagrados, los intereses conservadores*, etc. No parecia sino que Próspero se dirigiese á un demagogo desorejado.

Fidel pensaba en tanto:

— ¿Quién diria que este Próspero tan majo, tan

tieso y tan formalote, que casi mete miedo, es el Próspero descamisado, comunicativo y revoltoso de otros tiempos?

Apénas habian trascurrido diez minutos desde el principio de la entrevista, presentóse en la puerta del gabinete una jóven lujosamente ataviada, la cual hizo esta exclamacion de sorpresa, á Próspero dirigida: «¡Ah!... ¡Estabas aquí!»

Y doblando levemente la cintura como para saludar, entróse de nuevo en la estancia de donde habia salido.

—¿Es tu esposa?—preguntó con ingenuidad el forastero.

Próspero, en vez de contestarle, dijo:

—Chico, dispensa, pero negocios precisos me obligan á dejarte: otro dia, si vienes, dedicaré á tu amistad un buen rato. Conque, adios, y cuenta siempre conmigo.

Así diciendo, levantóse, y alargando los dos dedos de marras á Fidel, emprendió la retirada al gabinete, con el aire fastuoso que en el momento de su aparicion.

—¡Cuenta siempre conmigo!—murmuró el forastero.—¡Como si uno le pidiese algo!... ¡Cuenta siempre conmigo! ¡Pues si esto no es ponerme de patitas en la calle, venga Dios y véalo! ¡Habráse visto majadero por el estilo! ¡Qué soberbia! ¿Y por qué? ¿quién es él?... ¿De dónde le vino al garbanzo el pico?

Ignoraba Fidel que su amigo fuese oficial de

secretaría y caballero gran cruz de Cárlos III; y en cuanto al *nombramiento* de diputado á Córtes, se habia hecho durante un reciente viaje de Fidel á Inglaterra.

Salió de la sala el forastero, perdióse en los pasillos, y no acertando con la puerta de la escalera, ni habiendo quién se la indicase, tornó casi al mismo punto de partida, á tiempo que Próspero decia en el gabinete á un criado, con voz tan fuerte que Fidel no perdió palabra:

— Siempre que vuelva á preguntar por mí el sugeto que acaba de visitarme, que he salido. Es un plomo, y no está uno para malgastar el tiempo tontamente.

¡Considere el lector cómo se quedaria el *sugeto*, al oir semejante órden!

No era vengativo Fidel; y sin embargo, le produjo tan desagradable impresion el comportamiento de Próspero, que todo se volvia discurrir la manera de manifestárselo, en términos de que no le quedasen ganas de faltar otra vez impunemente á las consideraciones que la buena educacion exige.

En su consecuencia, decidió suspender por algun tiempo el regreso á Málaga.

V.

Fidel está convidado á comer en casa del marqués de Escudo-Rojo, senador del Reino, persona

de carácter tan bello que sólo cede en belleza á la que físicamente adorna á su sobrina Dolores, fresco pimpollo de diez y siete años, cuya imágen se ha grabado como con buril en lo más íntimo del corazon de Próspero. El único, mejor dicho, el principal defecto del marqués, es el orgullo de raza; á sospechar que Próspero anda á los alcances de Dolores, ya le hubiera dado muy frescamente con la puerta en los hocicos, á pesar de su plaza de oficial de secretaría, su gran cruz de Cárlos III, su diputacion, su prosopopeya, su corbata y demás.

Próspero, para subir á la altura en que se gallardea, ha tenido que sufrir, á imitacion de la mayor parte de los advenedizos de la fortuna, diversas trasformaciones: nació caracol, convirtióse en sapo, despues en culebra, y arrastrándose con pujos de águila, ora via recta, ora describiendo curvas, círculos y otras vistosas figuras geométricas, llegó á la colina en que se encuentra, y que mide, en su concepto, la elevacion del Himalaya. Ocupado sin cesar en su engrandecimiento, padece notables distracciones cuando habla: no es raro, ni mucho ménos, que en vez de dar á uno los buenos dias, exclame, *verbi gratia:* «*Acabo de ver á mi amigo el marqués de...*» «*Voy á visitar á la condesita de...*» «*Me llama el ministro Fulano...*» «*El concierto del banquero Mengano estuvo magnífico...*» y así sucesivamente. Hace tiempo se le ha encalabrinado la

idea de que es vástago de no sé qué noble cepa, y se da cada atracon de heráldica y acosa con tal insistencia á un anticuario, en busca de su orígen, que si no topa con él muy pronto de seguro cae enfermo. ¿Encontrará la cepa?... Es posible: afloje la bolsa, y cuando no lo hagan descender del Preste Juan de las Indias, me dejo cortar la cabeza. Allá va un dato, un hilo para dar con la cepa, digo, con el ovillo: su abuelo fué tabernero, y su padre un borrachon de primer órden, sin oficio ni beneficio.

La presencia del amigo de Próspero en casa del marqués de Escudo-Rojo y la cordial acogida que en ella recibe, tienen una explicacion muy sencilla. Arruinado Fidel, no por vicios ni falta de celo en el cuidado de sus intereses, sino por mala estrella, pasó á América, en donde gracias á su honradez y á su trabajo hizo en ocho años un caudal respetable que, unido al dote que le llevó su mujer, ya difunta, le convirtió en millonario. La buena amistad que habia mediado entre su padre y el marqués de Escudo-Rojo, con quien lo ligaban tambien relaciones de parentesco, aunque remotas, no se interrumpió por la muerte del primero: además, Fidel ha prestado sumas de consideracion al marqués, en cuya mente quizás bulla la idea de un enlace entre Dolores y el forastero.

Demos ya por terminada la comida, y admiremos otra vez el continente augusto y grave paso

de Próspero que, hecho un paquete, llega á los postres, para entregar al marqués, en propia mano, el número del periódico en que ahora escribe, y en el cual lo ha puesto al nivel de Demóstenes y de Ciceron, por el discurso pronunciado ayer en el Palacio de Doña María de Aragon. Es el marqués un alma de Dios, sin pretensiones oratorias malditas, pero de buen sentido, y seguramente si de algo se asombra siempre que habla, es de que los senadores no se duerman ó echen á correr; sin embargo, es tambien indulgente, y perdonará á Próspero las adulaciones con que se ha empeñado en afligirlo.

Todos los músculos, nervios, ligamentos, coyunturas, tendones y demás partes que forman el aparato locomotor de la máquina llamada Próspero, se ponen en juego, para ejecutar el saludo más reverente de que hay noticia en las crónicas de las antesalas, oficinas y salones. La trascendencia de este acto es tal, que ciega al recien venido, hasta el punto de no conocer de pronto á su amigo y paisano Fidel.

Pero al levantar los ojos y fijarlos en él, tiene *la alta dignacion* (estilo suyo) de dispensarle un saludo que pudiera ser más expresivo, y sin duda lo será, cuando sepa los grados de amistad que lo unen con el marqués.

Fidel traza en un momento su plan de campaña y sólo espera un motivo, un pretexto cualquiera para principiarlo.

—El señor,—dice el marqués á Fidel, por el recien venido,—es don Próspero Cigarron, paisano de usted, oficial de secretaría y diputado á Córtes.

Y añade por el viudo, dirigiendo la palabra á Próspero:

—Este caballero es don Fidel Luna, pariente mio y rico propietario de Málaga.

—¡Cómo!—exclama Próspero, poniéndose los quevedos y lanzándose á Fidel, con los brazos abiertos.—¿Cómo vamos, hombre, cómo vamos? ¿qué es de tu vida? Dispensa, Fidel, dispensa: ¡ya se ve, hace tanto que no nos vemos!

A Fidel le aterra la frescura escandalosa de su amigo: con todo, le queda serenidad suficiente para contestarle:

—No sé cómo dices que hace tanto que no nos vemos, cuando ayer mismo te visité: por cierto, que despues de separarme de tí en la sala, como me dejaste solo y soy algo torpe, me perdí en los pasillos del cuarto, y oí que decias en el gabinete á un criado: «Siempre que vuelva á preguntar por mí el sugeto que acaba de visitarme, que he salido. Es un plomo, y no está uno para malgastar el tiempo tontamente.»

—¿Yo?

—¡Tú!

—Hombre, lo diria por otro.

—¡Quizá!

—Pues señor, ¡me clavó!—gruñe para sí Próspero.

— Yo que tengo, por lo visto, mejor memoria que tú, — continúa Fidel, — recuerdo perfectamente nuestros primeros años; recuerdo que...

Próspero ve venir sobre su cabeza un nublado espantoso, é interrumpe en el acto á su amigo, diciendo:

— ¡Tambien yo lo recuerdo todo, todo! pero no molestemos al señor marqués y á Dolorcitas con...

— No, no nos molestan ustedes, — observa con amabilidad el marqués. — Al contrario, cuando uno habla ú oye hablar de los dias de la niñez, se rejuvenece.

— No puedes figurarte, — prosigue impertérrito Fidel, — lo grato que me ha sido saber que eres lo que se llama una persona de importancia y de campanillas. ¡Ahí es nada lo del ojo!... ¡Gran cruz de Cárlos III! ¡Diputado á Córtes!... ¡Caramba! ¡Ignorante y necio de mí que, al ver la estupenda majestad con que correspondiste hace unos dias en la Carrera de San Jerónimo á la sencilla efusion de mi cariño, me pregunté: *¿De dónde le vino al garbanzo el pico?* Porque como te habia conocido yo hecho un bacalao, casi desnudo y casi... Dime, Próspero, ¿qué ha sido de tus hermanas? ¡Pobrecillas! ¿Lavan todavía para las casas? ¿Siguen ribeteando zapatos? ¡Qué buenas y qué honradas eran las infelices! Quien no merecia disculpa era tu padre, que no salia del juego y tomaba las turcas más soberanas.

Los ojos de Próspero chispean como fraguas sopladas por un fuelle: la salvaje franqueza de su amigo cae sobre él, como si le machacasen los sesos con un mazo de plomo.

El marqués y su sobrina temen que los dos amigos se arañen.

— Extraño sobremanera, — observa Próspero amansándose, para que se amanse Fidel, — oirte criticar una costumbre que en otros países hasta es de buen tono. Sabido es que en Inglaterra, por ejemplo, personas caracterizadas, los lores mismos, son muchas veces retirados de la mesa á la cama, en una situacion parecida á la que censuras en mi padre.

— ¿Y qué? ¿Porque sean lores dejarán de ser, — y perdonen ustedes la expresion, — unos solemnes borrachos?... Además, á tu padre no lo retiraban de su mesa, ni de la de sus amigos, sino de tabernas y figones.

— ¡Calumnia! ¡Calumnia!

— Sea así, en buen hora, — dice irónicamente Fidel, — aunque siempre es de lamentar una costumbre cuyas consecuencias pagamos en diversas ocasiones los amigos. ¿Sobre cuántos centenares de veces habrás comido tú en mi casa? ¿Cuántos trajes completos te habré costeado? ¿De qué bolsillo salieron los funerales de tu madre? ¿Qué mano generosa evitó que tus pobres hermanas pidiesen limosna de puerta en puerta?... Pero ¿qué no hubiera hecho yo por tí y por ellas? ¡Eras

tan buen amigo, y sobre todo, tan solícito, que no me dejabas vivir á sol ni á sombra! Ahora es distinto: los tiempos parece que han variado; pero como yo lo ignoraba, repito que, al ver tu facha olímpica, no pude ménos de preguntarme: *¿De dónde le vino al garbanzo el pico?* Te recomiendo las pasas á todo pasto, mi querido Próspero, pues, segun cuentan, ayudan la memoria y aguzan la vista.

Nadie negará que Próspero, tan humilde como es notorio, es además circunspecto á lo sumo, cuando sepa que al verídico relato con que el forastero acaba de refrescar su memoria, responde:

—¡Genio y figura, hasta la sepultura! ¡Este Fidel siempre es el mismo! ¡Siempre de broma!

Dicho lo cual, y entregando al marqués el número de su periódico, en que lo compara á los dos primeros oradores de la antigüedad, le da la mano entera, de cuya afectuosa presion hace en seguida igualmente partícipes á Dolores y á Fidel, y desaparece, procurando no descomponer el aire reposado y grave que le caracteriza.

VI.

La leccion fué dura. Otro que Próspero, hubiera dado de cachetes al audaz provinciano; él no lo hizo, sin duda por no desmentir su grandeza

de alma, infinitamente superior, segun se colige, á la de sus brios. Estimable don es, en verdad, el de la grandeza indicada; pero Dolores (que tambien poseia la suficiente para distinguirse del vulgo de las personas de su sexo) no tuvo la necesaria para recompensar con su amor el amor que derretia el sensible pecho de su pretendiente el señor don Próspero Cigarron, oficial de secretaría, caballero gran cruz de Cárlos III y diputado á Córtes. Nadie da lo que no tiene: Próspero la habia llamado muy poéticamente *huerto florido;* ¿por qué acudió á este florido huerto, cuando ya no habia en él más que unas hermosas calabazas, eso sí, en flor, pero al fin calabazas?

FIN.

LA MUJER DEL CIEGO

¿PARA QUIÉN SE AFEITA?

LA MUJER DEL CIEGO

¿PARA QUIÉN SE AFEITA?

I.

Cansada Narcisa de agitar la campanilla de plata que sobre la mesa de su tocador habia, levantóse impaciente y se fué como una pólvora en busca de su doncella; porque Narcisa era una pólvora... para mandar. Filomena estaba haciendo lo que es costumbre en las domésticas que presumen de bonitas y desean que no se ignore; estaba asomada á un balcon, luciendo su gracioso busto y anunciando mudamente, á guisa de cartel, la mucha necesidad que de novio tenia, ó si lo tenia, su ánsia de ver al que era dueño y señor de sus pensamientos. Vacante ú ocupada la plaza, lo cierto es que un mozo de chaquetilla corta, pantalon ajustado, gorra de visera y ricito sobre las sienes, más pegado que oblea á una esquina de la calle, hacia rato que no quitaba ojo del balcon.

— ¿Está usted sorda, Filomena? — dijo Narcisa á la doncella.

— Señorita, si es que... no habia oido.

— Ustedes nunca oyen; es casualidad.

— Señorita, si es que...

— ¿Ha salido el amo?

— Sí, señorita.

— ¿Y Pascual?

— Tambien, pero volverá pronto: ha ido al colegio por el niño. ¿Mandaba usted algo?

— Venga usted á vestirme.

No se crea que Narcisa estuviese desnuda, ni mucho ménos: lo que iba á hacer era á despojarse del elegante *negligé* que hasta la hora de recibir visitas ó de salir á la calle solia llevar en casa.

Siguióla Filomena, entraron en el tocador, y despues de mirarse bien al espejo el ama, exclamó:

— ¿Qué tal me sientan estos rizos?

— Divinamente, señorita. ¿Cómo dice usted que se llama ese peinado?

— A la Valliere.

— ¿Qué es eso de la Valliere?

Narcisa explicó á la doncella quién fué la Valliere, añadiendo unas cuantas noticias biográficas de la Dubarry, la Pompadour y otras célebres cortesanas, porque en esta clase de conocimientos históricos era una notabilidad. Reanudando luégo la conversacion interrumpida, exclamó:

— La peinadora me ha dicho que daré golpe con éste.

— Eso creo yo, — repuso Filomena.

— Pues usted y ella, — replicó Narcisa, más como quien apoya, que como quien niega, — son

unas aduladoras. He preguntado á usted, porque me parecia más franca que ella, y me he llevado chasco.

— Sí otra cosa dijese yo, señorita, faltaria á la verdad.

Plenamente satisfecha Narcisa del mérito de su peinado, abandonó su cuerpo á la doncella, para que lo vistiese de arriba abajo. No describiré los pormenores de esta operacion importante en la vida de la jóven casada; pero debo manifestar que Filomena quedó, de sus resultas, sofocada y sudando á mares: del ama, no se hable; apénas podia respirar, ni moverse, y aun hubo momento en que su rostro, pálido á fuerza de blanquete, adquirió un color rojo amapola y luégo lívido que daba grima verla. Su cintura parecia próxima á quebrarse como la de una abispa, gracias al corsé, cuyos cordones apretó Filomena casi hasta romperlos: las botitas estaban á punto de reventar, á causa de los pobres piés que, cruelmente aprisionados en ellas, pugnaban por despedazar los muros de su cautiverio. Ménos hacia por su libertad el alma de Narcisa, amarrada al yugo de una pasion de que pocas mujeres triunfan cuando las elige por víctimas: la vanidad.

Luégo que Narcisa se hubo mirado y remirado al espejo, por delante, por detrás, por derecha y por izquierda, fijó los ojos en el reloj que encima de la chimenea estaba, y dijo sorprendida:

— ¡Las dos ya! ¡Cómo vuela el tiempo! No hay dia para nada: Es imposible que este reloj ande bien.

Y sin embargo, el reloj de la chimenea andaba perfectamente: algo mejor que la vida y las costumbres de Narcisa. Tres horas largas habia invertido ella en su *toilette*, tres horas que se le hicieron momentos, lo cual prueba que las pasó á gusto, que á no ser así á buen seguro se le hubieran antojado siglos.

Volvió Pascual del colegio con el niño, preciosa criatura, que se abrazó á la falda del vestido de su mamá, levantando la cabecita y pidiéndole con tiernas miradas un beso. La mamá quiso dárselo, pero no permitiéndole la tiranía del corsé bajarse hasta tocar con los labios la hermosa frente de aquel ángel, ó temiendo acaso que se le descompusieran los pliegues de la falda, que ella habia arreglado con minucioso esmero, contentóse con sonreirle. El otro niño de Narcisa, pues era madre de dos, estaba enfermo, pero ella lo encomendaba siempre que salia, lo mismo que estando en casa, al cuidado de la doncella y de la criada, y esto la tranquilizaba.

— ¿He de acompañar á usted, señorita? — le preguntó Pascual.

— Sí.

Pascual murmuró entre dientes:

— ¡Buena vida!

Filomena dirigió á Pascual una mirada de in-

teligencia, que podia explicarse de este modo:

—¡Qué arreglo de casa!

Ama y criado salieron. Filomena se asomó otra vez al balcon de su cuarto, y el niño, por ver á su mamá, hizo lo propio en uno de los de la sala, empinándose tanto sobre las puntas de los piés, que de cintura arriba quedó su cuerpo fuera de la barandilla: á poco más, cae de cabeza á la calle.

No le ocurrió á Narcisa alzar los ojos, y así no pudo ver el riesgo de su hijo, y si le ocurrió no lo hizo, porque desde el momento de pisar la calle, que era una de las principales de Madrid, robaron toda su atencion varios conocidos que por ella pasaban, y á cuya finura debió algunas frases halagüeñas, flores cultivadas en el jardin de la galantería, sobre el que la influencia de las estaciones es nula, pues en invierno, igualmente que en verano, las produce lozanas, frescas y olorosas: el perfume intenso de algunas llega, en ocasiones, á desvanecer á mujeres impresionables ó débiles; y Narcisa, en este punto, se hallaba muy léjos de presumir de fuerte.

II.

Dieron las tres, dieron las cuatro, y la dama no volvia. No era fácil que volviese tan pronto. Recorrió las lujosas tiendas de las calles de la Vic-

toria y Espoz y Mina; entró en las perfumerías de Fortis y de Frera; ajustó en la joyería de Samper una sortija; habló largamente con madama Carolina de los trajes de la estacion, empleando el galimatías técnico que los periódicos especiales usan y que las mujeres á la moda aprenden con maravillosa prontitud: nombró, por ejemplo, el *broché*, el *guipure*, el *fulard*, el *reps*, el *moiré*, el *bavolet*, el *agrement*, los *rulós*, el *punzó*, los *madapolanes*. Oyéndola hablar de *bridas*, hubiera creido un profano que se trataba de refrenar alguna jaca viciosa, cuando con ello se significaban simplemente las cintas del sombrero: en punto á colores, llamaba *marron* al que los que nacemos en esta tierra de garbanzos llamamos color de castaña, siendo para nosotros, así por su eufonismo como por su claridad, la última palabra, más inteligible y más bonita que la primera, la cual involuntariamente nos recuerda el nombre de cierto cuadrúpedo nada bello ni limpio.

Examinando telas y alhajas en aquellas tiendas y almacenes, tuvo el placer de saludar á varios amigos de uno y otro sexo, que, lo mismo que ella, los frecuentaban. Allí vió á Loreto, morena de los trópicos, que tenia dos brasas por ojos y un volcan por corazon; allí á Eladia, semejante á una estátua hecha de un trozo de hielo del Océano Glacial; allí á Valentin, mancebo temible, no por la gallardía de su figura, ni por

el poder de su talento, que de una y otro estaba huérfano, sino por la audacia de su cinismo: allí á Cándido, el más feliz de los mortales, por la creencia de que todas las mujeres agonizaban de amor por él, y de que era el terror de los maridos.

En tanto que tan útilmente aprovechaba el tiempo Narcisa, don Prudencio, su padre, se entretenia con el niño que Pascual habia traido del colegio.

Era don Prudencio uno de estos hombres que, sin volver por sistema la espalda á lo nuevo, así como ningun hombre cuerdo vuelve por sistema la espalda al sol que nace, resistíase, no obstante, á admitir ciertas prácticas de la vida moderna, por creerlas perjudiciales al buen órden y á la ventura domésticos. Así es que, miéntras Narcisa permaneció bajo su tutela, vióse obligada á tascar el freno con que don Prudencio contuvo siempre en límites convenientes ciertos naturales instintos de independencia, impropia de una juiciosa hija de familia. Pero no bien salió de la patria potestad, dijo: «Ancha Castilla,» y á la sombra de la tolerancia de su marido, que apasionadamente la amaba, y á quien con igual afecto correspondia ella, buscó el desquite de la sujecion, á su juicio extremada, en que se la habia tenido, abandonándose de lleno á sus impulsos irreflexivos. Desde entónces pudo decirse de ella, con razon, lo que de tantas otras: que era foras-

tera en su casa. Las visitas, los bailes, los teatros, la iglesia, las compras, todo sirvió de pretexto ó de motivo al culto ciego de su persona física y á sus escapatorias. De un gloton se dice hiperbólicamente que hace subir en el mercado el precio de los artículos alimenticios: hubiera sido curioso averiguar si desde que ella se casó, habia subido el de los aceites, esencias, pomadas, jabones y cosméticos en general. En la casa no habia órden ni concierto en nada. Los criados seguian el ejemplo del ama, esto es, de la persona de quien más inmediatamente dependian; que en el gobierno íntimo del hogar la mujer es el jefe, y ya se sabe que como canta el abad responde el sacristan. Lo más peregrino del caso era que Narcisa, tan amable, tan fina, tan complaciente con los extraños, se considerase dispensada, hasta cierto punto, de mostrar estas mismas atenciones con su marido, sin que por ello se presuma que fuese culpable de faltas graves. Su conciencia estaba tranquila y serena como un lago en noche de calma; pero pasaba con Narcisa lo que con ciertos truhanes, falsos mendigos que, para excitar la compasion y recoger abundante limosna, se cubren las piernas y los brazos de llagas postizas, y logran con su industria engañar al prógimo. El abandono de la casa, la manía temeraria de exhibirse, la complacencia con que escuchaba las galanterías (complacencia excesiva, teniendo presente su condicion de casada)

eran las llagas, los signos exteriores que á los ojos de la maledicencia revelaban tibieza en las relaciones conyugales, cuando no una guerra decidida.

Márcos habia llevado al matrimonio ideas de todo punto contrarias á las de Narcisa. Viéndose huérfano desde su infancia y en posesion de un capital crecido, apuró cuantos placeres proporcionan la libertad y la riqueza. A los treinta años, ya se hallaba hastiado de la vida de soltero, y comenzaba á sentir en su corazon un vacío que los devaneos juveniles no habian podido llenar. Entónces pensó en casarse, y entónces se dibujó en su fantasía la imágen de una existencia apacible, tranquila, venturosa, rodeada, en fin, de goces puros y desinteresados. Considérese el martirio que el pobre Márcos sufriria, viendo caer dia por dia, hora por hora, las hojas del árbol florido y pomposo de sus ilusiones, y obligado á devorar en silencio su pena, por no disgustar á su mujer, que sobre toda ponderacion amaba.

Poco despues que don Prudencio, llegó su yerno. Lo primero que éste hizo, fué ver al niño enfermo, á quien el recargo de la calentura postraba en extremo, y cuya boca se entreabria de sed y balbuceaba el nombre de su mamá.

—Márcos, —dijo á su yerno, don Prudencio, —¿cómo encuentras á Luis?

—Más grave que ayer: el niño nos va á dar que sentir. Pero señor... ¡esta Narcisa!...

—¡Filomena! ¡Filomena!—gritó, paseándose aceleradamente.

Filomena se presentó y le dijo:

—¿Llamaba usted?

—¿Dónde está el ama?

—Lo ignoro, señorito: habrá tenido que hacer alguna cosa importante... digo... me parece... ¡se vistió tan de prisa!

—¿Y el niño, qué tal ha estado?

—¡Oh! muy bien, muy sosegadito.

—¿Ha pedido algo?

—No señor: yo no me he separado ni un momento de la cabecera de la cama, y nada se le ha ofrecido.

Filomena mentia sin temor de Dios. De donde apénas se habia separado un momento era del balcon, desde el cual estuvo comunicándose por señas con el mancebo del ricito, que, por cierto, tenia toda la pinta de ratero. En tanto, Luis se habia desgañitado á llamar y á llorar, hasta que la fuerza de la fiebre lo dejó rendido y silencioso.

Don Prudencio callaba; pero conocíase á cien leguas que no estaba satisfecho de las explicaciones de la doncella.

Por fin volvió Narcisa, radiante de hermosura y de talento: habia pasado á gusto la tarde, y se prometia pasar la noche deliciosamente en el teatro Real: estrenábase la Patti, el ruiseñor madrileño de cuyo pico brotaban melodías y gor-

jeos robados á los bosques del Nuevo-Mundo, como brotan cristalinos raudales de una fuente viva; habíala convidado Loreto á su palco, y no era cosa de faltar á su palabra.

Don Prudencio rugia interiormente.

Márcos, en obsequio á la paz, pero á punto de perder la paciencia, no se atrevió á decir más que:

—Mujer, debias haberte excusado con la enfermedad del niño.

—¿Pues qué tiene el niño?

—Está peor.

—Si estuviese peor ¿hubiera yo ido á tiendas?

Nuevo asombro de su marido y de su padre, que recordaron lo dicho por Filomena, cuando su amo le preguntó por Narcisa. No obstante, uno y otro hicieron tambien ahora el sacrificio de contenerse.

Pasaron al comedor; eran las cinco. Márcos probó apénas bocado, porque la comida le pareció detestable, atribuyéndolo, como otras veces, al abandono de la cocinera: á Narcisa no le pareció mal, y se explica fácilmente este fenómeno, primero porque en lo que ménos pensaba ella era en la comida, y despues porque le preocupaba demasiado la idea de la funcion de la noche, para acordarse de esas otras funciones groseras que conservan la armonía de la máquina viviente, á cuya armonía le es tan necesario el alimento que se vende en los mercados, como á la Patti el aire, alimento de la voz humana.

III.

A las dos horas de haber comido, emprendió nuevamente Narcisa la tarea de la vestimenta. Justo es decir que, ántes de todo, entró en la alcoba donde Luis descansaba, dióle algunos besos, y hasta le hizo tomar por su mano dos cucharaditas de un jarabe calmante. El traje que despues se puso hubiera realzado extraordinariamente su hermosura, á necesitar su hermosura, para ser simpática, el auxilio de la modista; pero, en fin, tampoco le perjudicaba, y aun á los ojos de los que no comprenden que lo sencillo es cualidad de lo bello, debió hacerla más encantadora.

Márcos se quedó velando al niño; Narcisa subió al carruaje que en la puerta de su casa se habia parado, y en el que ya le esperaban su amiga Loreto y el intrépido Valentin, primo de la viudita americana, porque Loreto era viuda.

De allí partieron para el Real.

Enfrente del palco de Loreto, estaban Eladia y su mamá, señora que no lo parecia, por su fealdad, su facha ordinaria, su estatura gigantesca y sus formas estupendamente voluminosas que, cuando se ponia en pié, le daban el aspecto de uno de los monstruosos animales antidiluvianos de que nos hablan los geólogos. Sin embargo, un hábil cronista de *soireés*, hombre-incensario, persona de estómago agradecido, reseñando la últi-

ma dada por la gruesa matrona, tuvo el valor épico de llamarla simpática.

Al entrar Loreto y Narcisa en su palco, Eladia les disparó un beso, llevándose á la boca los dedos apiñados por las yemas y abriéndolos rápidamente al separarlos de ella. Sus amigas correspondieron con idénticas demostraciones de afecto. Hubieran podido compararse estos besos á los dulces de pega que suelen regalarse en Carnaval, y que consisten en acíbar con un baño de azúcar.

Contrastaba con la enormidad del volúmen de doña Segunda, madre de Eladia, la sutileza corporal de Cándido, cuyo rostro, inmediato al purpúreo de su presunta suegra, visto de perfil, asemejábase por lo agudo (segun el lenguaje figurado de Valentin, que maliciosamente contemplaba este grupo) al cuchillo de un melonero calando una sandía.

La comparacion de la cala dió mucho que reir, por lo propia, á Loreto y á Narcisa, las cuales ignoraban que Cándido, á su vez, abria con su lengua de acero la reputacion de la mujer de Márcos, observando sencillamente que era lástima diese con las apariencias pábulo á murmuraciones y hablillas, siendo, por lo demás, una excelente esposa.

— Eso mismo estaba yo pensando, — exclamó la corpulenta matrona. — ¡ Es chocante! Nunca se la ve con su marido.

—Lo peor no es eso; lo peor es que se la ve á menudo acompañada de pajes como Valentin, cuya fama es suficiente por sí para empañar la virtud más intachable.

—Además, yo no apruebo que una mujer casada y con hijos esté siempre correteando de acá para allá, y no piense en otra cosa que en adornarse y lucirse. Si todas hacemos lo mismo (añadió, como si hubiera paralelo posible entre ella y Narcisa, ni en físico, ni en edad, ni en nada), si todas hacemos lo mismo, ¿qué dejamos para las solteras?

—Es claro,—repuso Cándido, pidiendo una agudeza á su ingenio romo;—la mujer casada debe ser una especie de flor de estufa, que no conviene poner demasiado al aire libre, so pena de que una escarcha la hiele.

—¡Pobre Márcos!—exclamó én tono compungido la gigantesca doña Segunda.

—¡Hay nombres predestinados!—observó Cándido, encogiéndose de hombros.

Observaciones análogas á estas se hicieron en otros palcos y butacas, por conocidos de los que eran objeto de ellas.

Adelina gorjeó como el ruiseñor de las selvas, en la *Sonámbula*, ese candoroso idilio de Bellini que reproduce los ecos vírgenes y melodiosos de la naturaleza. ¡Cómo cantaria la *diva*, cuando hasta doña Segunda interrumpió breves momentos, para oirla, sus consideraciones morales so-

bre la vida del matrimonio, y sintió agitarse, de emocion, formando á manera de grandes oleadas, la maciza superabundancia de sus carnes!

A Valentin (otro prodigio), á Valentin, nacido y educado durante su infancia en una oscura aldea de provincia, asaltóle, asimismo, tal cual reminiscencia campestre, que le hizo distraer su imaginacion del mundo cortesano y sonreirse de encontrar en su alma aquel olvidado resto de su primitiva inocencia.

Narcisa tampoco pudo sustraerse al poder de Amina, cuya voz inundaba el salon, desde la escena, con irresistibles corrientes de fluido magnético; pero el sentimiento despertado en su corazon por la mágia del arte alternaba, sin eclipsarlo, con el recuerdo agradable de las frases que á su hermosura y á su adorno habian dirigido en un entreacto las visitas que recibió en el palco. Recordaba, por ejemplo, que un vejestorio de la alta banca, con más conchas que un galápago, le habia dicho contemplándola estáticamente:

—¡Superlativa! ¡Admirable!

A lo cual, ella, ruborizándose, y no de enojo, respondió:

—¡Burlon!

Recordaba que Valentin le habia preguntado:

—Narcisa, ¿usted sabe si en el cielo se estila el peinado á la Valliere?

Y que ella contestó:

— Eso quien debe saberlo son los ángeles.

Y que él repuso:

— Por lo mismo se lo he preguntado á usted.

Terminada la ópera, Loreto y Valentin dejaron á Narcisa en su casa, donde todos pudieron notar la satisfaccion de que estaba poseida.

Y aquí el cronista tiene el sentimiento de declarar que, careciendo de facultades para introducirse en la alcoba de su heroina, le es de todo punto imposible decir si ésta soñó á voces con los triunfos de su vanidad exaltada por las lisonjas, ó con los deberes propios de su estado.

IV.

A los dos dias de este acontecimiento teatral, recibió Márcos un anónimo, reducido á felicitarle irónicamente por la confianza inconcebible que tenia en la virtud de su mujer, á quien se comparaba con una colmena de exquisita miel que, rodeada de multitud de osos, sin colmenero que la vigilase, permanecia milagrosamente intacta. Entre los osos más perseverantes, citábase á Valentin.

En la *soirée* á que poco despues convidó Loreto á Narcisa, ocupó esta, segun costumbre, un lugar de preferencia en el grupo de las solteras. Las mamás provectas y aun las casadas jóvenes,

en general, formaban rancho aparte, ó no eran, al ménos, objeto preferente de las atenciones asíduas de la juventud masculina. Gustábale á Narcisa el suave arrullo de aquellos palominos de frac negro y corbata blanca: decirle que era bella, elegante, discreta, espiritual; llamarla, primero allí y despues en los periódicos, reina de los salones, sílfide vaporosa, hada de las *Mil y una noches;* ponderar en hipérboles nunca oidas lo aéreo, lo celeste de su traje, el brillo y el valor de sus aderezos, de sus pulseras, de sus joyas, era coronarla de laurel.

Durante la *soirée* bailó (iba á decir que de mala gana, pero no lo digo porque no es cierto) un pausado rigodon con su marido; algunas otras cosas con varios jóvenes, y tres veces con Valentin, sobre cuyo pecho reclinó su gentil cabeza, en unas habaneras, baile expresivo que le complacia en extremo por ser uno de esos en que una hermosa halla ocasion de ostentar mejor la dulce languidez de sus ojos.

Márcos, fingiéndose el distraido, pudo, no obstante, observar desde un ángulo del salon, donde con otros caballeros se entretenia en hablar de los asuntos del dia, miradas maliciosas que alternativamente se fijaban en él y en Narcisa. Las habaneras en particular, que otras veces habia visto indiferente, le dieron mal rato en la noche de que se trata, y se comprende la causa: llovia sobre mojado; el anónimo le habia dado recien-

19

temente la voz de alerta, y su dignidad, puesta de centinela, principiaba á echar el *quién vive* á todo acto sospechoso. Respetos y consideraciones que es ocioso indicar, le impidieron á la sazon arrojarse al cuello de Valentin y estrangularlo en medio de la sala. Pero Márcos era hombre de claro juicio, y un instante de reflexion fué suficiente para mirar bajo un punto de vista imparcial, lo que tanto le habia indignado. ¿Quién era el verdaderamente culpable de los tres, él, Narcisa ó Valentin? O mejor dicho: ¿quién era el más culpable, puesto que los tres podrian ser acusados? La conciencia de Márcos, hay que consignarlo en elogio de su rectitud, le condenó á él mismo en primer término. Si él, por efecto de una condescendencia criminal, no hubiese dado á Narcisa más alas de lo que á su tranquilidad convenia, Narcisa quizá no hubiera abandonado tan á menudo el hogar doméstico, para hacer excursiones peligrosas, buscando una libertad que la mujer casada que se respeta halla siempre en la dulce esclavitud que le imponen sus deberes de esposa y de madre.

Con todo, aquella noche adoptó Márcos una resolucion, que á la mañana siguiente puso en conocimiento de Narcisa, cuando esta se preparaba á salir á la calle.

— Narcisa, — le dijo, — he determinado pasar una temporada en nuestra posesion de la Rioja. ¿Qué te parece?

— Perfectamente. ¡Si es tu gusto!

— ¿Conque lo apruebas?

— ¿No he de aprobarlo?

— Quiero respirar el aire puro del campo: en este Madrid me ahogo. Luisito tambien necesita reponerse.

— Sí, sí, tienes razon; el pobre niño está en los huesos desde la última enfermedad.

— Corriente; puesto que nos acompañas, puedes ir arreglando el equipaje.

Narcisa hizo un mohin de disgusto.

— No, yo no he dicho que os acompañaré: me es imposible. Además, ¿quién se queda al frente de la casa? — exclamó al punto.

— ¡Psit! Levantaremos casa.

— Es una locura, Márcos.

— Todo lo contrario, hija mia; lo he meditado bien, y creo firmemente que conviene á nuestra salud y á nuestros intereses.

— Pero señor, ¿qué ocurre? ¿Acaso has perdido en algun negocio?

— No es eso.

— Entónces, no adivino tu idea, á no ser que te propongas que nos muramos allí de aburrimiento, sin otra sociedad que los pájaros y media docena de palurdos.

— ¿Y yo? ¿Y tus hijos?

— Por otra parte, ¿cómo salgo yo de los compromisos que tengo contraidos?

— ¿Compromisos de qué?

Narcisa pensó un poco la respuesta, y dijo:

— A fines de Junio he de ir con Loreto y Ela dia á Biarritz; aquel clima me prueba, y les h dado palabra de acompañarlas.

— Bien; de aquí allá veremos.

Filomena interrumpió el diálogo del matrimonio, para entregar á su amo una carta.

Abrióla Márcos, enteróse del contenido y dijo á la doncella:

— Diga usted al que la ha traido, que la señora está enferma y no puede ir.

Salió Filomena, y Narcisa preguntó á su marido que de quién era la carta.

— Es de doña Segunda, que te esperaba para asistir á las conferencias de la parroquia.

Volvió Filomena, anunciando á Valentin. Márcos dió igual respuesta que á la carta de doña Segunda, preguntando en seguida á Narcisa:

— ¿Quién ha presentado aquí á ese trasto?

— Es primo de Loreto, y vendrá de parte de ella á ver si hemos descansado.

— ¡Vaya un mozo cumplido! — observó Márcos.

Narcisa le miró fijamente, como para interrogarle acerca de su conducta, y luégo bajó los ojos, adivinando tal vez en el gesto de aquél las razones que la justificaban. La seriedad de Márcos le sorprendió y le afligió un tanto.

A guiarse por su primer impulso, hubiérase rebelado iracunda contra la desusada autoridad de

su marido, que entónces le pareció despótica en sumo grado; pero este primer impulso estrellóse ante el aspecto cada vez más grave de Márcos, á quien, con la idea quizá de desarmarlo, preguntó con acento de dulzura:

—¿Estás quejoso de mí? ¿He cometido alguna falta?

—Sí, respondió él lacónicamente.

—Dímela, pues, para enmendarme.

Narcisa hablaba con sinceridad: no era mala, era frívola, y lo sano del corazon compensaba en ella con usura lo débil de la cabeza.

Márcos entregó el anónimo á su mujer: leyólo Narcisa, toda trémula, cubiertos sus ojos de lágrimas, y de mortal palidez el rostro. Pasaron algunos instantes, y repuesta de su agitacion, dijo:

—¡Miserables! ¡Qué modo de interpretar los actos más inocentes y más sencillos! ¿Y tú has podido creer...

—Nada he creido; yo sé la mujer que tengo, y porque lo sé, deseo que tu misma delicadeza ofendida busque remedio al mal que engañosas apariencias han causado en ella.

Narcisa estrechó las manos de su marido, y exclamó de repente:

—¡Gracias, Márcos, gracias! Hoy mismo, si quieres, partiremos para la Rioja.

—He variado de modo de pensar; tu respuesta me tranquiliza. Veremos si guardando tam-

bien, por su parte, la colmena el colmenero, hay osos que se atrevan á ella.

Luégo añadió, desarrugando completamente el ceño:

—Narcisa, ¿quieres oirme un sermon?... Sí quieres; veo que tu mirada me responde afirmativamente, y por tanto, comienzo. Hay un antiguo proverbio que dice: *la mujer del ciego, ¿para quién se afeita?* Con este proverbio se vitupera la manía de la libertad y el adorno excesivos en las casadas, las cuales, por razon de su estado, se hallan en el deber de consagrarse muy principalmente á conservar vivo el amor del esposo que han elegido, y al cuidado de la familia, pues de lo contrario, las apariencias hacen creer que hay empeño en agradar á los extraños en perjuicio de los propios. Si yo fuera poeta, diria que la mujer casada no debe mirarse en otro espejo que en su marido, ni ménos convertirse en espejo para que todos se miren en ella: conque la imágen de su marido se copie en él, esto es, en su alma, basta. No pretendo yo, y hartas pruebas tienes de ello, que la mujer sea una esclava y que se apolille por falta de aire; pero el teatro de sus triunfos más legítimos no es la Castellana, ni el salon de la *soirée*, ni la tienda de la modista, ni el Real, sino el recinto del hogar; y me parece que la que al título de esposa, une la dicha y la gloria de la maternidad, no perderia nada en privarse alguna vez de oir la voz de una

operista por el placer inefable de oir la de los hijos, ni en aligerar su *toilette* por esmerarse en el cuidado de la prole. Ten por cierto, que lo que no gane en el corazon de un marido cuerdo una mujer prudente, con el atractivo de sus virtudes, ménos lo ganará con los adminículos que cada ocho dias ordena y manda *Le Petit Courrier des Dames*. He dicho.

Narcisa repitió entónces:

—Tambien yo he dicho: mañana partiremos para la Rioja.

—¡Pero hija!...

—Ahora es empeño mio.

—Comprendo: ¿quieres á la mala costumbre quebrarle la pierna? Pues... *amen*. ¡A la Rioja!

FIN.

EN ARCA ABIERTA EL JUSTO PECA.

I.

«Agradeceré en el alma que Pepe le acompañe y ponga en juego sus relaciones en el ministerio de Gracia y Justicia, para que uniéndolas á las mias, despache Santos á la mayor brevedad los asuntos que á esa le conducen.

»Mis afectos á las niñas, y usted vea en qué puede complacerle su consecuente amigo y S. S. Q. S. P. B., — V. SEDEÑO.»

Con estos renglones termina la carta que ha recibido por el último correo la viuda del capitan Zarza, madre del Pepe que en ella se cita, *item* más, de dos jóvenes casadas y de tres solteras, cuyos nombres (los de las tres últimas, para que el lector no se confunda) son Valentina, Consuelo y Gracia.

— ¡Qué buena ocasion, — dice mentalmente la capitana, en actitud meditabunda, — para colocar á *otra*, si la suerte me ayudase como cuando casé á Victoria, y á Remedios! Pero la empresa raya casi en lo imposible: Santos ha concluido la carrera de teología, es muchacho tímido, modes-

to, amigo de la soledad, sin más pensamiento, más amor, ni más nada que sus libros; por consiguiente, cuanto se trabajase para llevarlo á otro terreno, seria gastar la pólvora en salvas.

Vuelve á leer la carta, y vuelve á sus cavilaciones, como si no se conformara con la idea de renunciar al proyecto que desde la cruz á la fecha le inspira el contenido.

—¡Consuelo es tan sosita!...—murmura, siguiendo el hilo de su discurso mental.—¡Si Gracia no estuviese encaprichada con el profesor de piano!... Si Valentina... ¡Calla!... ¡Ésta, ésta, *que ha salido á mí*, y que ahora se halla vacante, secundará mis planes! Sedeño no tiene más hijos que Santos, y Santos es el heredero de sus bienes. ¿Pues no seria lástima cruzarse una de brazos, pudiendo salir de pobre y hacer la felicidad de... ¿Sabes quién escribe?...—se interrumpe de repente la viuda, al entrar Valentina donde está ella.—Escribe,—continúa,—Sedeño, anunciándome que de un dia á otro tendremos aquí á Santos.

Valentina es lo que se llama una moza *de gancho;* alta, morena, de ojos negros, mirada asoladora, y talle flexible; una de esas hermosuras que paran al hombre más frio; que por donde van parece que dicen, sin abrir los labios, al que á su lado pasa: «Quiérame usted;» y á quienes todo el que pasa, responde con los ojos: «¿No ve usted, criatura, que me estoy derritiendo?»

—¿A qué viene Santos?—pregunta Valentina, aparentando indiferencia.

—A doctorarse en su facultad.

—¿Con que al fin cantará misa?

—Tal creo.

Valentina, que se ha sentado, quédase pensativa como anteriormente su madre, y traza sobre la estera de paja, en caractéres invisibles, con la punta juguetona de un pié monísimo, que calza un zapatito de los que llaman *descarados*, estas dos palabras: *lo veremos.*

¡Qué confianza no tendrá en el poder de sus atractivos, para escribir esta sentencia de amorosa esclavitud contra el incauto forastero!

—¿Pues no decian,—continúa, suspendiendo sus caligráficas tareas,—que se casaba?

—¡Se dicen tantas cosas! Además, ¿qué jóven hay en aquel miserable villorrio, digna de una persona de sus prendas? En la córte ya es distinto. Hé ahí una *proporcion* en que yo he pensado más de una vez, y que hubiera querido para una de vosotras, para tí, por ejemplo, que eres la que piensa con más juicio, pues en cuanto á Gracia, ese músico de mis pecados me la tiene hechizada con sus bemoles y sus corcheas; y en cuanto á Consuelo, si tuviera la dote que se exige, mañana se metia monja, sin remedio. ¡Me quitará la vida cada una por su estilo!

—No te aflijas; ¿quién es capaz de leer en el impenetrable libro del oscuro porvenir?—pro-

rumpe Valentina, repitiendo una de las frases de la última novela *cursi* que más se le han grabado en la memoria.

La viuda del capitan Zarza recobra con la tal frase el perdido aliento, y dirige de improviso á su interlocutora esta pregunta:

—Dime con franqueza, Valentina: ¿te gusta Santos?

—¡Pero mamá!...—exclama la jóven.

—No andémos con evasivas; ¿te gusta Santos?

—¡Bah! ¡qué ocurrencia!

—¡No respondes! bien está; es decir, que me autorizas para interpretar afirmativamente tu silencio; el que calla, otorga.

—¿No conoces, mamá, que es una locura formar proyectos y alimentar esperanzas de imposible realizacion?—exclama Valentina, sin creer en lo que dice.

—¡Esperanzas de imposible realizacion!

—Santos va á cantar misa; tú lo has dicho.

—Y lo repito; pero ¿la ha cantado?

—Y aun cuando no la cante, ¿crees tú que se acordará ya de mí?

—Los recuerdos de la infancia, el cariño que os tenia á todas, y á tí particularmente, la amistad que siempre ha unido á las dos familias, no son cosas que se borran de la imaginacion en seis años de ausencia.

Al llegar aquí, la viuda no puede contener la risa que de súbito le asalta.

—¿Adivinas, —pregunta á su hija, — de qué me rio?

—No, señora.

—Me rio de don Ildefonso: dice que sé más que las culebras, que tengo más conchas que un galápago; me llama caña de pescar, busca-bodas... ¡Como es tan bromista y tan malicioso!... Hay que disimularle al pobre; sus años nos imponen la obligacion de tolerar sus dichos. Lo gracioso del caso es que carecen de fundamento. Verdad es, que he casado, y he casado bien, á Victoria y á Remedios; pero lo que yo le digo, la gloria del triunfo pertenece toda á ellas, que, ni por su figura, ni por su discrecion, podian correr peligro de quedarse para vestir imágenes. Lo único que, como buena madre y como la mejor amiga de tus hermanas, hice yo, — prosigue la viuda, repitiendo un guiño particular, — fué abrirles los ojos sobre la maldad de los hombres, prevenirlas contra sus asechanzas, renunciar á esa vigilancia impertinente de ciertas madres que incomoda y ahuyenta á los enamorados; en una palabra, allanar á los novios el camino de la felicidad, que (¡cosas de don Ildefonso!) es el camino de la vicaría.

La viuda procura ir dando poco á poco otro giro á la conversacion; bástale haber despertado en su hija el deseo de una conquista, difícil sí, pero no imposible; y caractéres como el de Valentina, léjos de retroceder ni aun ante ciertos

imposibles, reciben fuerza y energía de las mismas contradicciones que encuentran al paso.

II.

El traje negro de Santos, en armonía con el aspecto general de su persona, revela desde luégo al hombre que sigue la carrera eclesiástica.

Dedicado con verdadera vocacion al estudio de la ciencia teológica, Santos Sedeño lleva en su rostro el sello de profundas vigilias, y en su mirada la exaltacion febril de las almas sujetas á místicos arrobamientos.

Pálido, hermoso, modesto, comedido en sus palabras, de andar reposado, de pensamientos puros y castos, algun malicioso vulgar no vaciló, sin embargo, en llamarle en su pueblo *mosquita muerta* y *mátalas callando;* pero la verdad es, que Santos aborrece la hipocresía, y que su conducta irreprensible no autoriza la menor duda sobre el particular. Tiene él una idea tan alta del sacerdocio que va á ejercer, y para el cual ha ido educando su alma, que considera como las criaturas más abyectas á los que cubren sus vicios con el manto de una piedad que no comprenden, ó que desconocen á sabiendas.

Al entrar en casa de la viuda, recíbelo Valentina, que lamenta la casualidad (¡pícaras casualidades!) de hallarse enteramente sola con la criada. Pepe está fuera de Madrid; su madre y sus

hermanas han subido al cuarto segundo á ver á una amiga enferma. Un tísico tal vez oiria hácia el comedor cierto cuchicheo femenino que pudiera desmentir á la jóven; pero como Santos no padece, á Dios gracias, semejante enfermedad, cree á piés juntillas lo que se le ha dicho.

Valentina, cuyas manos son, por cierto, blancas, suaves y torneadas, agita sin cesar un precioso abanico de sándalo, en el que apénas se fijan los ojos de Santos, por la sencilla razon de tenerlos constantemente mirando á la estera. Así, pues, este primer ardid de guerra no da resultado alguno á la astuta doncella. ¿Cómo hacer que el forastero salga de su aparente insensibilidad, que principia á picar el amor propio de su enemiga? ¿Ha perdido la mirada de Valentina su irresistible magnetismo? ¿Por ventura, no brilla en su rostro la belleza que tanto enloquece á los que la contemplan?

Frases corteses, tal cual mirada de pura urbanidad, recuerdos de la infancia evocados con natural sencillez por el presunto sacerdote, pormenores del viaje y del tiempo; en una palabra, todas esas mil trivialidades que alimentan la conversacion ordinaria, sostienen la de nuestros interlocutores.

—¡Ni una flor!... —murmura para sus adentros Valentina, á quien abrasa la impaciencia. —¡Es de mármol! ¡Cantará misa! ¡Oh, sí! ¡cantará misa!

La casualidad, que se empeña hoy en favorecer á Valentina, hace que se le caiga el pañuelo de la mano; Santos se inclina cortesmente... pero al recogerlo, ha visto el pié revolucionario de su amiga, cuya punta, modelo de coquetería, tantos corazones ha taladrado. Ya no puede bajar los ojos; al contrario, levántalos apresuradamente, hasta con visible expresion de alarma... ¡inútil fuga! porque los pobres van á quemarse en los de Valentina, como mariposas que se abrasan en la luz de una lámpara; ha salido de Scila para entrar en Caribdis; se halla entre la espada y la pared. Si baja la vista, oféndele el pié asesino; si la sube, le ciegan resplandores infernales; porque hay criaturas, cuyos ojos tienen el fulgor y la fascinacion diabólica del ángel caido.

Valentina conoce el carácter melancólico del forastero, y como ella es tan expansiva, se propone animarlo, comunicándole parte de la jovialidad que al suyo distingue.

— Santos, — le dice, — ¿qué tienes? ¿Te sucede algo? Te veo triste, distraido, taciturno...

— Como siempre, Valentina; ya sabes mi genio; por lo demás, te aseguro que actualmente sólo tengo motivos de satisfaccion.

— ¿De véras?

— De véras.

— ¡Como se ha dicho por aquí que has seguido á disgusto la carrera eclesiástica!

— ¡Qué disparate!

— ¡Y como se ha hablado de tus amoríos con...

— Acaba.

— No recuerdo el nombre de la dichosa dama, para quien reservas tus galanterías.

— Advierto, — observa Santos, arriscándose un si es no es, — que tampoco tu genio ha variado. ¡Siempre tan bromista!

— La constancia es mi defecto, — repone sentenciosamente la jóven.

— Si tu carácter fuese de mala índole, tendrias razon; pero ser constante en la bondad, en la alegría y en la dulzura, no es defecto: es poseer una condicion envidiable.

— ¡Que me acarrea no pocos desengaños, porque como no todas las personas corresponden á ella! — exclama Valentina, haciendo un gracioso mohin de pesar; y añade, exaltándose: — por ejemplo, usted, señor don Santos Sedeño, usted no tiene perdon de Dios.

— ¿Por qué?

— Eso no se pregunta. ¡Presentarse en la casa de las amigas de su niñez con esa cara lastimosa, con esa especie de criminal indiferencia, cuando aquí le esperábamos todos como se espera á un hermano querido! Hace bien en bajar los ojos, — continúa, enseñando otra vez, involuntariamente, en uno de sus movimientos de cómica indignacion el piececito de marras; — hace bien en bajar los ojos; así debe estar el reo delante del juez.

El reo se echa á reir, y aun se atreve á levan-

tar los ojos y á sostener un instante, pero sólo uno, la mirada incendiaria de su interlocutora.

III.

Santos no acierta á desprenderse de los lazos que Valentina le tiende; la seda, no la de su apellido, sino la de su corazon, blando y suave como ella, se ha enredado, no en el apellido, sino en el corazon de su amiga, que tiene la florida belleza, pero tambien las espinas de la zarza-rosa.

¿Qué valen su sensatez, su comedimiento, su habitual silencio, contra la encantadora y alegre franqueza de su fiel amiga? La situacion en que se encuentra es terrible; una de dos: ó seguir la broma, dispensando á la edad y al genio de Valentina sus inocentes familiaridades, ó pasar la plaza de áspero y aun de grosero. Un mancebo de sus prendas, optará de seguro por el primer extremo, pues, además, bien mirado, nada quita lo cortés á lo valiente.

Así lo decide Santos; pero haciéndose tarde, aplaza para la segunda visita el realizar su propósito, y principia á despedirse en el momento mismo de entrar la viuda con su hija Consuelo.

—¡Calla!... ¿No es Santos?... ¡Hijo mio! —exclama la primera, abalanzándose material y maternalmente á él.

—¡Doña Susana! — responde el forastero, preso en los brazos de la viuda; — ¡Consuelo!

—añade, mirando á la hermana de Valentina.

—¡Qué! ¿ya te despides?... No hay que pensarlo, hijo mio; te lo prohibo; tú no sales ya de mi casa, hasta que regreses al pueblo, dice doña Susana.

—¡Señora, por Dios!...

—¡Nada, nada, hijo mio! ¡No faltaba otra cosa! Aquí estarás mejor cuidado y servido que en fondas y casas de huéspedes. Al ménos criadas no han de faltarte. ¡Valentina!... ¡Consuelo!... os recomiendo este caballero.

—¡Señora, por la Vírgen de...

—¿Dónde has dejado el equipaje, hijo mio?

—En la fonda de las Peninsulares.

—Está bien, yo me encargo de que lo trasladen aquí.

—¡Vaya, no permito el...

—¡Dale!... Este Santos se figura que nosotras somos amigas de mentirijillas. ¡Gracias por el favor, hijo mio!

—No he hecho á ustedes tal agravio, doña Susana.

—Lo sé, hijo mio, lo sé; era un decir.

Tan preocupada está la viuda con la idea de atrapar á Santos, que sin advertirlo, le da siempre que abre la boca el nombre de hijo.

Consuelo no despega los labios; el forastero simpatiza con su aspecto modoso. El tipo de esta muchacha representa el polo opuesto al de Valentina. Rubia, de rostro angelical, ojos azules

velados por amorosos párpados y luengas pestañas, inspira á Santos (que cree ver en ella un alma gemela de la suya) más confianza en sí mismo, que la provocadora y tiránica hermosura de Valentina.

—¿Y Gracia? —pregunta Sedeño.

—Está arriba, ensayando un terceto con su profesor de piano y una amiguita. No envio á llamarla, porque vendrá pronto. ¿Has abandonado tú la música, hijo mio?

—No, señora.

—¡Oh! entónces estamos en grande; te oiremos y te aplaudiremos. A propósito, ¿sabes que Consuelo está aprendiendo latin?

—¡Hola! — exclama Sedeño.

— Sí, latin; le tira un poquillo el convento; dice que quiere ser monja. Ya le tomarás alguna vez la leccion, y sabremos á qué altura se encuentra.

—Se la tomaré con mucho gusto. ¿Cuánto tiempo hace que principió la gramática?

—Muy poco, — responde Consuelo. —¡Figúrate que estoy en la primera conjugacion!

—En el verbo amar, — añade intrépidamente la capitana. —¿No dices que es el verbo amar la primera?

Consuelo entorna los ojos, y responde suspirando:

—Sí, señora: *amo*, *amas*, *amare*, *amavi*, *amatum*.

Tal es, en resúmen, lo ocurrido en la visita de

Sedeño á la familia de Zarza, recien llegado á la córte.

IV.

Poco tiempo es necesario para que se restablezca la antigua familiaridad entre el forastero, doña Susana y sus hijas. ¿Cómo no? La viuda, naturalmente agasajadora, multiplica en la ocasion presente sus obsequios, bloqueando con ellos la plaza, cuya conquista ambiciona para cualquiera de las tres jóvenes.

Santos ocupa la habitacion más linda; todas las mañanas, miéntras él almuerza, se la avia la viuda, coloca sobre la consola dos hermosos ramos de flores, limpia la jaula del canario, que da música al forastero, y le echa en el pañuelo unas gotas de agua de labanda.

En la mesa, Valentina le escancia el vino y el agua, Gracia le hace plato, escogiéndole siempre lo mejor, y Consuelo reza al final de cada comida la oracion de costumbre, porque *como le tira el convento*, no quiere ceder á nadie tan agradable tarea.

En el resto del dia y por la noche, el forastero se ve igualmente favorecido, pasando, como pelota, de una mano á otra.

Yo no sé si el profesor de piano es celoso; trabajo le mando, si lo es; porque no hay dia que en su misma presencia deje de cantar Gracia con

Santos, á quien dirige en los pasos tiernos unas miradas tan expresivas que parece que se lo come. Otro tanto, poco más ó ménos, sucede cuando cantan solos.

Valentina lo marea con sus hechizos, apurando para vencerlo todas las zalamerías imaginables. Las novelas en que figuran héroes y heroinas con los cascos á la gineta y corazones volcánicos, son el arsenal que le surte de palabras y discursos apasionadísimos.

Consuelo ocupa tambien grande espacio en el pensamiento de Santos: el genio apacible, al parecer, como un arroyuelo, la modestia, que casi raya en gazmoñería, y las inclinaciones monásticas de esta jóven, armonizan perfectamente con el carácter del teólogo. Lo que no alcanza Santos á explicarse es, cómo siendo Consuelo quizá la más discreta de las tres hermanas, sea la más torpe en la conjugacion del verbo *amar*, que ande siempre á vueltas con el presente de indicativo de la voz activa.

Todos los dias, al comenzar la leccion, le dice Santos:

— A ver, Consuelito, si hoy pasamos al pretérito imperfecto.

¡Empeño inútil!

La pobre chica se aturde, se ruboriza, y balbucea con infantil candor:

— *Ego* amo (yo amo), *tu amas* (tú amas...)

— ¡Si no es eso, niña, si no es eso!

— ¿Cómo que no?... ¡Yo amo, Santos, tú amas... niégalo! ¿No amas? — se atrevió á preguntarle una mañana, con ánimo resuelto y en actitud de regañar.

— Ya se ve que amo; pero ¿qué tiene que ver?...

— Pues yo tambien amo.

— Lo creo.

— Todos amamos.

— ¿Quién lo duda?

— Los mandamientos lo dicen: ama á Dios sobre todas las cosas, y al prógimo como á tí mismo.

— Ciertamente; es una doctrina evangélica.

— Pues si yo amo, si tú amas, si nosotros amamos de presente, ¿á qué empeñarte en que diga *ego amabam* (yo amaba), *tu amabas* (tú amabas), *nos amabamus* (nosotros amábamos)?

Otra mañana Consuelo, deseando corresponder al interés que en su enseñanza ponia Santos, le dijo:

— ¿Quieres que conjugue hoy el verbo amar con un nombre propio, á ver si esto me facilita el paso á otro tiempo? No es idea mia, sino de mi preceptor, que me la habia indicado ántes de caer enfermo.

— Enhorabuena; conjúgalo.

— ¿Qué nombre te parece más á propósito?

— Es indiferente; Juan, Pedro, Antonio... lo dejo á tu eleccion.

— Principio, pues... Yo amo á Santos, tú amas á Consuelo...

El pacífico teólogo se puso colorado como el carmin, advirtiendo por vez primera que la amiguita se iba apoderando dulcemente de su corazon.

Repuesto un poco de la sorpresa, interrumpió á su discípula, preguntándole:

—¿Por qué varías el nombre? ¿No has dicho: *yo amo á Santos?*

—Sí.

—Pues sigue añadiendo el mismo nombre á todas las personas, así del singular como del plural, de este modo: *yo amo á Santos; tú amas á Santos; aquél ama á Santos*, etc., etc.

—¡Ah! ¡comprendo!—exclamó tristemente la jóven.—Lo que tú no quieres que diga, ni aun en la leccion, es que amas á Consuelo... ¡Bien está! Diré que amas á Santos, que amas... á tí sólo, propiedad de todo egoista; sí señor, de todo egoista. ¿Es pecado amar á Consuelo? ¿Te ofende que se diga?

De buena gana hubiera dejado Sedeño á su amiga con la palabra en la boca, para evitar compromisos á que era difícil resistir; pero la costumbre de verla y hablarla todos los dias, con más frecuencia que á sus hermanas, ejercia ya tal dominio en él, que en los momentos en que se hallaba léjos de su presencia parecia faltarle aire puro que respirar, luz en que aplacar la sed de sus ojos.

Sin embargo, respondió á las apremiantes pre-

guntas de la *sosita* con evasivas, que por entónces le libraron de ligarse á ella por medio de relaciones formales.

V.

Como doña Susana habia renunciado, segun confesion propia, mucho ántes de los sucesos que acabo de narrar, á *esa vigilancia impertinente de ciertas madres, que incomoda y ahuyenta á los enamorados*, nunca molestó con su presencia á Sedeño, durante sus filarmónicos ensayos con Gracia, sus conversaciones con la fogosa Valentina, y sus repasos de látin con la tímida Consuelo. Dejábalos á solas las horas muertas, ya por la buena idea que de Sedeño se habia formado, ya tambien por la confianza que la virtud de sus hijas le inspiraba; creyendo tal vez que, al ménos en este caso, era imposible que tuviese aplicacion aquello de: *el hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y sopla.*

Hé ahí por qué una noche de Julio, habiendo desaparecido Valentina y Santos entre la confusion de gente que llenaba los lindos paseos de Recoletos, doña Susana siguió dando vueltas con Gracia y Consuelo, tan serena y tranquila como si tal cosa. Empeñábase el jóven en que éstas paseaban de frente hácia el Prado; Valentina porfiaba, sosteniendo que seguian la direccion contraria; ¿quién habia de ceder? claro está: el caba-

llero. Las señoras siempre tienen razon. Cedió, pues, Santos; la noche convidaba, no era tarde, cansancio no sentia ninguno de los dos, y mucho ménos desde que Valentina se apoyó en el brazo de su amigo; así es que, un paso tras otro, como suele decirse, llegaron hasta la plazoleta, en cuyo centro se levanta la fuente de la Estrella.

Sentáronse en un banco de piedra, con ánimo de volver cuanto ántes á la poblacion; pues el forastero temia más que la jóven que doña Susana estuviese inquieta, si bien Valentina le tranquilizaba sobre este punto, y en cierto modo con razon; ¿quién mejor que una hija puede conocer á su madre?

Hablaron allí nuestros jóvenes de la apacible amenidad de aquel sitio, de la hermosura del cielo, tachonado de estrellas, de la profunda impresion que producian, en medio del silencio, el murmullo del agua de la fuente y el gorjeo de los ruiseñores que en aquellas enramadas tenian su nido.

Durante esta conferencia, acabó de conocer Valentina la sensibilidad exquisita de Sedeño; quien, bajo el dominio de sus miradas, ora tiernas y melancólicas, ora apasionadas y penetrantes, veia claramente el peligro de su condescendencia en haber cedido á este nocturno y solitario paseo. ¿Qué más?... Hasta la imágen de Consuelo llegó á borrarse de su memoria.

Habia recibido Santos, horas ántes, una carta en la que su padre se quejaba amargamente de

lo mucho que se iba demorando su regreso. Valentina, aprovechándose de esta circunstancia para sondar el corazon de su amigo, le dijo resueltamente:

— Debes obedecer á tu padre y partir sin tardanza.

— Eso mismo he pensado.

— Haces bien, muy bien, perfectamente; y ¡ojalá no hubieras venido!

— ¿Por qué?

— Porque si no hubieras venido, nadie sentiria ahora tu partida.

— Tambien yo la sentiré.

— ¡Tú!

— ¡Yo!

— Se conoce en la indiferencia, en la frialdad conque has dicho: *eso mismo he pensado*. ¡Huye, sí, huye, y no te acuerdes jamás de...

Aquí interrumpió Valentina la trágica expresion de sus amarguras, para enjugarse las lágrimas que á sus ojos asomaron.

Asustóse el forastero, y dijo para sí:

— ¡A esta chica le va á dar algo! ¡Nos hemos lucido! ¿Si estará enamorada de mí?

— Valentina, — continuó luégo, en voz alta, — serénate por Dios, y no formes tan malos juicios de mí. Yo estoy demasiado agradecido á tus bondades y á las de toda tu familia para que pueda olvidarlas nunca.

— ¡Hipócrita!

— ¡Valentina!

— Sí, lo repito, — exclamó la jóven: — hipócrita es el que finge lo que no siente; y tú fingiendo á ciertas personas (añadió, marcando las últimas palabras) un cariño que el estado á que vas á consagrar tu vida debia prohibirte, causarás su desgracia eterna.

El piececito de Valentina trazaba presuroso, entretanto, infinitos arabescos en la arena. Su pecho agitaba los suaves pliegues que el vestido azul hacia en aquella parte, imitando con su movimiento las ondulaciones del agua cuando la empuja el soplo de la brisa.

El forastero, apesadumbrado de ver que se le atribuia un hecho en que ninguna parte habia tenido su voluntad, comenzó á balbucear explicaciones satisfactorias, para sincerarse de tan grave acusacion; Valentina se negó á oirle.

— Despues de engañar al mundo, — le dijo, — no extraño que pretendas engañar á Dios.

— Cítame una sola persona á quien haya engañado yo.

Valentina respondió, entre sollozos:

— A mí, que despues de arrebatarme la paz del alma con tus miradas, con tus obsequios, con tus insinuaciones, con tus... ¡Oh! ¡bien sospechaba mamá lo que habia de sucederme!

Hacian tan bella, tan interesante á Valentina su dolor y sus lágrimas, que hubiera enternecido á un corazon de piedra. Mas no era sólo esto lo

que ocupaba el espíritu de Santos: hombre recto, al par que sensible, preguntábase, si en verdad habria él revelado por medio de su turbacion ó de otras indiscretas señales el efecto que, así la hermosura como el genio simpático de su amiga, le habian producido desde la primera entrevista, haciendo nacer en ella esperanzas que habian de convertirse en desengaños.

Este exámen de conciencia dióle por resultado la persuasion casi completa de que era culpable, de que habia venido á turbar el sosiego de una criatura inocente y sencilla, cuyo defecto, si alguno pudiera achacársele, consistia en ser demasiado candorosa, demasiado comunicativa, demasiado franca.

— Si mi conducta, que yo creia intachable, — pensaba, — ha dado orígen á la pasion que á Valentina avasalla, no ha de decirse que esquivé cobarde y villanamente la responsabilidad que en ello me quepa; primero sacrificaria yo hasta mi porvenir, hasta la felicidad de toda mi vida.

— Vámonos, Santos, vámonos, — exclamó la jóven, levantándose de improviso, — no hablemos más, y sea yo sola quien sufra las consecuencias de haber sido tan fácil en creer en la sinceridad de tu afecto.

Ignoro si en sus sentimentales discursos Valentina pronunció con voz fatídica el conocido verso de Espronceda: *que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?* Es probable, pero no hay ne-

cesidad de probarlo; baste saber que á Santos, alma vírgen y no acostumbrada á los ardides amorosos, llegó á condolerle de véras el estado infeliz en que suponia hallarse el corazon de su amiga.

—¿Qué exiges, pues, de mí? —le preguntó, asiendo sus manos en un arrebato de apasionada locura.

—¿Qué he de exigir? —respondió, poco ménos que ofendida y asombrada la jóven. —Yo nada exijo; ¿por ventura te has figurado que voy á mendigar una correspondencia que no deseo ya, y á la cual, sin embargo, tu conducta me da tanto derecho?... Pues te equivocas: vuélvete, vuélvete á tu pueblo, y canta misa, y sigue engañando á Dios; algun dia el remordimiento hará que recuerdes á esta desgraciada; pero entónces ya será tarde.

Así diciendo, apoyó su brazo en el del teólogo, y caminaron silenciosos durante diez minutos, al fin de los cuales,

—Mañana te contestaré, Valentina, —exclamó el forastero. —Sólo te pido que, en tanto, no me condenes; soy honrado, y te juro portarme como á un hombre honrado corresponde.

VI.

Cuando llegaron á casa, Valentina supo explicar á su madre y á sus hermanas tan hábilmente

el eclipse de su persona y de la de Santos, que el ceño de verdadero ó fingido disgusto de la viuda se desarrugó á las pocas palabras de la hija. Las dos casadas, Victoria y Remedios, que á la sazon se hallaban tambien presentes, fueron las únicas que, cogiendo al teólogo por su cuenta en un balcon, le bromearon con Valentina, interrumpiéndole, como si ántes se hubieran puesto de acuerdo, cada vez que él intentó convencerlas de que el eclipse habia sido casual, y de que sus relaciones con Valentina continuaban teniendo el carácter pura y simplemente amistoso de siempre.

—Respeta su secreto,—dijo Victoria á Remedios;—conozco bien á *éste* y á *aquélla*, para esperar que sean francos.

—Pero hija, ¿qué secreto he de respetar? Hay dos cosas que no pueden ocultarse: el amor y el dinero. Si *éste* engañase á Valentina, no tendria perdon de Dios.

A la mañana siguiente, entró en la habitacion de Santos la viuda, cuyo gesto de vinagre contrastaba con el gozoso y expansivo habitual en ella.

—Santos,—le dijo,—¿sabes que la niña está en cama?

—¿Qué niña?

—Valentina; ha pasado una noche fatal, y hoy se siente tan desazonada que la he prohibido levantarse.

—Siento de véras su indisposicion. ¿Qué tiene?

—¡Lo ignoro! por más que he tratado de hacer que se explique, no he podido lograrlo. Quizá tú lo adivines...

—¿Yo, señora?

—Sí, tú. ¡Pobrecita de mi corazon! En su delirio (porque ha delirado anoche) no cesaba de nombrarte y de quejarse amargamente de tí. ¿Qué le has dicho, Santos? ¿Qué le has hecho? Algo muy grave debe haber ocurrido, porque ella es buena, es sufrida, y á ser ménos profundas sus penas de lo que lo son, las devoraria en silencio como otras veces. Vamos, hijo mio, no me ocultes la verdad; yo soy indulgente, y, además, por mis años y por mi carácter estoy en el deber de procurar que se restablezca entre vosotros la buena armonía que formaba mi encanto y mi orgullo. Precisamente ayer me dijo don Ildefonso que si te casabas con alguna de las niñas, él seria padrino. Yo le negué que hubiese proyecto formal de boda, á lo que me respondió literalmente: «Susana, ó está usted ciega, ó es imposible de todo punto que no haya visto que Sedeño y Valentina están locamente enamorados». Yo soy franca, habia creido que á quien tú mostrabas más aficion era á Consuelo, y aun á Gracia; pero las palabras de ese respetable anciano me han abierto los ojos. ¡Ya se ve, es una tan sencilla y tan confiada!

—Señora, —repuso el forastero, pesaroso de ser la causa de la indisposicion que á la enferma

aquejaba, segun la viuda, — he prometido á Valentina hablar con ella sobre el particular, y lo cumpliré.

— Está bien, Santos, está bien; no esperaba yo ménos de tí; pero mide tus expresiones, hijo mio, procura tranquilizarla, porque un desengaño la mataria, tan cierto como el sol que nos alumbra.

Don Ildefonso no habia dicho á la viuda palabra de lo afirmado por ellà: al contrario, doña Susana fué quien, recibiéndolo en la sala una hora despues de la conferencia que acabo de referir, al noticiarle la indisposicion de Valentina, atribuyólo á una de esas reyertas comunes entre los enamorados, que, léjos de perjudicar, suelen robustecer el cariño; y aun añadió sonriéndose:

— Usted, que es tan bueno, á pesar de ser tan malo, va á hacerme el obsequio de mediar en el asunto y de reconciliarlos, pues me temo que, continuando así, enferme tambien Santos, que la adora hasta el delirio, por más que lo disimule. ¡Qué dolor el mio, si Santos enfermase aquí! ¡Considere usted!

VII.

Entró Santos á ver á la enferma, y la encontró con los ojos cerrados: no digo dormida, porque tratándose de una muchacha tan eminentemente cómica, hubiera sido difícil distinguir lo verda-

dero de lo fingido. Sin embargo, real ó aparente, el sueño de Valentina permitióle contemplar á espacio aquella hermosa cabeza, con suavidad inclinada sobre el cuello que de blanco mármol, un poco mate, parecia. La oscura cabellera, no recogida por lazo alguno, derramándose por los almohadones como las trémulas llamas de una hoguera que el aire agita; la dulce palidez de su rostro, el hálito casi imperceptible que su boca entreabierta exhalaba, el color cárdeno de los dos círculos que rodeaban sus párpados, el desnudo brazo, de acabada belleza, descansando con languidez sobre la colcha, señales eran, ó se le figuraron á Sedeño, de padecimientos sufridos, pero de un estado actual de sosiego indudable.

Santos, bien sea porque no pudiese resistir á los atractivos de su amiga (que el dolor, ó lo que fuese, hacia mil veces más poderosos de lo que en sí eran), bien porque el arrepentimiento de su anterior conducta, condenada ya por él, segun he dicho, le impulsase á revelarlos con demostraciones positivas, selló con un casto beso la mano de Valentina, quien, abriendo instantáneamente los ojos, dijo:

— No me engañes, no abuses de la credulidad de una desgraciada; vete á tu pueblo, y déjame morir tranquila. Si no me amas, ¿á qué martirizarme con tu presencia?

— ¡Que no te amo!

— ¿Acaso me lo has dicho?

— Te lo digo ahora, y te lo repetiré mil veces, corazon mio: te amo y te amaré eternamente.

La enferma exclamó para sí:

— ¡Me lo figuraba! No cantará misa.

Y al propio tiempo (¿quién sabe si impulsada por la fiebre? pues supongo que la tenia) presentó su mano á Sedeño, cuya boca ratificó el pacto de que el beso anterior (valiéndome de términos diplomáticos) no habia sido otra cosa que un preliminar, al que faltaba la aceptacion de una de las partes contratantes.

Don Ildefonso, cumpliendo su mision, aparecia en la estancia en el instante mismo de restablecerse la concordia; así es que, parándose en el dintel de la puerta, exclamó con regocijo y sorpresa:

— ¡Bah! ¡bah! ¡Esta doña Susana es más buena que el pan bendito!

— ¿Por qué lo dice usted, don Ildefonso? — preguntó Valentina.

— Se figuraba la mamá que ustedes habian reñido.

— Más vale que me haya equivocado, — exclamó la capitana, dejándose ver de repente. — Pero observe usted qué palida está la niña.

— Eso es debilidad, — observó don Ildefonso.

— ¿Quieres un caldito, Valentina? — preguntó la viuda.

— Déjese usted de calditos, doña Susana, — exclamó el futuro padrino. — Yo creo que un

par de chuletas de ternera, ó cosa por el estilo, que se pegue al riñon, como dijo el otro, le devolverán el color que la mala noche le ha robado.

—¿Te atreverás con las chuletas? — interrogó la viuda á su hija. — La fonda está un paso, y en cinco minutos las traerán.

— ¡Si te empeñas, mamá!

La viuda de Zarza mandó por las chuletas, y la sensible Valentina se las comió, dejando sólo á la vergüenza los huesos, para que nadie tuviera derecho á llamarla desobediente. Santos respiró; desvaneciéronse sus temores de que la enferma sucumbiese á la violencia de la pasion que la habia inspirado, felicitándose interiormente por la obra de misericordia que acababa de practicar, en perfecta consonancia con sus hidalgos sentimientos.

VIII.

Saliendo á poco de la habitacion de Valentina, á quien dejó sola con Santos, siempre guiada por la idea de *renunciar á esa vigilancia impertinente de ciertas madres, que incomoda y ahuyenta á los enamorados*, decia para sí doña Susana:

— Al que madruga, Dios le ayuda: escribamos sobre la marcha á Sedeño, no sea que el diantre la enrede y se pierda lo adelantado. ¿Quién quita que mañana se arrepienta Santos, que tenga

un capricho por otra, ó que lo pesque alguna de esas madres egoistas y avaras, que todo lo quieren para sus hijas, como si no hubiese más que ellas en el mundo?

Dicho y hecho: sentóse, y sin dar cuenta de su resolucion á los interesados, con letra nada gallarda, pero grande y legible, y con renglones torcidos, escribió lo siguiente:

«Apreciable amigo Sedeño: Comprendo la impaciencia de usted de ver y abrazar á Santos, y porque la comprendo, pues al fin soy madre, yo misma le hubiera obligado á regresar á esa, si por una parte la satisfaccion que nos proporciona el tenerlo aquí, y por otra el motivo que hoy pone principalmente en mi mano la pluma, no me hubiesen hecho variar de propósito.

»Desde el momento de llegar Santos, observé que simpatizaba de una manera especial con Valentina, y lo observé con disgusto, porque si ella se apasionaba de él, y él se hacia sacerdote, la desgracia eterna de los dos era infalible. Así, pues, resolví ahogar en su orígen, con maña y disimulo, el amor naciente, ya evitando las ocasiones de que se hablaran á solas, ya convirtiéndome, á costa de mi sosiego, en espía de todos sus actos. ¡Prevision vana! Es milagroso, pero los amantes se entienden sin verse ni hablarse. ¿Cómo se las habrán compuesto, que sólo el peligro de muerte en que se ha visto Valentina ha ve-

nido á revelarme el estado lastimoso de sus corazones?

»Mi idolatrada hija está desconocida; se va quedando en los huesos; no es ni sombra de lo que era: pues ¿y él?... no digamos. Si mañana diese yo la mano de Valentina á cualquiera de los muchos pretendientes que la solicitan (personas, por cierto, que todo se lo merecen), de seguro, Santos haria un desatino; ¡quizá, quizá, arrastrado por la desesperacion, se... En fin, no quiero afligir á usted con la pintura de lo que sucederia. ¿Lo creerá usted?... Tengo así... una especie de remordimiento por mi severidad y mi rigidez con la niña. El padre más bueno del mundo es á veces, sin saberlo, el mayor tirano de sus hijos.

»Ya está usted al corriente de todo: ahora su prudencia y su cariño á Santos, que es, como el mio á Valentina, extremado, le aconsejarán sin duda la determinacion que á unos y otros convenga. Si esta determinacion es favorable á los chicos, cásense benditos de Dios, y sean felices; si es adversa, la responsabilidad de lo que venga, de usted será exclusivamente, pues yo me he propuesto no agravar con mi negativa la triste situacion en que los dos se encuentran.»

Bien hubiera querido el padre de Santos ponerse en camino así que recibió la carta de la viuda; pero estaba hacia mucho tiempo en cama, balda-

do, y tuvo que resignarse á manifestar por escrito su parecer acerca de tan grave asunto.

Por de pronto, pasó un rato cruel, figurándose que su hijo único, su amor, su consuelo, su vida, estaba poco ménos que espirando, y ante idea tan lúgubre ninguna fuerza le hacia el porvenir halagüeño con que á Santos brindaba la carrera eclesiástica, ya por su ciencia, ya por sus buenas relaciones en la córte, ya, en fin, por una capellanía, cuyas pingües rentas disfrutaba, y que en lo sucesivo no percibiria permaneciendo en el estado seglar. Pero el anciano Sedeño poseia una gran fortuna, no era avaro, estimaba á la familia del capitan Zarza, y cerrando los ojos á toda otra clase de consideraciones, otorgó su beneplácito espontáneamente, sin ser de nadie compelido á ello.

El dia en que doña Susana, despues de recibir la contestacion del anciano Sedeño fué á leérsela á Santos, hallábase éste con el codo apoyado sobre una mesa, y la novia se entretenia en tirarle á la cara bolitas de papel y en darle pellizcos, de cuyas inocentes provocaciones se vengaba él con tal cual ósculo, á traicion por supuesto, que hacia exclamar á Valentina:

—¡Miren la mosquita muerta!

Consuelo solia repetirle:

—Ya voy comprendiendo por qué no te parecia bien que en la primera conjugacion dijese tu discípula: «Yo amo á Santos, tú amas á Consue-

lo». ¿Cómo habias de amarme, si la preferida era mi hermana?

El cronista de estos hechos asegura que Santos estaba bien ajeno de pensar en casarse y aun de galantear á mujer alguna cuando llegó á Madrid; pero el asedio formal, terrible, incesante de tres hermosas doncellas, que disparaban contra su tranquilidad toda clase de proyectiles amorosos, y la astucia de una madre con más conchas que un galápago, segun la frase de don Ildefonso, forzosamente habian de rendir á un jóven sin conocimiento del mundo, de carácter débil, novicio en estas cosas, y lo que es más, cuya constancia no se habia sometido á ninguna de las pruebas que hacen vacilar al hombre aun en sus determinaciones más fijas; pero la ocasion hace el ladron, *en arca abierta el justo peca*, y Santos no pudo ménos de pecar, esto es, de alargar la mano y posesionarse del tesoro que á todas horas estaba tentando su firmeza.

Dícese que pronto unirá su suerte á la de Valentina. ¡Dios los haga bien casados!

FIN DE LOS PROVERBIOS CÓMICOS.

ÍNDICE.

Págs.

De fuera vendrá, quien de casa nos echará. 7
No entra á misa la campana, y á todos llama. 63
Picóme una araña, y atéme una sábana. 87
Mi marido es tamborilero, Dios me lo dió y así me lo quiero. 109
Cual es la campana, tal la badajada. 151
Cada cuba huele al vino que tiene. 175
Dijo la sarten al cazo: «quita allá, que me tiznas». . . 197
¿De dónde le vino al garbanzo el pico? 249
La mujer del ciego ¿para quién se afeita? 273
En arca abierta el justo peca. 299

ERRATAS PRINCIPALES.

Págs.	*Líneas.*	*Dice.*	*Léase.*
41	19	parecian	parecerian
42	16	equivo.	equivoco.
87	16	acelerar	alterar
100	9	desasiego	desasosiego
128	17	Chapelain.	Chapelain, y vine yo en persona.

Los PROVERBIOS EJEMPLARES han sido publicados en los mejores periódicos literarios, en las fechas que á continuacion se expresan:

PRIMERA SÉRIE.

Al freir será el reir, Marzo de 1863. — *Hacer de tripas corazon*, Junio de 1862. — *Hasta los gatos quieren zapatos*, Octubre de 1862. — *Antojarse los dedos huéspedes*, Marzo de 1863. — *Antes que te cases, mira lo que haces*, Diciembre de 1861. — *Tres al saco, y el saco en tierra*, Marzo de 1861. — *Al que al cielo escupe, en la cara le cae*, Junio de 1861.

SEGUNDA SÉRIE.

A moro muerto, gran lanzada, Junio de 1863. — *Perro flaco todo es pulgas*, Junio de 1862. — *El Beso de Júdas*, 1860. Se escribió el año de 1853. — *Herir por los mismos filos*, Mayo de 1861. — *Quien con lobos anda, á aullar se enseña*, Noviembre de 1861. — *El Gaitéro de Bujalance*, Agosto de 1862. — *Amor de padre, lo demás es aire*, Diciembre de 1861.

PROVERBIOS CÓMICOS, Ó SEA TERCERA Y ÚLTIMA SÉRIE DE LOS EJEMPLARES.

De fuera vendrá, quien de casa nos echará, Agosto de 1865. — *No entra á misa la campana, y á todos llama*, Noviembre de 1865. — *Picóme una araña, y atéme una sábana*, Junio de 1865. — *Mi marido es tamborilero, Dios me lo dió y así me lo quiero*, Abril de 1865. — *Cual es la campana, tal la badajada*, Mayo de 1866. — *Cada cuba huele al vino que tiene*, Enero de 1866. — *Dijo la sarten al cazo: «quita allá, que me tiznas,»* Febrero de 1867. — *¿De dónde le vino al garbanzo el pico?* Setiembre de 1865. — *La mujer del ciego ¿para quién se afeita?* Enero de 1868. — *En arca abierta el justo peca*, Enero de 1866.

OBRAS DEL AUTOR DE LOS PROVERBIOS.

Armonías y cantares, un volúmen, 8 rs.

Inspiraciones, un volúmen, con el retrato del autor, 10 rs.

La Arcadia moderna, églogas é idilios humorísticos y epígramas, un volúmen, 10 rs.

Proverbios ejemplares, primera y segunda séries, cuadros y novelas de costumbres, dos volúmenes, 20 rs.

El Mundo al revés, novela, ilustrada con abundancia de grabados, dos grandes volúmenes, 36 rs.

Limones ágrios: novelas, cuentos, artículos y cuadros de costumbres, un volúmen, 14 rs.

Cuentos del dia, un volúmen, 4 rs.

El Libro de la Patria, un volúmen, 12 rs.

Se hallan de venta en las principales librerías del reino.

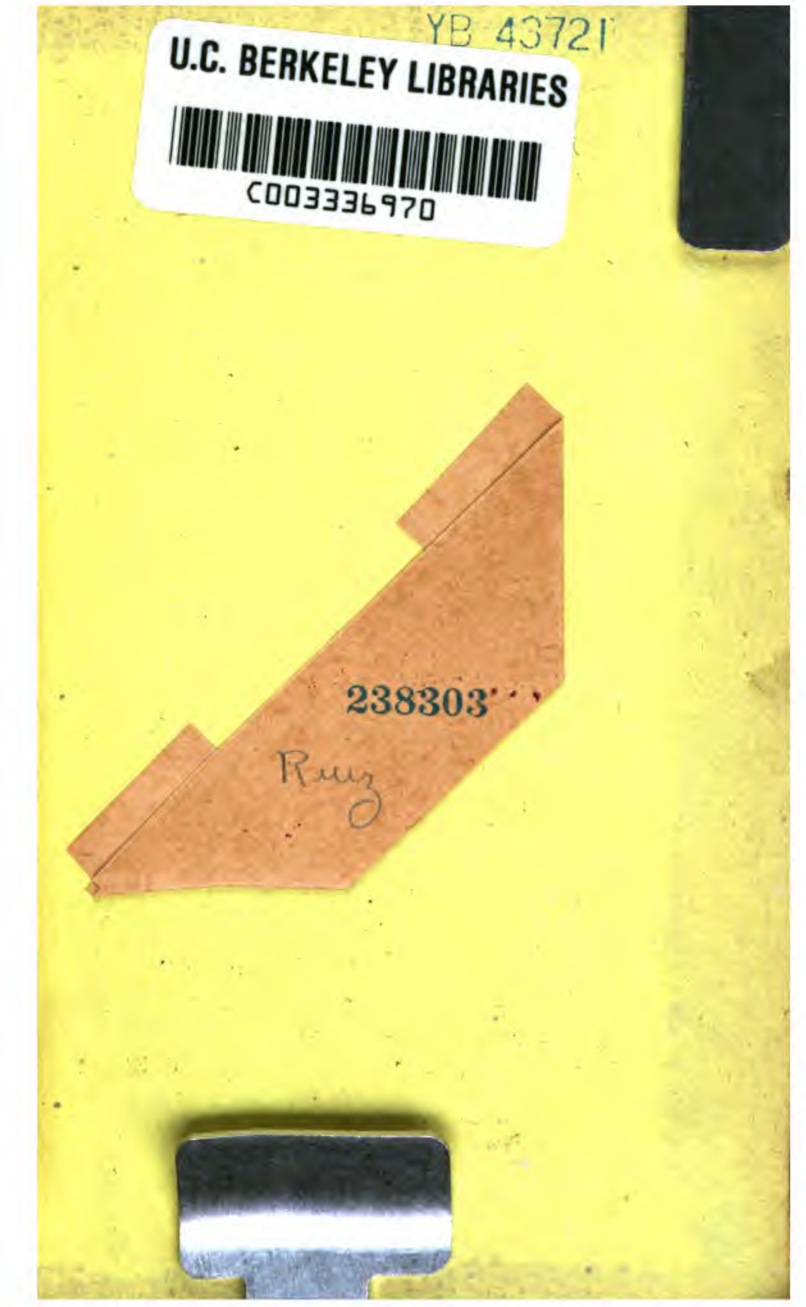
EN PREPARACION.

Elegías, segunda y tercera ediciones, un volúmen. La primera está agotada.

Ecos nacionales, cuarta y quinta ediciones, dos volúmenes.

Sátiras, un volúmen.

Obras dramáticas.



YB 43721
U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003336970
238303
Ruiz